

42  
211-199-199  
65-75  
64

LA SOÑADORA



Biblioteca Universitaria

CITRANG 1911

13

Estoril

9

Algarve

41

R. 23487

LA  
SOÑADORA

NOVELA ORIGINAL

DE

L. LEAL RAMIREZ-ARIAS



SEGUNDA EDICIÓN.

SEVILLA-1884

Imprenta y lit. de FRANCISCO BERNARDEZ,

Rosario, 21

---

Esta obra es propiedad de  
su autor. Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.

---

A MIS QUERIDOS AMIGOS Y COMPAÑEROS

LOS REDACTORES DE "LA TRIBUNA."

*Teneis un crédito contra este libro que escribí á instancias vuestras. En pago de él, y en prueba de estima, os lo dedica vuestro obligado compañero,*

*El Autor.*



## DOS PALABRAS

---

Creo que la mitad de los pró-  
logos son innecesarios y la otra  
mitad inoportunos.

He aquí por qué éste mi pri-  
mer libro no le lleva, ni acaso  
le llevarán los que publique en  
adelante.

J. JEAL.







Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malo-  
grado poeta

I  
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

EMPECEMOS POR ELLA

Cuando la suave luz del crepúsculo vespertino fué muriendo, ella cerró el libro que leía, y, con el codo sobre el brazo del sillón y en la mano reclinada su cabeza, quedó muda y absorta contemplando, á través del cierrro de cristales, la menuda y finísima lluvia que un cielo oscuro cernía sobre Madrid.

Era la misma que antes, aunque sus primaveras llegaban ya á veinte y tres; tan bella, tan delgada, con el mismo rostro de purísimas líneas, pálido y moreno; con aquellos ojos, grandes y rasgados, más negros que un abismo, y de mirada cuya expresión es la inquietud ó la ansiedad, que les daban fulgor extraño, ó una acerba tristeza que los ponía

opacos; la misma su boca, semejante á un carmín entreabierto, pero sin las voluptuosas curvas que en ellas traza el amor; los mismos su cuello delgado y terso que muestra las precipitadas pulsaciones de las arterias; el talle esbelto y cimbreante, los brazos largos, las manos blancas y sedosas. Es, en fin, como antes un manojito de nervios, ligados por un sopro de vida.

Su actitud indolente y desdeñosa, los gestos que de cuando en cuando dibujaba su boca, y algun que otro suspiro comprimido, hacían ver claramente que un fastidio moral y material la dominaba.

En el salón, en los objetos mudos é inmóviles que la rodean; en las poltronas desarrregladas por una mano inquieta; en los libros nuevos, amontonados, deshojados; en el pañuelo de batista, con la puntilla desgarrada, caído á sus pies; en su peinado, deshecho casi; en todo ese ambiente rebelde y desordenado que la rodea, pudiera adivinarse la agitación y el caracter febril de un temperamento nervioso.

Cansada é impaciente á poco, dejó el asiento y, de bruces sobre el cierro del bal-

cón, estuvo admirando el cielo pardo y sombrío que no ostentaba entonces ni una estrella, ni un fulgor,... Era todo negro, todo triste. Solo en la población, aquí y acullá, se veían las luces de los faroles como cuentecillas de fuego, que al refractarse en los cristales, parecían rayos luminosos despedidos por soles microscópicos. La lluvia continuaba cayendo en gruesas gotas que al deslizarse blandamente por los escaparates de las tiendas, irisaban las luces más cercanas, produciendo motín extraño de colores.

Un coche que hizo alto bajo el balcón donde ella estaba, la sacó de su arrobo, y rápida y ligera salió de la estancia mandando llevar luces á ella. Poco después volvía del brazo de Venancio, habiendo ya desaparecido de su rostro el fugaz destello de alegría que le iluminara al irle á recibir.

—¡Cuánto te habrás aburrido, Sola mía!

—¡Qué importa!—respondió Soledad en tono de amarga resignación—Al fin ya has venido.

—Y si no antes, no por gusto mio. Ese García Ruiz entretiene de un modo...

—García Ruiz... ¿Ha llegado?

—Si. Ha llegado anoche del distrito. Tan corriente y amigo como allá; verás, Solilla; verás como ahora te diviertes y tenemos relaciones con todo el mundo. García Ruiz conoce todo esto al dedillo, y está relacionado con cuanto de notable en riquezas y en saber se encuentra en Madrid.... No hay duda, es un gran diputado el nuestro. El nuestro, si; porque á nosotros y solo á nosotros debe su acta. Si le oyeras hablar... ¡vaya un hombre!

—Pronto ha logrado entusiasmarte.

—Al vuelo; si no hay más que verle. ¡Ah! Y otra cosa que no te he dicho... Desde hace tres horas soy amigo de un príncipe.

—¿De un príncipe?

—O cosa así. Verás. Erase que se era un caballero, á quien he tenido ocasión de prestar un gran servicio; y este caballero, agradecido á mi favor y en prenda de amistad, se me ha ofrecido del modo más afectuoso y amable, para si... Mira, lee su tarjeta.

—Jorge de Rueda.

—Eso; de Rueda, y... con corona.

—¿De conde ó de marqués?

—Y yo qué sé de heráldica?. Ya lo averiguaremos. Por ahora, vamos á comer.

De la mano una y otro, pasaron al comedor en donde la mesa ya servida, les aguardaba.

Siguió él hablándole de cosas diversas é insustanciales, ninguna suficiente á eclipsar el fastidio y malhumor que poseian á Soledad.

—¿Pero es posible— exclamó él dando sobre la mesa con el cabo de un cuchillo— ¿es posible que no logre ver nunca en tus labios una sonrisa? ¿siempre has de estar triste?

—¿Y qué quieres?

—¿Qué quiero? Que te rías, que te alegres, que te diviertas: he ahí lo que quiero. Esta noche vamos á ir á la *Comedia*;... O al *Real*. ¿Quieres ir al Teatro *Real*?... Hay en él, según dicen, magnífica función en la que se presenta por primera vez una artista nueva. Pero... ya sabes; representan en italiano.

—¿Qué opera es?

—No recuerdo... *Capirote y Mostacho*, me parece.

—¿Mostacho?—le preguntó burlándose Soledad.

—No, no es así... A ver, Antonio, traeme un periódico.

—*Capuletti e Monteschi*—leyó cuando lo tuvo.

—*Capuletti e Monteschi*—repitió Soledad —Quiero verla; iremos esta noche al Real.

—Pero, Sola mía; Si nos quedaremos en ayuna... ¿Tu entiendes eso?

—Perfectamente. Y tu también lo entenderás, que la música no tiene patria y lo bello á todo el mundo agrada.

—No, de eso de á todo el mundo, quita un poco; que á mí la ópera me aburre, como me aburre y desespera ese otro lujo aristocrático que solo consiste en pasear cuotidianamente en coche por el Retiro, llevándolos en correcta fila, uno detrás de otro, y todos deslizándose pausadamente como un ejército de tortugas.

—Poco á poco te irás acostumbrando.

—Si, ya iré perdiendo el pelo de la dehesa ¿no es así?—dijo él levantándose y llegándose á su mujer que ya también concluía.

—Tu no tienes pelo campestre alguno que perder—le dijo Soledad.

—¡Huy, mi Sola—replicó él pellizcándole con amor, la barba... Ea, corre á vestirme que se hace tarde.

Le dió un beso, y ella partió.



## II

### SOLA

Poco despues, en su gabinete y ante la luna del espejo, mientras una doncella le arreglaba el peinado, Soledad pensaba:

—Dicen que los besos de amor queman la carne, y comunican al alma todo el fuego de la pasión que los produce... ¡Ilusiones! No obstante los repetidos que me da su amor, mi alma permanece fria é impasible como el mármol... ¿Por qué no le amaré? ¿Por qué ni su pasión, ni su alma bella, ni la gratitud que le debo, ni siquiera su gentil persona, hacen latir mi corazón?.. ¡Ay! Yo quisiera sentir esa dicha que embriaga, que trastorna, que conmueve toda nuestra alma; esa pasión que tan feliz ó desdichado hace... Todo el mundo

ama... y yo no puedo. Luego entonces ¿que mujer soy yo? ¿no tengo por ventura corazón? Sí, le tengo, lo siento latir. Pues ¿qué me falta para amar?.. Nada, no, nada me falta; solo me sobra apatía, y vileza, y perversidad de ánimo; porque, bueno como Dios ha sido para mí, y como á Dios debería quererle... Esta noche oiré los apasionados diálogos de Romeo y Julieta, y sabré cómo aman las mujeres, y apraciaré lo que es una pasión. ¿Servirame de algo todo ello?.. ¡Haced por que sí, Dios mio! Que es mucho desconsuelo, que es muy horrible esto de aprender en las novelas las frases de amor que he de decir á mi marido, cuando aún no tengo veinte y tres años.

Cuando á este punto llegaban sus pensamientos, estaba ya arreglada. Para aparecer encantadora necesitaba poco, muy poco su hermosura. Un elegante vestido de raso blanco, á la última moda, algunas alhajas y un magnífico albornoz, era todo su atavio.

Al salir ella del tocador, su marido dejaba el cuarto de vestir, puesto ya de frac y corbata blanca.

—¡Bendito sea Dios!—la dijo—y qué



guapa estás. Dime ¿qué haces para aparecer tan bella y tentadora?... Coto será preciso poner á mis justos celos de marido; porque indudablemente, las miradas y aun las palabras que á otros arranques, son involuntarias ante una tan inmediata aparición de la belleza.

—¡Cumplido estás!

—¡Si sorprendes!... ¡Maldito guante! Haz el favor de echarme este boton... Esto de pensarse las manos para estar elegante....

—¡Válgate Dios, y que eres para poco!— exclamó ella abrochándole el guante y examinándole.—¡Jesús!—dijo luego—¡que corbata! Ese lazo es infernal; y de mal gusto ese peinado; el frac te hace cuatro arrugas... ¡ay! tendré yo que vestirme.

—Y yo que me habia esmerado y creia estar irreprochable.

—Sí. Buena facha llevabas. Acércate aquí.

Cuando delante de un espejo le hubo arreglado esos mil pequeños detalles en los que á veces solo las mujeres reparan, él mirándose exclamó:

—¡Ajaja! Ahora si que me encuentro un gran señor más apuesto y elegante que un

baja de tres colas. Dícidamente mi Solilla es una gran cosa.

Momentos despues, un coche los conducia al Teatro Real, feliz y contento él, seria y pensativa ella.





### III

#### SOLA Y VENANCIO

Vosotros, atildados habitantes de las ciudades, que á la edad de diez y seis años, vestidos con vuestro primer traje negro, comenzais á pasear vuestra soñadora adolescencia por salones y teatros, vosotros habreis ya declarado *de pueblo* al hombre aquel que se halla ba molesto con los guantes, y no gustaba de la ópera.

Así es en efecto. Ambos los dos, Soledad y Venancio, nacieron y crecieron en Villalinda, población colocada en la baja Andalucía, más cercana á la costa que á la Sierra, y qué si en el mapa no se encuentra, no es ciertamente por culpa de los geógrafos. No hay para que yo os la describa ahora, porque ello no importa á



nuestra historia. Basta saber en donde está situada, y que, como cualquier otro pueblo, tiene diez calles y dos campanarios.

Era Venancio en Villalinda, el más alegre decidor y pendenciero de los muchachos. Su padre, labrador crematístico como pocos y el más rico propietario de la comarca, nunca se curó de la instrucción del joven; le criaba para mayorazgo, como decia él, y no tenia necesidad alguna de que libros y maestros torturasen el magín de su hijo. Así que éste, salido de la escuela, no habia leído más libros que *Diego Corrientes*, *Men Rodríguez de Sanabria*, *El Corazón en la mano*, y alguno que otro por el estilo. Mas en cambio, ninguna más gentil figura á caballo, ni mozo más gallardo en una fiesta, ni más rumboso en la jarana, ni más galante con las mujeres. Enamoró á muchas: unas le quisieron, otras llegaron á aborrecerle; la que siempre le demostró indiferencia, fue la que al cabo, aprisionó su corazón.

Soledad, niña modesta á quien la herencia y frecuentes desgracias de familia, habian dado un carácter apático, irregular, intemperante; Soledad, que rara vez iba á las fiestas,

y siempre se conducia de modo diterente á las demás muchachas, fué quien logró fijarle blanco á aquella bala perdida. Se casaron y durante un año, ambos vivieron en el pueblo, si nó ni envidiosos ni envidiados, como dijo el poeta, pasándolo como cualquier hijo de vecino. Al cabo de este tiempo, una noche dijo Venancio en el casino que tenia proyectado emprender un viaje. Y á esta nueva, escuchada por unos con asombro, por otros con envidia, convínose por todos en considerarla como un disparate.

—Eso es cosa de tu mujer—le decian unos.

—No es cierto—respondía Venancio.—Ella quisiera no pisar sino los cuatro terruños que hasta ahora le han sostenido. Pero á mi se me ha puesto entre ceja y ceja el hacer este viaje, y... ¡vamos! que lo hago.

—¡Un viaje!—repetian—¿Y á qué santo? ¡Bah, què locura!

--¡Locura!--exclamaba él--¿Es más acertado vivir eternamente como los caracoles, que cuando más, cuando más, sacan la cabeza de su casa?... No señor bueno es dar una vuelta por el mundo.

—¿Y cómo no se te ha ocurrido eso antes?

—¡Pchs! Quizá por que antes no he visto á Soledad tan triste, delgada y melancólica... El médico habia creído ver en ello ciertos síntomas; pero ya se ha desengañado; es que Villalinda le aburre, le consume, y yo no he de dejarla morir por no llevarla fuera.

A esto nadie respondía; pero nadie tampoco quedaba convencido, y todos murmuraban:

--¡Dejar el pueblo para dar una vuelta por el mundo! ¡Bueno está el mundo para darle vueltas! Abandonar su casa, sus bienes, sus amigos, por un capricho de una mujer... ¿Que se le ha perdido á su mujer en el mundo?... Pero qué nos damos á discurrir, si es cosa de Soledad?

Puede verse en esto lo propenso que el pueblo estaba á pensar mal de la joven. No lo extrañará quien á los pueblos conozca. Soledad se habia casado con el futuro amo del pueblo, como decian sus moradores, y esto que naturalmente habia defraudado las esperanzas de más de una joven bonita y juiciosa, esto que habia echado por tierra las ilusiones

de alguna rica fea que no pensaba quedarse para vestir santos, no se le había perdonado. Por eso desde que se inició el noviazgo hasta despues del enlace efectuado, Soledad fué el platillo de todas las conversaciones.

Ella, de carácter digno y altivo, no podía disimular su disgusto cuando alguna se permitia hablarla con tono que pudiese parecer impertinente, ni tampoco librarse de los correveidiles que le repetian lo que en tal ocasión dijo fulana, más lo que replicó mengana; así que hastiada del pueblo hasta lo sumo, pidió á su marido dejarlo por algun tiempo.

Venancio, es verdad, quizá nunca hubiera dado en ello; mas iniciado el pensamiento por su esposa le pareció excelente, y se dispuso á realizarlo.

Algunos dias después, ya no había duda; sus maletas y cofres estaban en la posada de *El Vizcaino*, cuyo dueño, así tambien llamado, había de conducirlos à Valniego para tomar en este punto el ferro-carril á Madrid. Y cuando á la mañana siguiente se ponian en camino, la familia y algunos conocidos, salieron á la plaza para despedirlos. Hubo cariñosos abrazos, grandes apretones de ma-

no, mucho adios, que nos escribas pronto, etc. etc., hasta que *Vizcaino* restallando el látigo, echó á correr las mulas, y el coche quedó velado por el polvo del camino.

—¡A Madrid! ¡A Madrid nada menos!—  
decían unos.

—Sabe Dios si le volveremos á echar la vista encima.

—Esa mujer nos le ha perdido.

—¡Verdad! Y para siempre; porque ya en esos mundos...

--Ya en esos mundos hará lo que le parezca; tornar si quiere á su pueblo; pero si nó vuelve ¿qué? ¿No alumbrará el sol por ello?.. Pues hombre, ni que se nos escapase la fortuna.

—Pero siempre... un amigo... Por ella no; ella vaya con Dios, y si nó vuelve...

—¡Bah! Que no vuelva ninguno. Al fin y al cabo ¿que es él si no un simplete que se deja barajar por ella?

—Bueno, eso sí; fué siempre un desdichado.

—¡Un necio!

Al poco más ó menos, esta es la amistad, ó esto es lo que muchos llaman amistad. Co-



mo las flores separadas de la planta que les dió vida, ella también perece en cuanto la distancia y la ausencia se interponen entre los seres que la mantenían.

Mas dejemos el pueblo, y sigamos, en su viaje á la corte, á nuestros personajes.







## IV

### LA VIDA NUEVA

Aun siendo Madrid centro de la riqueza, del lujo y de la vida de España, y tan diferente de aquel nido de urraca llamado Villalinda, los señores de Luna se hallaron allí más aburridos que en el pueblo natal.

En Madrid, donde el placer se multiplica en mil formas diversas, donde falta textualmente tiempo para ser dichoso, se hallaron confusos, embarazados, ahitos, extraños por completo á aquel otro mundo. Y eso que, apenas llegados, empezaron á escupir, como suele decirse, por el colmillo, gastando y triunfando. Se instalaron en una casa lujosamente amueblada, sita en el barrio de Pozas; tenían numerosa servidumbre, una

mesa espléndida, y el coche siempre á la puerta; pues sin embargo, fuera de llamar la atención en algunos centros y paseos donde se presentaban (que la interesante belleza de Soledad en parte alguna pudiera nunca pasar desapercibida), fuera de esto, digo, solo habían alcanzado, gracias á algunas cartas de recomendación que llevaran de Andalucía, trabar conocimiento con muy pocas personas, entre ellas un fanático bolsista, que no pensaba sino en el cuatro por ciento amortizable, en el fin de mes, y en la última hora del Bolsín; un coronel inválido, nervioso y de color cetrino, que todo lo encontraba fusilable, y una anciana señora andaluza con tres niñas solteras, largas y delgadas como cañas de pescar, á la cual señora, todo se le volvía hablar del gran mundo, de la buena sociedad y de los magníficos thés, con que, una vez por semana, obsequiaba a sus numerosas relaciones.

Los de Luna concurren una noche á una de aquellas reuniones, por modestia llamadas casi familiares, y se hallaron en casa de la señora andaluza, con una veintena de personas, entre las cuales se encontraban algu-

nos tenderos acomodados, el jefe de policía del distrito, y varios empleados de poco sueldo. Las niñas de la casa amenizaban la velada tocando el piano, y aun cantando una de ellas, trozos vulgarísimos de zarzuela.

Tornando á su casa, Soledad le dijo á Venancio que para tratos con personas ridiculas, no necesitaba haber salido del pueblo; que aquella familia era del todo *cursi*, y que no volvería á poner los piés en su casa.

Venancio asintió á lo dicho por su mujer, y... nada más. Esta es la situación en que hemos hallado á nuestros personajes, cinco semanas después de haber llegado á la Corte.







## V

### EL PRIMER ACTO

Las avenidas del regio coliseo estaban intransitables. Curiosos, desocupados, revendedores de billetes, señoras que esperan, hombres que buscan entradas, el concurso que aumenta, formaban un conjunto animadísimo, atronador y ferviente. Un tran-vía que llega, un granuja que roba un pañuelo, un cochero que grita, hacen mover esta informe masa, sembrando sus vaivenes la agitación de un encrespado mar.

Cuando un coche llega con nuevos espectadores, ¡No hay billetes! es el grito que se les escapa de los labios al fijar la vista en un cartelón que, en grandes letras rojas, ostenta con triunfante orgullo aquel letrero.

Este cartel es un incentivo á los deseos del espectador, un reto á su amor propio, un número que multiplicado por la vanidad del público, da de producto un lleno para la empresa, y una fuerte ganancia á los revendedores.

No hay billetes, y sin embargo, se ofrecen más que se demandan. Solícitos revendedores se acercan á los concurrentes, les rodean y les asedian, luego que les han dejado gustar del acibar que el cartel despide, y les proporcionan, por una simple triplicación de precio, la localidad que desean.

Soledad y Venancio han comprado un palco y han entrado.

El patio está resplandeciente. La encendida araña de cristal despide torrentes de luces, cuyos vívidos reflejos, cayendo sobre los diamantes y joyas de las damas, parece convertirlos en múltiples estrellas, en tanto el fondo color de grana de los palcos semeja una encendida aurora boreal.

Ya después de las ocho, la ópera comenzaba.

Cuando imperiosa la batuta del director de orquesta se alzó sobre el atril, la música



batió sus divinas alas, y un raudal de armonía, con acentos dulces y espirituales, tiernos y melancólicos, inundó el espacio de arrobadora melodía.

Por mucha prevención y más desdén que atesorase Venancio contra el espectáculo á que asistía, le fué imposible sustraerse al encanto y dulce impresión que la música ejerce, y bien pronto sus facultades todas quedaron subyugadas por aquellas vaporosas notas que, apenas exhaladas, morían lánguidamente, dejando en el ánimo recuerdo melancólico.

En cuanto á su esposa, dotada de sensibilidad exquisita, escitable en sumo grado, no hay que decir qué emociones sentía. Como trasportada á fantásticas regiones, envuelta su alma en la plenitud de poesía que la música inspira, sintiendo repercutir en su pecho las notas que, con timbre mágico, exhalaba la argentina voz de la tiple, y admirando las sublimes bellezas contenidas en los apasionados diálogos de Romeo y Julieta, estaba tan muda, tan atenta, tan absorta, que un cielo que á sus piés se desplomase, no hubiera lo grado distraerla.

A medida que se desplegaba ante su pensamiento la lamentable historia amorosa de aquellos desventurados jóvenes, el corazón le temblaba en el pecho, su alma se estremecía con frecuencia y, más de una vez, lágrimas ardientes bañaron sus mejillas. Entonces sí que concebía perfectamente las dulces emociones y alegres ensueños de un alma enamorada, y todas sus facultades y todo su ser se concentraba en una aspiración: ¡Amar!—¿Cuándo amaré yo?—se preguntaba. Y como si en Venancio hubiera de encontrar respuesta á esta pregunta, le miraba fija, escrupulosamente. Y le parecía guapo y hermoso, y pensaba que aquel rostro ovalado, de correcto perfil y de color morena, al que una barba negra y rizada daba sello de varonil energía, y dos grandes ojos, expresión y vida, retratabán un alma noble y generosa. Soledad recordaba la pasión que por ella sentía, las pruebas de amor inmenso que la había dado, y considerando al propio tiempo el deber en que estaba de corresponder á aquel amor, sentía súbitos impulsos de abrazar á su esposo. Pero en seguida, fingiéndose que este acto se realizaba, figurándose que ya

sentia los labios de Venancio sobre sus mejillas, aquella fuerza atractiva era rechazada por otra más enérgica de repulsión, y la embriaguez soñada en aquel beso, se trocaba en repulsivo hastío, en horror casi....

¿Y por qué aquello?... No se lo explicaba. ¿Por qué llegando al borde mismo del vaso que contenia la dulzura, esta al gustarla, se trocaba en hiel? ¿Cómo ni el fuego de la pasión de su marido llegaba á encender su alma?.. No lo sabia igualmente.

La presunción de que esto fuera siempre así, la sospecha de que su corazón era incapaz de latir á impulsos del amor, la entristecian horriblemente, representándole una vida árida y odiosa, inútilmente malgastada en cruzar un desierto páramo, donde no se gustaba de placer ni dicha alguna, donde no habia luz, donde no nacian flores....

Al terminar el acto, con una gran salva de aplausos que los frenéticos adoradores d el arte de Talia prodigaron á la artista egregia, Soledad, abrumada de emociones, rendida de pensar y de sufrir, sintió turbada su cabeza y un calor fuerte en las mejillas.

Diez minutos después, cuando Venancio

la felicitaba por haberle hecho gustar de aquel espectáculo, la puerta se abrió y entró al palco un nuevo personaje.





## VI

### EN EL PALCO

Era el diputado por Villalinda, su paisano y amigo.

Alargando á ella la punta de los dedos, casi abrazando á él, y acompañando su acción con tiernas frases de galantería y cariño, saludó el diputado García Ruiz á los de Luna. Es apuesto y elegante; lleva de continuo la cabeza, redonda y de pelo crespo, levantada, como para sostener fácilmente sobre su aplastada y pequeña nariz, los quevedos que ocultan el estravismo de su mirada. Rubio, muy rubio, casi rojo, cubierto solo el armazón de su cuerpo con una piel señalada de pecas, y aunque llegando á los treinta y cinco años, parece, sin embargo, buen mozo

todavía; de frente despejada y barba rala, retrata su rostro la vivacidad y futilidad del pollo imberbe; esbelto y delgado su cuerpo, se mueve con cierta apostura y marcialidad que agrada y seduce.

—Al fin pude verla, querida paisana—dijo García Ruiz tomando asiento—Durante los tres días que llevo en Madrid, he corrido tanto desde este á aquel punto, he tenido que asistir á tanta junta, á tanta conferencia, que á no ser por esta casualidad, acaso todavía hubiera tardado en darmé la satisfacción de saludarla.

—Un padre de la Patria se debe á los servicios de la Nación.

—Verdaderamente.

—¿Y qué—interpuso Venancio—eres ministerial, ó no lo eres?

—Hombre, lo seré cuando sea gobierno mi partido.

—¿Pero cuándo?... Todo se resuelve en juntas, cabildeos, discursos oratorios, artículos furibundos, oposición extremada; pero al poder no llegais nunca.

—¡Oh! No hay que impacientarse. En política es mala consejera la impaciencia.

—Pero vamos, tú, García Ruiz, periodista distinguido, orador parlamentario de primera fuerza, uno de los principales personajes del partido, que lo mismo hieres al adversario con la pluma que con la palabra, ¿Cómo es que aun no has derrotado al ministerio?... Yo leo tu periódico, y por lo menos, la razón siempre está de vuestra parte.

—¡Bah! No te fies. Es muy fácil aparentar que se tiene, aun cuando así no sea.

—¡Cómo! Esos artículos tan sensatos, tan rabiosamente sensatos y patriotas ¿pueden estar faltos de razón?

—Pueden, y lo están muchas veces.

—Y sin razón ¿cómo se escribe?

—Muy sencillamente—replicó García Ruiz, con cierto tonillo de despreocupación —Todo el secreto está en el uso acertado de una docena de frases de brocha gorda.... Libertad, mucha libertad.... El orden, un orden perfecto, segurísimo..... Instituciones, nuestras venerandas é históricas instituciones.... La ley, ¡oh! La ley sobre nuestras conciencias, la ley por todos respetada, la ley rigiendo nuestros actos, la ley sobre todo, y nada ante la ley.... ¡Uf! Hay materia so-

brada.... Si vieras cómo alguna vez me rio de mí mismo, juzgando imposible que sea yo quien pronuncie esos discursos que entusiasman á una parte de la Cámara, y siembran el despecho y aun la disidencia en las filas ministeriales!... Que sea yo quien escriba esos artículos furiosos que hacen saltar de gozo al partido, en la creencia de que la inevitable crisis está en puertas....

—De modo—replicó Venancio—que todo ese bélico entusiasmo de que apareceis poseidos, y todo ese malestar público de que hablais, no son otra cosa que vana palabrería? De modo que sois como estos y os fingís como aquellos?

—No, hombre, no. Que yo te haya dicho cuales son, al poco más ó menos, los resortes que suelen moverse, no quiere decir que obre en contrario á mis convicciones.

—Terrible y dura sería la lucha entonces —dijo Soledad, por decir algo.

—Tremenda. Así y todo, son incalculables los sinsabores, amarguras y disgustos que proporciona esta vida pública.

—¡Bah!—exclamó Venancio—No te la echés de infeliz, que, á ser de ese modo, no



pelearíais tan denodadamente por conseguir un acta de diputado.... Triunfos en la tribuna, triunfos en la prensa, el nombre de García Ruiz en boca de todo el mundo,... ¿cabe mayor gloria? Y luego, los gages que esto proporciona. ¿Te sucederá, por ventura, lo que á nosotros en estos dias, que á nadie conocemos, que con nadie nos tratamos? De ningún modo. Marqueses, duques, altos funcionarios.... veamos ¿quién hay en el teatro á quién no conozcas, ó que no te conozca á tí?... ¿Ves? A propósito ¿á quién saludas?

—Al duque de Montecoraz.

—¿De Montecoraz? Cierto; allí le veo.

Venancio se apresuró también á saludarle desde el palco.

—¿Le conoces?—preguntó el diputado.

—Le he hablado una vez.

—¿Quereis que os le presente?

—Sí, al otro acto. Y á todos tus amigos, además; es preciso que nos sirvas de algo.

—Cuenta conmigo para todo.

—Y es claro, hombre. No hemos venido á Madrid para hacer vida de anacoretas.

—Lo comprendo, lo comprendo. Mas el

acto comienza; me retiro para luego traerlos al duque.

García Ruiz saludó y marchó al patio, en donde tenía su localidad.

—¡Bien!—decía al bajar la escalereta— O mucho me engaño, ó en él fomentan gérmenes de vanidad y ambición. Esto conviene en mucho á mis planes.. Y el majadero no ha dejado hablar sino de política... ¡Bah! Tiempo hay.





## VII

### PRELUDIO

Por casualidad el Duque la habia visto y reconocido en ella á la que dos dias antes habia encontrado en el Retiro; y sin que él se diera cuenta de ello, sus excursiones visuales por los palcos y galerias, en ella desde entonces comenzaban, y concluian siempre en ella.

No hay, pues, que decir que, cuando el diputado su amigo, le propuso la presentación á los de Luna, se apresuró á contestarle afirmativamente, y que ambos enseguida marcharon para el palco.

Jorge de Rueda, duque de Montecoraz, era de alta estatura, de color blanquísima,

azules los ojos y de expresión dulce y tranquila. Su rostro, de correctas facciones, y adornado con un largo bigote rubio cuidadosamente atildado, era expresivo y simpático; su porte, grave y distinguido, pero con algo de ese acartonamiento y pesadez que caracteriza á los hijos del Norte, y especialmente á los bretones. Hijo de una inglesa é inglés por temperamento, su educación en Londres y una larga permanencia en aquella capital como agregado á la embajada española en el Reino Unido, habian completado en él ese carácter circunspecto, rayano de la frialdad más extremada.

Venancio, todo sencillez y corazón, que sentia mucho y cuanto sentia lo manifestaba con exuberancia de forma, juzgó de la presentación del duque que, por deferencia solo á García Ruiz, habia consentido en acercárseles. Y, tanto por conquistar un nuevo amigo, como por ser éste un duque, lo cual no era humo de pajas para él, puso decidido empeño en hacerse con sus simpatías.

A este objeto, tanto le habló de mil cosas diversas, logrando interesarle, que al proseguir la representación, duraba todavía la plá-

tica. Entonces les invitó á permanecer y ambos los visitantes se quedaron.

Durante la representación, el diplomático se ocupó mas de Soledad que de los cantantes y de la ópera, y sus ojos que comunmente retrataban una calma olímpica, á intérvalos parecian animados de vivo fuego.

La hermosura de aquella mujer, su aspecto interesante, el aromático perfume que despidе su tocado, el vivo interés que por la acción dramática demuestra, la angustia que á intérvalos la posee, producian en Jorge viva emoción y desasosiego, y ya se la figuraba con este carácter, ya con aquel temperamento, ya dotada de cuales condiciones, sin que al cabo lograrse definirla; pero sí notaba que por momentos se le hacia más interesante.

Jorge no era un vulgar enamorado, ni hasta entonces tampoco estuvo nunca enamorado. Habia, sí, muchas veces pensado en el amor y sentido esa sed expansiva de tiernos y velados goces que germinan en el corazón é interesan la fantasía, haciéndola forjar dulces ensueños; mas si por los resultados juzgamos, aún no habia encontrado la

mujer que le hiciera trocar en realidad aquellos soñados goces.

Y mientras tal estado de ánimo embargaba á Jorge, Soledad parecía no acordarse de él para nada; sumida completamente en los detalles de la representación, su alma al parecer se hallaba pendiente de los labios del artista que cantaba y presa el pensamiento del interés dramático.

En cuanto á Venancio, cuasi se podría decir lo propio. Rico lugareño que un mes antes dejara el cortijo por la córte, era de admirar la fé con que se engolfaba en la aprehensión de los detalles del argumento, la mitad de los cuales, sin embargo, pasaban para él desapercibidos.

García Ruiz, menos afectado que los cónyuges, hacia una observación, un elogio, ó un epigrama de cuando en cuando; más sus palabras daban en la fría impassibilidad de Jorge ó en la abstracción de los esposos, y apenas si obtenia de sus acompañantes, más que frases monosilábicas.

No dejaba esto de mortificarle, por lo que, apenas terminada la representación, y en tanto se disponian todos á marchar, se

deshizo en elogios de la ópera y de los artistas.

—El gusto más delicado y exigente—decía García Ruiz—nada podría pedir á la representación de esta noche, y especialmente á la artista que por primera vez se nos ha presentado. Cada pensamiento expresado por sus labios, es un poema; cada nota una melodía; la música y la dramática se confunden en estrecho abrazo, y surgen esos raudales de sentimiento y de ternezas, que conmueven el alma, que arroban los sentidos, que embriagan el ánimo.

—¡Ah, Mariano!—exclamó Venancio— ¡Cuánto ganaría para mí todo eso, si fuese cantado en español y no en lengua extranjera!... ¿Por qué no tenemos ópera en nuestro país?

—Por nada—respondió el diputado, ya con los demás en los pasillos.—No sé que haya razón alguna que lo explique satisfactoriamente.

—Pues algo tendrá el agua cuando la bendicen.

—Seguramente—interpuso Jorge.—Y ese algo es nuestra desidia, el carácter de

nuestro pueblo que teniendo un idioma con mas sonoridades y armonías que cien idiomas juntos y siendo él un pueblo músico por excelencia, como lo prueban sus muchos y eminentes cantos populares, no se comprende que espectáculo tan de su agrado y que paga más caro que ningún otro, tenga que buscarlo en el extranjero.

—Es lástima, verdaderamente—añadió Mariano,—y aun más de lamentar, si se considera lo fácil que seria conseguir el remedio. Con otorgar atención preferente al Conservatorio de música y á la Escuela de declamación, con proteger á artistas y escritores, y subvencionar á una empresa....

—Eso no, don Mariano—interrumpió Jorge—Las subvenciones á las empresas son contraproducentes; se enervan con el seguro lucro, y son la carcoma del arte.

—Pues yo creo—dijo Venancio—.... Mas ¿por qué no seguimos? ¿Tendríaís la bondad, señor duque, de aceptar un asiento en mi coche? Proseguiríamos, durante el trayecto, nuestra discusión.

—Me espera el mio, señor Luna.

—Despedido.



¿Era correcta la invitación del provinciano?...

Jorge iba ya á escusarse nuevamente; pero miró á Soledad, y aceptó.

Los cuatro en el coche y este en marcha, dijo Venancio:

—Pues yo creo, señor don Jorge, que un gobierno que subvenciona tiene derecho á exigir lo que es objeto de la subvención.

—Sí; pero subterfugios y amaños buscan las empresas que inutilizan ese derecho.

—No hay amaños que valgan—replicó Venancio—yo le pago á usted para esto ú aquello, y usted me cumple el compromiso contraído, por fuerza, si nó de grado.

—En verdad señor, que así debiera ser—contestó Jorge;—pero no lo es por desgracia. Siempre no se pueden aplicar esas teorías, no precisamente por debilidad de los gobiernos, sino por culpa de los gobernados que suelen buscar componendas para escapar al poder de la ley, siendo lo peor que las encuentran.... En esto nos diferenciamos esencialmente de los ingleses. Allí, y esto me consta, veda un gobierno, por ejemplo, pasar por este lado; pues basta un simple rótulo

que lo avise, para que todos vuelvan atrás é indaguen otro camino. Pues si un gobierno nuestro hace idéntica porhibición, y pone, para hacer respetar su autoridad, una fila de bayonetas en el paso prohibido, cualquiera á quien sería indiferente pasar por allí ó por otra parte, solo por estar prohibido, busca un resquicio, un momento, una ocasión, para infringir la ley.

—¡Y qué verdad es!—exclamó el diputado.

—No lo creo yo así—dijo Venancio.

—Lo estaba suponiendo, querido—le contestó Soledad—tienes manía por llevar siempre la contraria.

—Con que es decir, que debo confesar la superioridad de los ingleses sobre nosotros?

—En eso de respetar las leyes, si señor—dijo García Ruiz.

—Y en muchas otras cosas—añadió Soledad—Son más activos, más emprendedores, más serios, más hombres.

—Gracias, señora—dijo Jorge—Mi madre si os oyera, os daría un abrazo.

—¿Es inglesa?—preguntó Venancio.

—Inglesa es; ha nacido en Hull.

En esto paró el coche frente al hogar de los de Luna, y Jorge y García Ruiz se despidieron.

—Hé aquí una noche aprovechada—decía Venancio á Soledad cuando subian las escaleras—Nuestra amistad con el Duque es cosa hecha; porque á más de que es persona en extremo amable, la defensa de los ingleses que tan á tiempo hiciste, le ha impresionado en gran manera.... Pero ¡qué demonio, si no soy nadie!... Y ese García Ruiz tan personaje, no siendo ni mucho menos un semidios, según él mismo dice.... ¡Diputado! ¿si yo lo fuera...

—¿Tú, Venancio?

—¿Y por qué nó? ¿No has oido hablar de farsas electorales? Pues....

—¡Bah! No sueñes.

—Soñar. Pues eso dicen que es la vida, un puro sueño.





## VIII

### EL SUELO Y EL CIELO

Cesó el seco ruido que al rodar por el empedrado suelo el coche producía, y el apuesto lacayito bajó del pescante, y, sombrero en mano, abrió la puerta á los señores. Estaban ante el palacio del marqués de Rocha.

A la luz despedida por los elegantes aparatos que habia á un lado y otro de su grande puerta, veíase una larga fila de carruajes, cuyos conductores, ya se aprestaban á marchar por este ó aquel lado, ya buscaban cómoda y abrigada posición para de la mejor manera posible pasar las mortales horas que habian de aguardar.

Los señores atravesaron diligentes la en-

trada hermosa del palacio, viendo inclinarse ante su paso al portero y otros servidores de la casa, vestidos de calzón corto, media grana y librea verde aceituna con botones dorados, y subiendo por la escalera de marmol blanco cubierta en su centro por una rica alfombra tupida como capa de americano cesped, dieron en el recibimiento.

—Los señores de Luna.

Apagose entre los murmullos del salón el anuncio hecho por el uger con voz enfática, y nadie no obstante, se acercó á recibir á los recién llegados que siguieron adelante, adelante mirando á este lado y al otro, en busca de personas conocidas, hasta que desde allá, desde el fondo, vieron venir hacia ellos al marqués de Rocha, todo presuroso y cumplido. Les saludó cortesmente, afectuosamente, y les acompañó hasta aquel tesero donde en medio de un compacto círculo de trajes negros, la marquesa lucía sus encantos, entonces aumentados por todos los atavíos de ese lujo costoso de la mujer de treinta y ocho años que no ha renunciado todavía á agradar.

Soledad y Venancio fueron recibidos por

la marquesa con la cortés y galante indiferencia de la señora de buen tono que se halla querida por mil atenciones á un tiempo; y más por no saber adonde dirigirse que por causa otra alguna, tomaron puesto entre aquellos galantes por costumbre, enamorados de súbito, admiradores de la belleza plástica, de la desnuda carne de baile, que constituían la córte de la dueña de la casa. Y extraños á aquel círculo, cohibidos, presa de esa timidez que sobrecoje al provinciano que por primera vez se encuentra en aristocráticos salones, y le cierra sus labios, y le ata sus miembros, y le convierte durante la noche toda en un tonto de capírote, sufrieron un buen rato este martirio, no aminorado por los buenos oficios del viejo y célebre Barón de Laissal, que frecuentemente se dignaba descender desde la cúspide de su enfática vanidad, hasta la insignificancia de los intrusos.

Entró Jorge de Rueda dando el brazo á una señora de respetable edad, y, el Barón no sabemos por qué, y Venancio porque deseaba vivamente encontrarse entre personas conocidas, le salieron súbitamente al encuentro.

—¡Oh!—exclamó uno á poco—ved á Laissal con qué aire grave saluda á Mis Ali-na.... Es atemperarse al carácter de la inglesa....

—Ya tiene conversación sobre Londres para toda la noche.

—¿Conoce á Londres el Barón?

—¡Uf! Al dedillo, si hemos de creerle. Estuvo allí seis meses cuando aquel empréstito famoso, con el que, segun dicen, se puso las botas.

—¿Esas tenemos?

—¿Pues de donde, si nó ha salido su capital y su baronía y cuanto ahora es?...

Entraba entonces un alto funcionario, un ex-ministro de la Corona, y la marquesa de Rocha dejó su sitio para salirle al encuentro y saludarle, al mismo tiempo que en el salón se operaba un general movimiento de avance hacia la puerta, hecho por la masa masculina, y se interrumpian por un momento las conversaciones. Pero á poco, Soledad indiferente á aquello, oyó que cerca de ella, decia una señora con gozosa extrañeza.

—¿De veras?

—Es lo que se dice. Yo no aseguro na-



da, por más que no falte quien diga que las relaciones de X... con la Marquesa, son de larga fecha, y que á ellas debió el Marqués ser nombrado senador vitalicio cuando aquel fué ministro.

—¿Y todavía mantienen esas relaciones?... Porque ella es buena mariposa, según dicen....

—Sí, todavía... Dicese que el Marqués será ministro en cuanto suban los de X....

—Parece mentira....

Soledad sintió náuseas ante aquel lodo que de tan donosa manera se removía por aquellas nobles señoras, y con frío y con miedo, dejó á los murmuradores cuyas amables sonrisas le hicieron el efecto de mucas.

Jorge de Rueda le salió al encuentro.

Presentole á su madre Mis Alina, con quien entonces departía Venancio, y los cuatro permanecieron juntos hasta anunciarse un rigodón que Soledad y Jorge, salieron á bailar.

En tanto las parejas de al lado que comenzaban, hacian la primera de las figuras, Jorge habló mucho á Soledad. ¿De qué? No

lo dice el cronista. Y debe ser sin duda, porque Soledad no le escuchaba; porque á Soledad le habia embargado la atención otra de aquellas crónicas sucias que la casualidad se habia empeñado en hacerle conocer.... Tratabase de García Ruiz, de su paisano, de su amigo. Y decíase que decididamente era hombre de provecho y político de fortuna á quien pronto habia de vérsese desempeñando cualquiera de los primeros puestos de la Nación, según ya podia inducirse del hecho de haber sido nombrado presidente del Consejo de administración de una importante compañía ferro-carri'era, cargo siempre reservado á políticos influyentes, y dado á él en pago de sus gestiones para que se echase tierra sobre ciertas enojosas diligencias judiciales en averiguación de la causa del hundimiento de un puente que habia producido un horroroso descarrilamiento.... Sacose luego á luz, su historia antigua, y resultaba ser hechura de un cacique á quien servía para obtener concesiones de carreteras, y con quien compar-tía no se dice qué pingües utilidades. Y vino-se luego á poner fuera de toda duda, que los ratones se habian comido una causa incoada

por cohecho en años anteriores, cuando estubo desempeñando un importante cargo administrativo....

Soledad se sentía fatigada, manchada por aquel lodo que en profusión exorbitante se echaba sobre su amigo, y las palabras «calumnia, calumnia» asomaron más de una vez á sus labios.... Concluyó el baile comenzado, y accediendo á una súplica de Jorge, daba Soledad una vuelta por el salón, apoyada en el brazo del joven Duque, á tiempo que entraba García Ruiz. Le miró, le contempló desde lejos, admirando la soltura, la elegancia y aun la marcialidad con que se presentaba en público, y la exquisita finura con que contestaba á los mil saludos que de todas partes le rendian.

—¡Calumnia! ¡Calumnia! No es posible— exclamó de súbito á su pesar.

—¿Qué le sucede? Habla usted sola, Soledad?

—En efecto, señor Duque; se me ha escapado de los labios la exclamación que usted ha oído, sin duda efecto de la dolorosa impresión que me ha causado el cieno removido ante mi en esta noche, cieno donde yo

esperaba perfumes, miseria entre la espléndida riqueza que nos rodea....

Dió al Duque sucinta relación de aquella gacetilla escandalosa, y añadió luego, contestando una observación de Jorge.

—¡Ah, no, no! Es muy mezquino todo eso ¿Cómo puede pensarse nada bueno, de quien al prójimo considera canalla, y le trata, y le da pruebas de estima, sin perjuicio de murmurar en su ausencia?...

—Es efecto de una tolerancia que la sociedad impone.

—No, no puede imponerla, sino á quien á ella se doblegue; ¿por qué transigir con la indignidad? ¿por qué revolcarse en el lodo y respirar su atmósfera asfixiante, si ese no es, no puede ser nuestro elemento?... No, señor Duque. Entonces sería preciso aborrecerla, vivir solos, como las fieras, y esto no es posible....

Jorge se rió interiormente de aquella intransigente moralidad, muestra del recto juicio, reminiscencia de antiguas lecturas, producto de la fatal impresión que habían causado en la joven aquellas historietas.

Y admiró su sencillo y noble corazón,

y se fijó con delicia en su bello rostro, hermo-  
seado por aquella expresión de disgusto, y  
sus ojos brillaron con aquel fuego que rara  
vez los animaba, y se llevó la mano al pe-  
cho sintiendo latirle apresuradamente el co-  
razón....

Llegaban al extremo de la sala, y volvían  
hacia arriba. En el testero de enfrente vieron  
deparar á Venancio, García Ruiz, el ex-mi-  
nistro de la Corona y el marqués de Rocha,  
todos animadamente, y más que otro alguno  
y rebosando júbilo su rostro, el lugareño  
mimado Venancio Luna.... Era de ver el  
grupo. El forastero, de aire plebeyo, casi fla-  
menco apesar del traje de etiqueta, accionan-  
do ya con toda soltura y desembarazo, de  
manera descompasada, embargando la aten-  
ción y cautivando las simpatías de los que le  
escuchaban, con aquella graciosa manera de  
decir, aquel ceceo andaluz, y aquella expre-  
sión peculiar del mediodía que encierra un  
discurso en un simple gesto, un ademán, un  
movimiento. El otro, el ex-ministro, aristó-  
crata de siempre, viva encarnación del atilda-  
miento y la elegancia, correcto hombre de  
mundo, mostrando en su faz una plácida son-

risa de asentimiento, dejando caer, con maestría suma, palabras entrecortadas, disimulando con la más perfecta urbanidad, el desdén que siente hacia todo aquello que en suma nada le interesa, gozoso al conocer la grande superioridad que el otro le reconoce... Y en segundo término, las otras dos figuras, ninguna interesada en la cuestión y ambas tomando parte en ella, mostrando admiración hacia el exministro, y algo así como protección hacia el otro; pero todo correctísimo, bien hecho todo....

—Mi querido amigo—le había dicho la excelencia pretérita. Y Venancio se sintió turbado al hablarle otro hombre por primera vez en su vida, ahogado por la felicidad que aquella frase le produjo. Ya todo fué bueno para él, ya eran las mejores costumbres las costumbres aristocráticas, ya, viéndolo todo á través de un prisma de color de rosa, todo le parecía hermoso, célico, divino.... ¡Qué felicidad tan ignorada de sus vecinos de Villalinda!...

En cuanto tuvo ocasión de hablarle á solas, le dijo á Soledad:

—¡Qué magnífica noche! ¿Te has diver-

tido mucho?... ¡Oh! Por nada del mundo cambiaría yo noche semejante.... Y Su Excelencia es un bello sujeto, una verdadera eminencia si las hay.... Decididamente este Madrid es una gran cosa, el mejor país del mundo: ¿No lo crees tú así?

—Me dá miedo—exclamó Soledad después de vacilar un poco.

—¡Ah! Pues no tiene fundamento, y se debe sin duda á tu carácter; como todavía esto es nuevo para tí... pero ya te has de ir acostumbrando y te agradará como á mí me agrada... Verás, Solilla, verás.... Verás dentro de poco, donde se encuentra tu marido.

—¿En Leganés, acaso?

—¡Qué en Leganés! tontuela?... En el palacio del Congreso....

—¡Y qué!—dijo para sí Soledad, no ocurriéndosele siquiera poner en duda aquel evento.







## IX

### ¡HANDICAP!

*Mikela, Leader, Mikela; Mikela* ha sido el triunfador.

A las exclamaciones súbitas y á las frases e interortadas suceden los gritos, las voces, la algazara general, y unos pagan y otros cobran satisfechos, y aquel llama al postor á quien ha ganado, y este efectua otra apuesta en la que duplica el valor que antes perdiera.

El dia es hermoso. Un cielo azul salpicado de nubes rojizas y de color de plomo que á veces posan un óvalo fugaz sobre la verde alfombra que tapiza el hipodromo; una atmósfera tibia y perfumada por la fragante esencia que despiden las flores de Abril, y un cefirillo blando y halagador que cariñoso be-

sa en los rostros á las damas y agita los blondos rizos que, no cogidos por el sombrero ó la toquilla, caen semirizados sobre sus nacarrinas frentes, poniéndose al habla con los ojos.

Todo parece convidar á la dicha, y los efectos del azar, la embriaguez del juego, el anhelo de recuperar lo que antes se ha perdido y el deseo de duplicar lo que antes se ha ganado, se hace sentir por todos, lo mismo hombres que mujeres, y todos apuestan, todos juegan, todos, con el programa á la vista y el lapiz en la mano, apuntan cantidade, volviéndose á derecha é izquierda para oír á quien le demanda una apuesta, ó buscando con quien hacerla, y repitiendo las hipodrómicas palabras: «Soy *Mikela*, soy *Tarfe*, soy *Czarina*, ó cualquier otro nombre dado á los caballos que han de correr.»

El *sporman* rabioso, el aristócrata que rinde culto á la moda, el plebeyo á quien ha endiosado una fortuna adquirida con trabajos ó con manejos; el empleado de poco y el de mucho sueldo, el político, el periodista, algún que otro inglés largo y tieso que, colgados del cuello los quevedos por negro cordon-

cillo y en la mano unos grandes anteojos, usa de unos ó de otros según la distancia á que pretende ver; y entre ellos, la apuesta y elegante dama, la pretenciosa y pintada señora cuya juventud se perdió allá en los tiempos de María Cristina, y que pide á la química y á la quincallería, velo para ocultar sus años; alguna que otra damisela nadando en lujo; ese todo Madrid, en suma, de que nos hablan los revisteros, más algo que es parte de ese todo, pues que á él pertenece, y que no obstante parece serle heterogéneo, forman el conjunto un si es no es abigarrado que ocupa todo el Este del hipodromo.

Suena la campana anunciadora de la carrera siguiente, y á los hipófilos les salta el corazón en el pecho, y se les figura invencible en la velocidad de la carrera el caballo por el que han decidido apostar, y ya no reparan en condiciones, y conciertan apuestas que sumadas importan fabulosa suma, la cual en un momento y sin otra causa que la agilidad de los remos de un bruto ó la malicia de un *jockey*, pasa de una mano á otra, dejando en pos y llevando consigo el vértigo, la ceguedad, la pasión. Y no se circunscribe

á dejar en ellos sus naturales efectos, este fuego que, como el de una hoguera, más se recrudece cuanto mayor es el material que á su acción devoradora se somete; las señoras igualmente apuntan en sus lindas carteras, y en los palcos, en la tribuna y en los coches, se procura con melosas palabras y embriagadoras sonrisas que un pródigo postor fie su dinero á la victoria de cualquier caballo que no sea el de mejor historia ó el de mas fama; porque este, queda por ella.

—Cien duros por *Bou-Amema*—dice uno.

—No; tengo por él—responde otro.— Mas si quereis ganarlos, haced la oferta á un señor andaluz que por ahí discurre aceptando cuanto se le propone. Es uno que habla mucho de la estampa.... Vedlo; allí está! Os hablará de la estampa magnífica del caballo por quien apuesta; pero no sabe jota de esto de hipodromos.

—Pues voy á verle. ¿Sabeis su nombre?

—Vanancio Luna, segun creo.

—Gracias.

—Mucha suerte, amigo.

Algo más allá, dice el postor por *Bou-*

*Amema* á Venancio que echado atrás el sombrero, deshecho el lazo de la corbata y en extremo colorados los ojos, muestra encontrarse entre merced y señoría respecto á juicio, efecto del manzanilla que obra en su estómago.

—¿Apostais, caballero?

—Cuanto quiera Vd. Yo soy *Bou-Amema*.

—No, entonces, Yo pongo por él.

—¿Que pone Vd. por él?

—Únicamente.

—Pues bien; no apostamos.

Venancio con las manos en los bolsillos del pantalón é inclinado su cuerpo hacia adelante, mostraba esa sonrisa franca y agradable que se grava únicamente en la boca de los poseidos por el alcohol. Ya se despedía su interlocutor dirigiéndole mirada codiciosa, cuando un súbito cambio de pensamientos le hizo decir:

—¿Tiene Vd., compadre, mucho empeño en la apuesta? Pues sea. Despues de todo, acabo de perder por *Muley*, y sospeché que tan moro y tan falso debe ser *Bou-Amema* como *Muley*. Soy pues ahora.... ¿qué seré yo ahora?... *Gloria*... Sí; soy *Gloria*.

—Se ha retirado—dijo en esto una voz á su espalda.

—Adios, señor duque—exclamó Venancio tendiendo la mano al de Monteorcaz que á él llegaba.

—¿Quereis acompañarme, Sr. Luna?

—Al momento—contestó Venancio guardando el programa.

—Terminad la apuesta.

—Por terminada. Caballero, no juego. Dispensad.

Ambos cogidos del brazo se marcharon, y el postor por *Bou-Amema* quedó como plantado en aquel sitio, y dirigiendo rencorosa mirada á Jorge.

—¿Y que tal os trata la suerte, amigo mio?—preguntó este á su acompañante.

—¡Psh! No lo sé á punto fijo. Creo que pierdo.

—Lo hubiera asegurado. Sin duda es la primera vez que asistís á este espectáculo.

—Efectivamente es la primera; pero ¿qué importa ello? si cuando un caballo llega á llenarme el ojo, como decimos en mi tierra, por fuerza ha de ser bueno.

—Y sin embargo, os equivocais.

—Me equivoco, porque aquí no se juega limpio. Eso del peso y de los *jockeys*, francamente, me trae escamado. Pero ¡bah! ¿qué importa?

Jorge le fué entreteniendo con un diálogo insustancial hasta llegar cerca del sitio donde estaban los coches, en uno de los cuales se veía á Soledad y García Ruiz, departiendo amigablemente y sin ocuparse ni poco ni mucho del espectáculo.

Hemos ya hablado de lo que á Jorge interesó siempre á Soledad. Desde la noche del baile en casa del Marqués de Rocha, aquel interés siguió en aumento, y desde entonces la buscaba y sentia gozo al verla, y no desperdiciaba ocasion en que poder hablarla.

Aquel día, no habiendo ido con ella ni sabiendo si allí estaba, Jorge trató, apenas llegado, de cerciorarse de ello; y al hallarla en el coche con la sola compañía del diputado, Jorge sintió frio, el frio de un sacudimiento nervioso, parecido al que produce la picadura de un áspid. Mudo y absorto quedó contemplando el cuadro que los dos ofrecian á su vista, hasta que pasados unos momentos, exclamó al mismo tiempo que de-

su frente desaparecia la extensa arruga que en ella se marcara.

—¡Imposible! Son paisanos y amigos. No es digno cuanto pienso.

Retirose de allí, y discurriendo por el hipodromo, halló á poco á Venancio, en la ocasión que hemos dicho. Y aunque antes rechazase como liviano lo que imaginara, ocurriósele ahora conocer la impresión que en el marido produjera ver á los dos juntos. A éste fin, durante el trayecto, Jorge iba estudiando la fisonomía de Venancio por si en ella lograba sorprender una contracción, un gesto de desagrado. No lo encontró. La simpática faz del de Luna siguió indiferente al verles, y sus ojos tan encendidos, y su sonrisa tan marcada como antes.

—¡Hola diputado!—exclamó Venancio, echándose de bruces sobre la cerrada portezuela del coche—¿Tú por aquí?

—¡Phs! Jugué varias apuestas, y cansado me vine á hacerle compañía á Soledad. Adios, amigo don Jorge—añadió tendiendo la mano al Duque.—¿Cómo le trata á Vd. la suerte?

—Gano mil pesetas. ¿Y usted?



—Yo pierdo unas ciento. Soledad, no sé.

—He ganado cuantas apuestas he hecho—dijo esta.

—¡Oh! La felicito por tan colmada suerte.

—Gracias.

—¿Quiere Vd. aumentar esas ganancias?

—¿Jugando con usted?

—Sí.

—Sea. Juguemos. Aquí está el programa.

—Ha sido alterado—objetó García Ruiz.

—Nó—replicó Venancio:—Me acaban de asegurar que todos estos caballos han de correr.

—Será así en efecto. Pero mira allí los nuevos anuncios, y vé como no son los mismos.

—Sí, hombre, lo son.

—Vé y te convencerás de lo contrario.

—Vayamos ambos.

—No, ¿para qué? Tú me lo dirás.

—¿Cien pesos á que son los mismos?

—Cuantos quieras.

García Ruiz se impacientaba con la pesadez de Venancio, y hubo de condescender,

para hacerle cesar en su manía, en acompañarle á ver si habia ó no sufrido alteración el programa de la carrera que de un momento á otro iba á empezar.

—Amostazado marcha, vuestro amigo— dijo el Duque.

—Y con razón—replicó Soledad:—Mi marido es de suyo un tanto voluntarioso, y hallándose en el estado que ahora por casualidad se encuentra, ya lo ve Vd., peca de importuno.

Jorge la miró intensamente, con pasión, con fuego, y Soledad bajó sus ojos ante aquella mirada.

—¿Estais triste, Sola?

—¿Triste? ¡Bah! ¿Por qué?

—Si, estais triste.... Se le advierte á la legua.

—Déjemos eso ¿quiere?

—No, no quiero. Yo quiero verla alegre, dichosa, feliz.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que no lo sea? que no lo esté?

—Me lo dicen tantas cosas... Me lo dicen...

—Si me hiciera usted la merced de

callar....—Dijo Sola á impulsos de un presentimiento.

—¿Y por qué, Soledad?

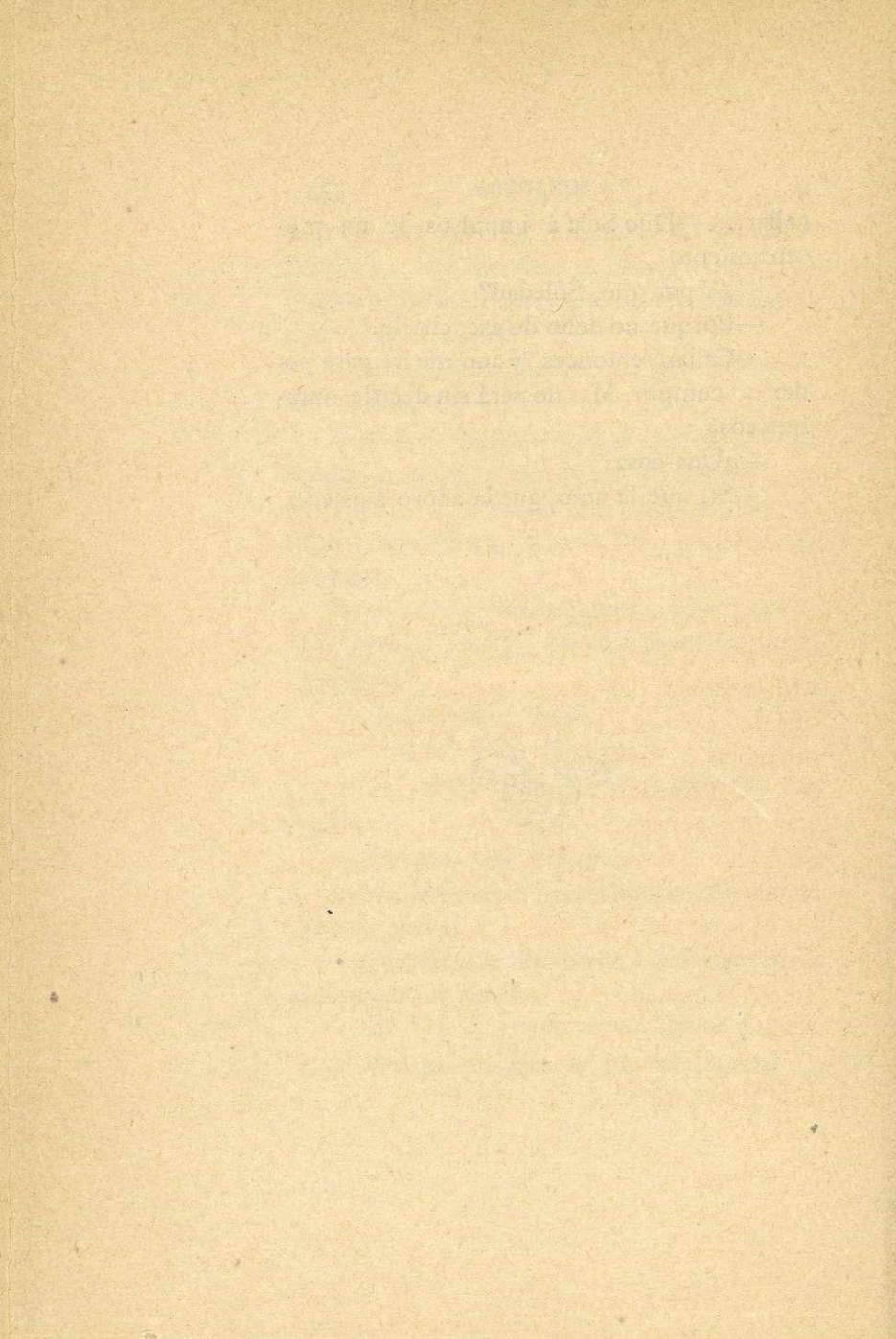
—Porque no debo de escucharle.

—Callaré entonces, y aun me irè para poderlo cumplir. Mas no será sin decirle antes una cosa.

—¿Una cosa?

—Sí, que la amo, que la adoro á usted.







## X

### SUEÑOS Y REALIDADES

Aquellas palabras eran graves en demasía para que no fijasen y torturasen el pensamiento de Soledad, dispuesto siempre á marcharse tras del vuelo de un pájaro y á fijarse detenidamente en un rayo de sol.

«¡Que la adoro, que la amo á usted!» También su marido le habia hecho oír esta misma frase en época no muy lejana, cuando podía escucharla complacida, y no conmovió con ella ni una sola fibra de su corazón, ni despertó otro sentimiento en su alma que uno tan vago como poco vehemente de curiosidad.

«¡Que la adoro, que la amo á usted!...»  
¡Oh! ¡Qué fastidio! ¿Y por qué habia de

amarla, ni que era eso de amar?... ¿Qué causa lo inspira y qué sentimiento, pasión ó afecto es ese á que los hombres llaman amor? ¿De qué nace? ¿A qué aspira?...

Era el eterno tema de las disquisiciones fantásticas en que se perdía frecuentemente su ánimo, y el que nuevamente la sumergió en un caos de vaguedades y ensueños, producto al parecer de un cerebro lesionado....

Trascurría el tiempo sin que ella lo advirtiese. Los rayos del sol herian la superficie de la tierra ya con bastante oblicuidad; densas y oscuras nubes los ocultaban con frecuencia, y un fuerte viento columpiaba á intervalos los tallos de las flores y movía las ramas de los árboles. Sola sintió frío y deseos de alejarse de aquel confuso rumor, producto de voces, gritos y exclamaciones que la mareaban. Al efecto, mandó al lacayo en busca de Venancio, díjole á éste que se hallaba indispuesta, y ambos tornaron inmediatamente á Madrid.

Eran las cuatro de la tarde al poco más ó menos. El rico lugareño andaluz habia traginado y corrido sin descanso durante todo el dia, y el cansancio natural y los efectos del

vino que habia trasegado á su estómago, fueron causa, sin duda, de que al poco tiempo de marcha, el suave traqueteo del coche al deslizar sus ruedas por el arena del camino, le hiciera caer en un sueño ó modorra de la que no bastaban á sacarle el restallido del látigo ni el vaivén de algún que otro vache del camino; cuando estos eran grandes, solía entreabrir sus ojos con dolor, y mostraba la córnea encendida como la amapola. Soledad se replegó todo lo posible hacia un extremo del carruaje, y echando una mirada compasiva sobre su marido, fijó su vista en el paisaje á través del cristal de la ventanilla.... La sábana verde que por el campo se extendía, aquí y acullá bordada con manchas de flamenquillas y jaramagos, entre los que se veían algunas amapolas que semejabán gotas de sangre derramadas por un pájaro herido; los árboles que, uno tras de otro, desfilaban por ante el marco de la ventanilla como anheladas cosas que antes de llegar á nuestras manos, desaparecen rápidas sin que podamos gozar ni de su presencia; las blancas paredes y las esbeltas y pintadas chimeneas de las quintas y caseríos, desperdigados por el pai-

saje como grande bandada de diversas aves que, ya una, ya otra, todas se ocultan ó huyen á nuestra vista; Madrid, ya muy próximo, iluminado entonces por los rayos del sol á través de una nube rojiza que esparce boreales resplandores y baña sus torres y sus edificios en una luz aureada y poética, más viva en unos puntos, más incierta en otros... Bello panorama y dulce espectáculo que pasó ante la vista de Soledad, sin que en nada pudiera recrearle, porque iba sumamente preocupada. Al cruzar Recoletos, las yeguas que arrastraban el vehículo, fueron puestas al paso, y entonces reparó que habia permanecido muda durante el largo trayecto, sumida su imaginación en inútiles reflexiones sobre lo de siempre.

Llegaron á su casa. Venancio marchó á su cuarto para vestirse y despejarse antes de comer, y ella pasó á un corredor alto cuyo cierro de cristales daba vista á un bello y reducido jardín que entonces comenzaba á vestirse de flores.

Seguía preocupada, pero los sonidos más insignificantes le hacian volver la cabeza y distraerse. Cualquier cosa, el ruido de las ra-



mas de los naranjos y limoneros al ser mecidas por el viento, el susurro del agua cayendo en la pila, una voz que sonaba á lo lejos, cortaban el vuelo á sus maquinaciones, echaban por tierra los castillos fantásticos levántosen un momento por su calenturienta fantasía, y traían su juicio á las palabras últimas del Duque: «¡Que la adoro, que la amo á usted!»

Y sin mover los labios, otra vez y otra vez hablaba de ello.... Oigámosla:

—Es un atentado—decía:—Es un atentado á mi tranquilidad y una traición á la amistad que á Venancio debe. ¿Qué bueno puede proponerse al declararle amor á una mujer casada? ¿Qué goces ni qué deleite puede reportar la falsía, el engaño, cuya forzosa consecuencia es un tormento infinito, ó un vicio y hasta un crimen repugnante?... Esto, no amor, asco inspira, porque acusa un alma ruín y miserable.... Y parecía bueno, generoso, noble, digno de toda estima. No, no lo es. No lo es, porque si bien dicen que el amor es un sentimiento grandemente expansivo, imposible de reprimir en ocasiones.... ¡qué!... ¡qué?... No se lo que oponer á esta reflexión.... Porque si verdaderamente no

puede reprimirse, de nada puedo acusarle cuando se ha limitado á manifestármelo. Luego si es víctima de una pasión, no es in-noble ni malvada su conducta... ¡Innoble! ¡Malvada! ¡Qué abuso de vocablos! Tengo fiebre, y estoy hablando como una romántica de novela, cuando acaso todo no sea mas que una simple galantería.... ¡Bah! Sea lo que quiera. Yo que no conozco el amor, yo que no sè amar, no debo sino procurar el corresponder al de mi esposo, alma inocente, corazón secillo, excelente sujeto, y apreciable joven que por mi felicidad daría gustoso la vida, y á quien yo, infiel, y perjura y miserable, no doy la posesión de mi alma, porque esta se escapa en cuanto él abraza mi cuerpo, y sueña con otro ser apasionado, sin impureza alguna, cariñoso en extremo, con un respeto sagrado hacia mí.... Con otro ser, ideal, que no existe, que no puede existir sobre la tierra, porque no es ni una sombra, porque es menos que un fantasma, porque es un pensamiento nada mas. Y Jorge quiere ser la realidad del pensamiento este.... Y él quiere dar vida á mi creación! ¡Imposible! No podré amarle nunca.

Luego, pensando que era necio divagar á solas de tal modo y nada bueno tener el pensamiento fijo en cosas á las que no debió siquiera prestar atención ninguna, se repitió por milésima vez, que aquí, sobre la tierra, viviendo entre hombres y gusanos, era un grande error, era un mal gravísimo dejarse embargar por célicos ensueños é imposibles ideales. Afirmó además que su deber la obligaba á considerar á Venancio como la realización de aquel ensueño suyo, de aquel producto de su fiebre, y... Despues, despues se compadeció de si misma; tuvo envidia de la felicidad de Venancio, que era plenamente dichoso con la mentira de su amor, y se dijo otra vez que el Duque debia serle indiferente.







## XI

### «DE RE PÚBLICA»

Apenas habían los periódicos acabado de reseñar aquella fiesta hípica que fuè por varios dias la conversación del *todo Madrid*, cuando otro acontecimiento solemne, trascendental, y muy comun y frecuente en España, reclamaba la atención toda y plena de la prensa.

Era una crisis, un cambio de gobierno, un paso del llamado pacífico turno de los partidos en el poder, con todas sus naturales y lógicas consecuencias, bien fatales y maléficas comunmente en nuestro país, para la administración del Estado.

Caían los *blancos* y subían los *pálidos*; (que no hay para qué darles ahora su verda-



dero nombre); y como siempre, la gestación y laboriosidad de la crisis, sus naturales incidentes, las dimisiones y nombramientos, consecuencia de ella, la nueva etapa gubernamental, el cambio más ó menos completo y radical en la marcha política, habían engendrado esa atmósfera de sobra oxigenada que produce una febril excitación, un anhelo vivísimo de saber noticias, una grande tensión nerviosa cuyas sensaciones comunican al cerebro pasmosa actividad.

El Salón de conferencias, las porterías de los Ministerios, el Bolsin, y los círculos políticos, eran hervideros de noticias que apenas dadas, se exparcían tan veloces por los cuatro ámbitos de la población, como si en sus alas las llevase el viento. Cual más, cual menos, todas llevan en sí miel, esperanzas y satisfacciones para unos, acibar, desencantos y disgustos para otros; que más que el bien del país, el bien propio es lo que se busca por todos en nuestra política, y nada hay de mas sensible efecto para la mayoría de nuestros conciudadanos, que un cambio de gobierno, no precisamente por la trascendencia que encierre su gestión política y administrativa, si-

no por el cambio en el personal que inmediatamente se sucede. ¡Qué testamentos dejan los que marchan! ¡Cuántas mudanzas y variaciones hacen los que vienen! Comienza en el presidente del Consejo, y pasando por diputaciones y municipios, la mudanza no acaba sino en el mísero aguacil del pueblecillo oculto en el más ignoto riñón de la sierra.

Dícese que nuevas ideas, necesitan de nuevos hombres para ser realizadas, y por consecuencia los servidores de un gobierno, no pueden ser servidores de otro. Esto es verdad en cierta esfera, solamente; en la esfera esencialmente política; no en la judicial y en la administrativa, cuyos hombres solo son servidores de las leyes y de los intereses de los pueblos. Pero aquí lo entendemos de diverso modo, y á nuevo gobierno, siguen nuevas Córtes y nuevas diputaciones y nuevos municipios, y todo se varía y todo se remueve.

Con las vacantes de esta total mudanza, premian los partidos á sus hombres, no precisamente en esacta proporción con sus servicios, sinó en la que permiten las circunstancias y la compatibilidad de pretensiones



mútuas que aportan al gobierno los individuos que lo constituyen. No obstante, uno de los méritos casi indiscutibles, y por tanto, más pródigamente recompensados, es el del orador parlamentario, acaso porque sus servicios en nuestro régimen político, son de más notorio y sensible efecto que los del jurisculto ó los del hacendista, por ejemplo. El diputado que poseyendo el arte de la oratoria, logre dar muestras de su elocuencia en el Congreso, ya puede estar seguro de que el día que sea llamado á regir los destinos de la nación el partido á que pertenece, será designado para una Dirección, ó una Subsecretaría, ó una plaza en el Consejo de Estado... García Ruiz era un hábil tribuno y un sagaz polemista parlamentario, y, como era de esperar, fué nombrado, resuelta aquella crisis, Sub-secretario del Ministerio de...

Por eso ahora le vemos más arrogante, optimista y enfático que nunca. Instalado en su despacho desde las doce de la mañana, allí recibe comisiones, y escucha á pretendientes, y hace promesas, y se agita y se mueve y se revuelve, atendiéndolos á todos y despachándolos contentos y regocijados,



cuando no plenamente satisfechos. Más acuden á él y más le asedian que á los mismos ministros, porque para todos tiene cuando menos buenas palabras. Su política es personal; favorece por satisfacción propia, y tiene amigos y partidarios decididos, dispuestos siempre á sacrificarse por él si necesario fuere. El resuelve, él formula decisiones que luego el Ministro acata y hace válidas. Su nombre es traído y llevado á todas horas por la prensa de todos los matices, y su periódico en el que de director ha pasado á inspirador, apenas si tiene espacio para defenderle de cargos, para rectificar planes y hechos que se le atribuyen, y también para lanzar á la publicidad con objeto de que fuesen haciendo atmósfera, cuestiones no resueltas aún, y candidaturas no acordadas.

Venancio oyó la frase en cierto círculo, y á todas horas y en todas ocasiones, dice á cuantos quieren oírle:

—¡Oh! García Ruiz... Es el Argos de la situación.

Y á seguidas añadía para sí:

—Seré diputado.

Desde entonces, hablando de política

casi de continuo, no habia personaje á quien no preguntase su parecer acerca de la fecha en que apareceria en la *Gaceta* el decreto de disolución de Córtes, con el cual, es fama que soñaba todas las noches.





## XII

### UN HOMBRE DE ESTADO

Publicóse este decreto, y no por ello cesaron los insomnios de Venancio.

Su próxima elección, su entrada en el mundo político y sus diversos planes para lo futuro, constituyen ahora la vida de su pensamiento, y en cuanto una nueva favorable oye, ó una promesa de seguridad obtiene, ó una felicitación recibe, corre presuroso á ponerlo en conocimiento de Soledad, con toda la franca alegría de un niño que á su madre comunica haber obtenido un premio del maestro, un beso del papá ó un regalo del padrino.

Una mañana, bien temprano todavía, ha-

bla Soledad del asunto de la noche anterior, el cual le trae todo alborozado y fuera de sí.

—¿Pero qué has de concertar con el ministro?—le dice ella.—¿Hay más, para ser diputado, que presentarse en el distrito, y tratar de obtener los votos de los electores?

—¡Oh! tontuela. Cómo se conoce que nada entiendes de política. Ahora los distritos no eligen diputados. Son los Gobiernos, los que á la buena de Dios, reparten los distritos á sus protegidos, cediendo, para evitar murmuraciones, alguno que otro al adversario.

—¿Y por qué así?

—¡Toma! Porque no puede ser de otra manera. ¿Há de consentir el Gobierno que vote cada cual á quien le diere gana? Pues bueno andaria el cotarro. ¿Quién fiaba entonces en el apoyo que las Cámaras deben de prestarle?... ¡Oh! Yo he hablado con personas importantísimas de este asunto, (porque también estaba en tu misma errada creencia), y me han hecho ver que eso es de todo punto imposible, si en algo estima el que manda su seguridad; que la buena práctica, es la que seguimos ahora.

—Y bien ¿qué has de concertar con el Ministro?

—La manera de resolver ciertas dificultades que se presentan à la proclamación de mi candidatura.

—¿Dificultades cuando ya varias veces ha hecho tu familia que triunfe García Ruiz? ¿que triunfe un estraño, solo merced à ustedes?

—Sí, porque no es el distrito à que pertenece nuestro pueblo, el que ha de votarme. Ese queda para García Ruiz, el cual de otro modo parecería un diputado *cunero* que debe su triunfo à extrañas influencias. Yo me presento en otro, no sé cual todavía, porque el Ministro no ha resuelto.

—Y si nó conoces à nadie en él....

—No importa: el país en España es siempre de la opinión del Gobierno.

—Bien—dijo Soledad haciendo un gracioso mohín.—¡Buena la traes con tu política y la diputación! ¿Te espero à almorzar?

—No. No me esperes, que no sé cuánto tiempo tardaremos en evacuar este asunto.

Poco después, satisfecho y erguido, brillante la mirada, el rostro risueño, fastuosa

su persona, el ilustre diputado en ciernes Venancio Luna, subía en un elegante cupé, que al punto rodó ligero en dirección á la calle de Jorge Juan, número.... morada del subsecretario García Ruiz.

Era una mañana de bruma que habia seguido á una lluviosa noche. La humedad, sin duda, había hecho que el sol se resfriase, y á aquella ahora, las nueve de la mañana, comenzaba á desperezarse poco á poco, y á difundir los arreboles de su albor por el espacio, haciendo que la bruma, blanca como el vapor de nieve, se replegase á los árboles y edificios lejanos, semejando con sus vedijosidades y fluctuaciones, que los envolvía un mal tegido velo de algodón en rama. El cupé de Venancio se escurría ligero por entre ella, desfilachándola, haciéndola girones, fundiéndola las calientes bocanadas que los caballos exhalaban, é indiferente al discreto y poético panorama que ante él se desplegaba. Llegó á la casa del subsecretario García Ruiz, y recogido éste, el carruaje volvió á emprender la marcha hacia la casa del Ministro.

Alzábase este magnífico edificio en la calle de Alcalá, frente al ministerio de la Gue-

rra, cuyos magníficos jardines, se veían reproducidos en las terrazas del hotel de Su Excelencia.

Venancio hizo un expresivo gesto de disgusto al ver ante el edificio algunos otros carruajes, gesto que luego se repitió cuando, atravesados el patio y los peldaños de la rica escalera de mármol jaspeado que tantos corazones oía diariamente palpar á impulsos de ambiciones febriles ó de inquietudes extremadas, vió en la antesala unas veinte personas que sin duda esperaban audiencia del Ministro.

—Llegamos tarde—dijo con desaliento á García Ruiz.

—¡Bah!—exclamó éste—Sígueme.

Y altivo, orgulloso, triunfante, sonriendo con exquisita finura ante un rostro conocido, saludando con un cariñoso ¡Hola hijo! al lujoso criado y al apuesto y diligente ayuda de cámara, García Ruiz, con aire triunfal y por Venancio seguido, entró de rondón en el despacho de Su Excelencia, dejando contrariada y á punto de impacientarse á la abigarrada pléyade de pretendientes y amigos y funcionarios que esperaban... Para él no había antesalas.

Tras de ellos entró el uquier.

—Su Excelencia está en el patio, señor.  
¿Paso recado?

—No, no; allí le veremos.

Y por una puerta interior del despacho, precedidos del solícito uquier, García Ruiz y Venancio pasaron á un corredor que daba á un patio, en cuyo testero del Este se veía á la Excelencia aquella que vimos en el baile del Marqués de Rocha, de pié, vestida una larga bata de color oscura, en zapatillas, con un gorro turco en la cabeza, asaz engolfado en presenciar y dirigir la distribución de lechuguino picado que un criado hacía entre siete jaulas de perdices, simétricamente colgadas en la pared.

—¡Hola, mis amigos!—exclama Su Excelencia, al verlos llegar, en tanto cerca de una jaula introducía con sus propios dedos el lechuguino que el pájaro echaba fuera al picar en el verde.—¿Cómo les vá esta mañana?... *Ti, ti, ti*, ¡*Santero!* No te asustes, animalito.

Venancio estaba admirado. El no comprendía cómo todo un señor Ministro, cómo un Consejero responsable de la Corona, po-



dia entregarse á tales aficiones venatorias y ornitológicas, y desatender y olvidar por ella, sus obligaciones de hombre de Estado.

—¿Qué, señor Luna,—le dijo el ministro reparando en su asombro—no gusta usted de esta afición?

—En extremo—se creyó en el deber de contestar.

—¿Abunda este pájaro en su pueblo?

—Mucho, muchísimo, señor, no obstante que lo cazamos por todos los métodos, incluso el correrlo en Agosto, cuando el calor le ahoga.

—¡Ah! esa cacería no me agrada. La perdiz debe cazarse en el puesto, únicamente; es lo más divertido.

—¿Divertido?—objetó García Ruiz—Pues no veo la diversión de encerrarse durante largas horas entre cuatro matojos, y no poder moverse ni respirar apenas, expuesto á que al ciñuelo se le antoje no cantar, ó á que, cantando más que un ciego, le oigan los pájaros del campo como quien oye llover.

—¡Bah!—replicó el ministro—Usted seguramente desconoce el placer que experimenta el cazador al escuchar los primeros pi-

ñones del pájaro del campo, y cómo el nuestro *da de pié* y le contesta, y *cuchichi, cuchichi* hasta que le trae y le hace *entrar* y puede uno tirarle. Esto es muy bonito. No se necesita más que alguna paciencia; y como todo cazador la tiene....

Muy bonito sería; pero solo el relato de ello, fastidiaba á Venancio horriblemente. ¡Cuidado con ver á un tan alto funcionario engolfado por completo en aquella ruin faena, y verle volverse presuroso y dejar toda plática en cuanto un pájaro saltaba, ú otro amagaba cantar!... ¡Y creyéndole ocupado en la resolución de árduos problemas, estaría aguardando toda aquella gente que en la antesala habia visto!... ¡Vamos! Aquello sí que no habia de creerlo Soledad, aunque se lo afirmase puesto en cruz.... ¡Los proyectos de ley, el estudio de las reformas prometidas, la resolución de expedientes, todo completamente abandonado, por echar lechuguino á unas perdices!... ¿Y cuándo iba á escucharle? ¿Ni cómo él le espetaba el discursito preparado para darle cuenta de su plan de campaña electoral, si contando las peripecias de una cacería, el Ministro olvidaba que allí les ha-

bia llevado el asunto de las elecciones?... Callaba y oía y esperaba que aquello terminase.

Concluyó, al fin, la plática venatoria, y Su Excelencia, rodeándole con un brazo la cintura, se dirigió con él al despacho, para decidir sobre el asunto. Y ya se iba á tratar de este, y ya Venancio, agradecido, perdonaba al ministro hasta el que fuera cazador, cuando, previa consulta del cronómetro, Su Excelencia se despidió súbitamente, alegando ser la hora en que debía celebrar Consejo con sus colegas de ministerio, y dejando al subsecretario García Ruiz la resolución del asunto.

—Para ese viaje, no necesitábamos de alforjas—exclamó Venancio, cuando estuvo á solas con su amigo.

—¡Bah! Esto es corriente en política.

—Entonces,—replicó enfadado—la política es un juego.

—Justamente. La política es un juego, y el Gobierno talla. Apunta siempre su carta, y siempre ganará.





### XIII

COSAS TENEDOS, BUEN CID....

—¡Hola, padres de la Patria! ¿Se decidió sobre el asunto?

—Si, no hay más que hablar.... Este quería que me presentase por Sábana Grande, una tierra allá de Puerto Rico. Pero yo le he dicho que es un disparate, que yo no conozco aquello.

—Pero, hombre, si no es preciso conocerlo.

—Algo cuando menos, si es necesario. ¿Tú quieres que el mejor día uno me diga: A ver ese Diputado de la Sabana Grande: ¿Su Señoría tiene conocimiento de la partida de filibusteros.... etc. ¿Y que acerca de este punto me haga una interpelación, y yo no

sepa ni decirle en qué punto del mapa están mis electores?...

—Aun suponiendo que eso aconteciera, preferible sería á perder la elección.

—¡Qué la he de perder!... Figúrate, Sola, que mi adversario es el Marquesito de la Guillena, aquel don Paquito Caso, ú don Poquita Cosa, como yo le llamaba.

—Sí.

—Pues si al solo recuerdo de las zurribandas que le he dado, debe echarse á temblar. ¡Vamos! Tú mismo, aunque seas de más años que nosotros, ¿no recuerdas aquellas contiendas á pedrada limpia, que se entablaban por su bando y el mio, en la Cruz del Lagarto?... Pues, siempre en ellos, el Marquesito y su gente, salían por el Fontanal abajo huyendo como del cólera.

—Pero esas cosas de chiquillos...

—Y lo mismo más tarde. Si esto ha sido siempre. Recuerdo una vez.... ¡qué barbaridad!... Despues me pesó haberlo hecho; pero.... así, por broma, por broma, estuvo en peligro de perder la pelleja. Verás. Un dia... ya no vivía él en Villalinda, pero estaba allí de temporada. Pues un dia Pepe Núñez y yo,

nos le llevamos à correr liebres; y hallándonos en Majaviejas descansando durante el mediodía, vimos en el corralón del cortijo un utrero, boyante, bravo, y más bonito que una onza.... Pepillo al canto:—¿Vamos á jugarle una al Marquesito?—¿Una al Marquesito? ¿de qué modo?—le dije yo.—Pues, soltándole el bicho.... En fin, arreglamos la cosa con el capataz, y al marcharnos después de haber comido, ¡paf! nos hallamos de manos á boca con la res, que al punto parte hacia nosotros, recta como una flecha.... A correr. Pero al instante ¡cataplún! el Marquesito en el suelo, revuelto con la montura, y el toro encima.... Le habíamos cortado la cincha y el caballo le despidió al primer bote.

—¡Que atrocidad!—exclamaron á un tiempo Sola y García Ruiz.

—Bueno—replicó Venancio.—Pues desde entonces tal asco nos tomó, que no quería con nosotros, ni la gloria... En fin, que siempre le tuve cogido el pan debajo del zobaco, y yo creo.... atiende esto: yo creo que encuan-to se entere de que le disputo el lugar, renunciará á sus pretensiones.

—Bien. Pues que tan empeñado estás,

vaya que sea. Te presentarás por Guadalco-  
cer; pero déjate de optimistas suposiciones  
y olvida esas añejas historias, que el Mar-  
quesito de la Guillena no es hoy el mente-  
cato que te imaginas.... Aquí ha estado en  
las pasadas Córtes, y he conocido que es chi-  
co de valía. Por consiguiente, si quieres  
triunfar, trabaja la elección.

—¡Ah! Eso desde luego. Yo no quiero ni  
deber mi triunfo al Gobierno únicamente, ni  
ganarle al Marquesito por uno, por dos, ni  
por diez votos; yo deseo una votación nume-  
rosa, nutrida, quiero ser en efecto el represen-  
tante del distrito.

—Bueno, bueno. Así se debe proceder; pero  
para ello es necesario que hagas una visita á  
los pueblos, porque estas cosas hay que ha-  
cerlas sobre el terreno.

—Perfectamente. Mañana mismo salgo.

—¿Que te vés?—preguntó súbitamente  
Sola.

—Si no te opones....—contestó Venan-  
cio—ya ves que el viaje es necesario.

Sola quedó unos instantes pensativa, mi-  
rando fijamente la cenefa de la estera de  
juncos.



—Bien—contestó al fin.—Si es preciso...

—¿Quieres acompañarme?

—¡Por Dios!—exclamó García Ruiz—  
¿Tu mujer recorriendo el distrito, y andando como zaranda de un pueblo en otro?

—Yo creo desde luego, que por el corto tiempo que ha de durar mi ausencia, lo ha de pasar aquí mejor que allá, dado que Guadalcocer no está siquiera en Puerto Rico.... Además, tú, y Jorge y su madre, y los demás amigos, todos, en fin, podeis acompañarla.

—Desde luego—añadió el subsecretario. Soledad nada dijo.

—¿Qué te parece, Sola?

—Bien, Venancio.

—Sí,—añadió éste satisfacho—Y luego vás aquí y allá, á paseos, á teatros.... Que yo no te acompañe, no ha de criticarlo nadie ni decir por ello nada malo.... Y si nó que se atrevan.

Ante la pasividad con que Sola habia acogido la nueva del viaje de su marido, era de ver la mal disimulada satisfacción que denotaba el rostro de García Ruiz, en cuyos ojos, á través de sus lentes, se veian cruzar de cuando en cuando, vivos destellos de satá-

nica alegría. Pero á Venancio todo pasainadvertido.... Son muchos los planes y de muy diversa índole los pensamientos que embarcan su atención.... Después, ya de este modo, ya de otro, que en verdad no estaba él entonces para percatarse de todo, Soledad ha consentido, se lo ha dicho, y él no prevé amenaza ni siquiera sombra de peligro.

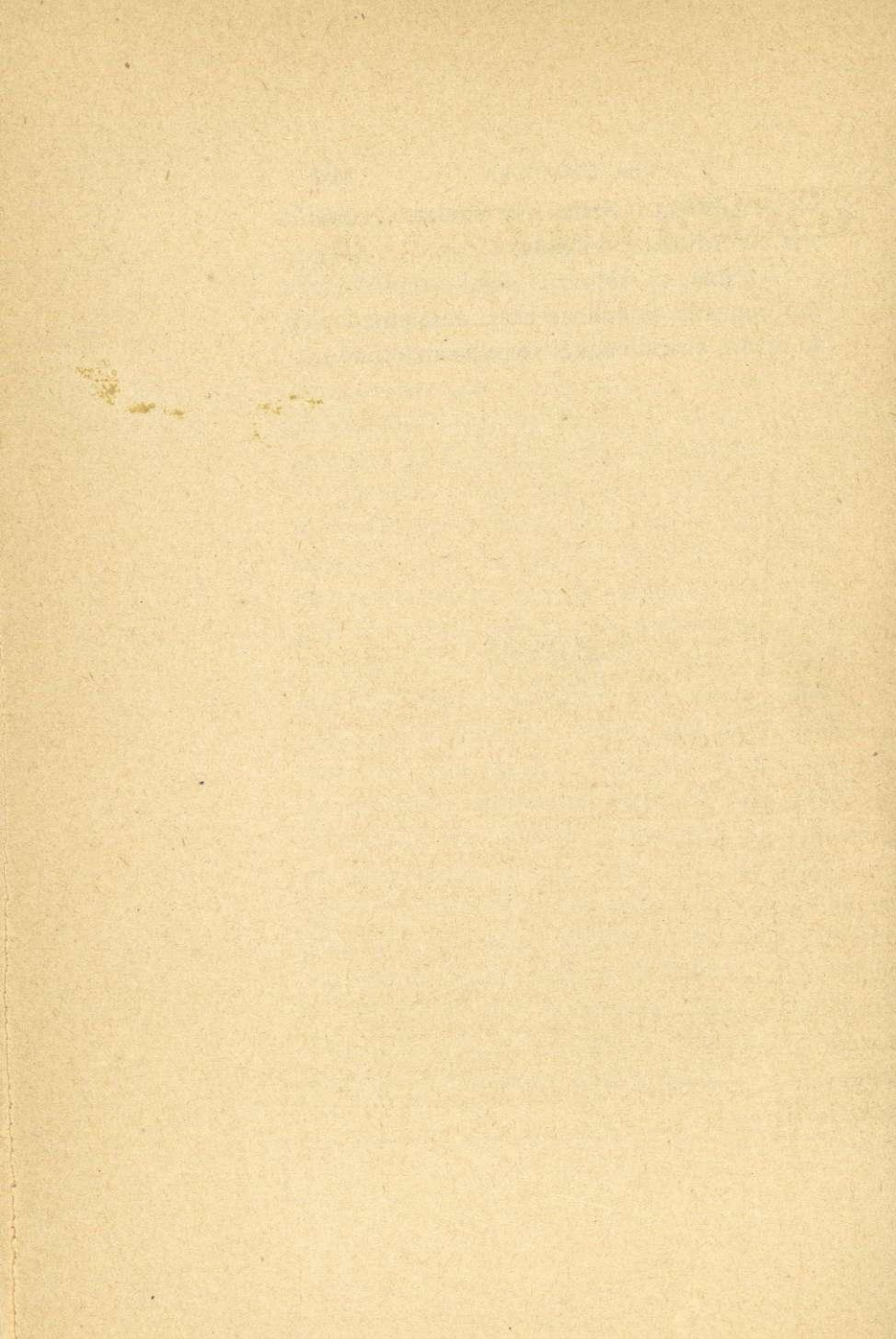
¿Y ella?... Ella tampoco. Pues qué ¿si tuviese algún fundado temor, no lo haría presente? Seguro es que sí. Pero en evitación de aquella tristeza que de súbito ha sobrecogido su ánimo, cuando está plenamente convencida de que nada tiene que temer, porque aún le quedan en la Córte muy buenos amigos, García Ruiz, entre ellos, aún sería más triste para ella, darle á Venancio el disgusto de impedirle hacer aquel viaje, del cual pendían todos sus anhelos é ilusiones.... Nada, no dijo nada. Y por una rara anomalía, hasta encontraba ya una especie de ignorado y extraño placer en contrariarse, en ser la víctima, si alguna hubiere de haber...

Llegó el día designado para marchar Venancio, y este se despidió tiernamente de ella, diciéndole entre beso y beso.

—Adios.... hasta la vuelta.... Solilla  
mía.... Adios.... mi Sola.

—¡Sola.... sola.... sola!—repitió ella  
con angustia dejándose caer desalentada, en  
un diván, cuando aquél se hubo marchado.







## XIV

### LLUEVE

No quería el sol dejar paso á las nubes por considerarlas importunas en aquellos últimos dias de Abril, y una tarde, hallándolas cercanas á la tierra y al alcance de sus horizontales rayos, de tal modo introdujo á estos en sus senos, que heridas y maltrechas las hizo aparecer bañadas en su propia sangre, una sangre rojiza que, tiñendo el espacio, semejaba grandes hogueras, encendidas á las puertas del cielo por los ángeles, y de las cuales el fulgor llegaba á las cúpulas de los templos, á las torres, y á las azoteas. Pero marchó el sol con su luz á otras regiones, y, validas de su ausencia, tal lluvia descargaron sobre la tierra las señoras nubes y de tal mo-

do se pusieron ufanas, que dueñas del espacio como por derecho de conquista, solo por compromiso y por que el mundo no dijera, habian dejado al día llegar hasta la tierra; pero resueltamente se negaban á otorgar idéntica merced al astro rey, y este llevaba ya ocho horas buscando en el espacio un punto débil por donde siquiera echar un ojo. Pero nada, no le habia; las nubes continuaban impertérritas en su venganza, y ni los bramidos del arroyo convertido casi en torrente le asustaban, ni el fango sucio con que la tierra procuraba molestar su vista, le hacian cejar en su empeño. Muy por el contrario; como si hubiesen descendido para desde mas cerca contemplar sus estragos, parecian que asomadas á los pretilos de las azoteas, se divertían en producir aquellos lodazales, aquel barro feo y aquel agua sucia que salpicaba las cajas de los coches, el pretal de los caballos, los vestidos del transeunte, y las paredes de las casas.... ¡Oh! ¡Las nubes! ¡Qué triste, qué lúgubre está el cielo cuando las nubes le encapotan, y qué horrible, qué grande tedio consume á Soledad cuando el sol no luce!... En aquel corredor que da al jardín, tendida a to-

talmente sobre la muelle seda de un ancho diván, á un lado y sobre dos cogines su derecho brazo en el que descansa como flor mustia su cabeza, á lo largo del cuerpo el otro brazo en cuya mano tiene semi cerrado un libro, una novela de Carlos Dickens, que á intervalos lee, está aquella pobre criatura, sola, enfermiza, displicente, fijos los ojos ya en los chorreantes cristales, ya en el exterior, deleitándose con todas aquellas fealdades.

A veces siente impulsos de abrir los cristales, de sacar fuera la cabeza para que el agua se la moje, y en alas de este involuntario impulso, se figura sentir las gotas cayendo sobre su cerebro, y se estremece de frio, y se acorruca en el fondo del diván. Lee luego en el libro, saltando párrafos, buscando los parlamentos, los diálogos amorosos, hasta que una frase, la situación de un personaje ó el epígrafe de un capítulo, detiene su atención, y la arrastra á hacer consideraciones sobre los motivos que tiene para ser feliz.... Se halla joven, y bella, y rica, y virtuosa, y casada con un hombre amante y tierno y guapo, que la adora, que en ella se recrea, que le da gusto en todo, que le es completamente

fiel. Todo le sonríe; por todo debería ser dichosa.... Y sin embargo, no lo es. Allí yace en un completo estado de postración, de descorazonamiento, de angustia y de fatiga que se revela en la inquietud, en la comprimida y estraña cólera que estalla á veces en un dramático *jah!* de tedio, de fastidio horrible, de asco de la vida.... Su juventud está marchita, su belleza se aja, su virtud es solo relativa, y su casamiento con Venancio la hace infeliz, porque ella no le ama, porque ella quiere á otro, á otro que no existe, que no es nadie, que es menos que un deseo, menos que una sombra; pero que le ve, que le siente, que oye su voz en el silencio de la noche y sus reconvenciones cuando accede á besar á su marido....

Por estas preocupaciones está su ánimo embargado, en tanto las nubes descargan agua y más agua, y producen lodo y más lodo, y forman arroyos y surcos en donde quiera.... Alguien acaba de entrar al corredor. Sus pasos precipitados y quedos denuncian á la doncella ó alguna otra persona de la casa.

—¿Qué hay?—pregunta Soledad sin in-



corporarse, ni volverse.—¿Es alguna visita? No estoy en casa para nadie.

—Son, señora, la Duquesa viuda de Monteorcaz y su hijo don Jorge.

¡Ah! Ya eso era otra cosa. Los de Monteorcaz eran esperados, no á aquella hora, sino mas tarde; pero, ya allí, sería descortés el despedirlos.

Soledad pasó á la sala donde poco después entraron Jorge de Rueda y Mis Alina.

—Hémos aquí con intenciones de estar con Vd. toda la tarde, estimada amiga—díjole Jorge.

—Gracias, señores—replicó Soledad: —No sabeis cuanto le agradezco su amable compañía. Estoy sufriendo un día mortal.

—¿Padece Vd. de *spleen*?—pregantó Mis Alina.

—Con frecuencia, señora. Y en estos días negros en que no hay cielo, ni sol, ni luz apenas, el tedio me consume, me enerva, me aniquila.

—No es común eso á vuestra edad.

—¡Ah, señora! Mi juventud es ficticia y aparente; porque si no por saber ni por experiencia, mi alma es el alma de una anciana,

sobre la que ya pesan muchos de los dolores y desengaños de esta vida.... En fin, dispénseme ustedes esta ridícula confesión, que no es mi deseo ni inspirarles lástima, ni aparacer poseida por el romanticismo.

—Pero lo está usted, efectivamente, Soledad —dijole Jorge— O su educación, ó las lecturas, ó la vida que hace, ó circunstancias que yo ignoro, le hacen á Vd. ser una verdadera romántica que sueña despierta, que pierde su imaginación en fantásticas quimeras, que vive embargada por un extraño misticismo.

—Es peculiar de esta raza española—interpuso Mis Alina—dejarse llevar en volandas por falaces ilusiones tan halagadoras como engañosas, y por ellas olvidarse de la vida, de que es en el mundo, en este mundo terreno y de luchas, donde se vive. Este clima meridional que hace bullir la sangre, y este suelo tan hermoso y pródigo en frutos que hace innecesaria la acerba lucha por la existencia y engendra un optimismo á toda prueba, suelen influir poderosamente sobre la imaginación, y cuando esta es creadora y está unida á un temperamento nervioso, el

idealismo sobreviene, y surgen anhelos múltiples, y la vida se resuelve en fantasmas y en visiones y en ensueños.

—Sin embargo, señora—replicó Soledad mirando, estrañando á Mis Alina--Yo creo no ser presa del sonambulismo de que habla Vd. Al contrario, si de algo hubiera de quejarme, es de que mi alma semeja un paramo desierto...Yo no tengo esperanzas que me alienten; yo no tengo ilusiones que me recreen....

—¡Esperanzas, ilusiones!—exclamó la inglesa interrumpiéndola.—Hé ahí los dos términos del problema, confundidos lastimosamente, según sucede con frecuencia, no obstante de que son esencialmente diversos. Tan diversos como que uno es la savia, y el otro un virus de la vida.... Las esperanzas, querida Soledad, son ó deben ser obra de la razón y del juicio; futuras, pero ciertas deducciones de premisas antes sentadas, de hechos anteriormente acaecidos. Si no así, no son esperanzas, sino ilusiones, obra imaginaria de la fantasía, imposibles deducciones de falaces asertos, de mentidos hechos que nunca tuvieron realidad. La esperanza es el razonamiento que nos promete cosecha de frutos,

si hemos antes sembrado; la ilusión es el ensueño irrealizable que nos promete tocar con nuestra mano el Arco Iris en cuanto demos cuatro pasos más.... Dice Vd. que no tiene esperanzas. Pues entonces tiene por fuerza ilusiones; porque nuestra alma, más que en lo presente, vive en lo futuro. Y esas ilusiones, lejos de recrearle, son el mas grande tormento que Vd. podia sufrir, porque, si no la razón, el tiempo nos hace conocer más tarde ó más temprano, que son puras falsedades, que son meras negaciones, y entonces nos sobrecoje el desaliento y nos apresa el frio de las decepciones.

—Ese desaliento y ese frio, son, Mis Aliena, los que ya han invadido mi alma.

—Grande mal sería; pero aun está usted á tiempo de corregirlo.

—¿Cómo?

—Cortando las alas á la fantasía con la tijera de la razón; reduciéndola el medio en que debe volar, á los prácticos fines de la vida; riéndose Vd. de los espectáculos que le forje; soplando sobre los castillos de naipes quepretenda formarle. Este es el medio. Limitarse, reducirse á lo que es, á la realidad.

Soledad hizo un brusco movimiento que sorprendió á la inglesa, y en enérgico tono, los labios temblorosos y la voz desigual un poco dura, dijo atropelladamente:

—¡Ah, señora Duquesa! Desearía yo saber què hemos de entender en resumen por eso que Vd. llama realidad.... ¡Realidad! Encantadora palabra con la que pretende significarse la minucia prosaica de la vida; los resultados de la intestina lucha que el egoismo personal engendra; el mendrugo que reporta una bajeza, el precio de un favor que se vende, la reducción de la existencia á proporcionarse la comodidad, el placer material, aun á costa del vecino, del hermano.... ¿Qué seres se ajustan á la realidad? El tendero que cree haber nacido para ganar un ochavo ó un cuarto en cada libra de azucar que despacha; el aventurero que hace fortuna sin reparar en medios; el que paga con oro el amor de una mujer y entiende que por ella se sacrifica; todo ese enjambre de espíritus mezquinos que regulan los afectos y las pasiones que les conviene sentir; que se hallan libres, de arrebatos y tempestades, libres de súbitos impulsos, porque cualquier acto que la ocasión le pre-

senta fuera de lo que han tomado para pauta y plantilla de sus determinaciones, lo piensan primero mucho, y luego, no lo hacen. Y al que no quiere ó no puede vivir tan apegado á esa vida material y rastrera, á quien se yergue y se eleva sobre esa rapsodia, el viento de las contrariedades y de los desengaños le combate, y la misma elevación á que se coloca le expone á atraer el rayo sobre su cabeza. Apartarse, pues, de esta realidad no es prudente, ni provechoso, ni razonable; marchar contra la corriente es esponerse á naufragar en un escollo; elevarse no siendo sobre escalas de cal y canto, es buscar la caída de Icaro. Y el que esto olvida, el que esto no tiene en cuenta, es un visionario, un soñador, un loco que anda ciego por el camino de la vida sin que le alumbre la razón, ese faro prodigioso que hace ver aumentados los menores resquicios y los mas mínimos accidentes del sendero, y nos hace sentar el pié y caminar sobre seguro.... Por eso los visionarios y los soñadores pagan caras sus culpas, y ni aun el tener méritos sobrehumanos les salva del castigo correspondiente. Colón olvidó la realidad de la envidia, y se halla car-

gado de cadenas. Arquímedes olvida que no es una ciudad sitiada lugar á propósito para darse á resolver problemas científicos, y muere asesinado.... ¡Ah! El ajustarse á la realidad es una gran cosa.

Hablaba Soledad en tono acre, con grande animación, con los labios contraídos por ungran desdén. Mis Alina la miraba confusa, disintiendo de lo que decía, y admirada del calor y del fuego intempestivo que habia dado á la plática. «¡Qué locura, qué locura!» decía sonriendo con exquisita amabilidad.

—Es su alma un espíritu de ángel—dijo á esto Jorge,—que habita más allá de las estrellas, y no ve sobre la tierra sino lo que ahora nosotros, lodo, miseria, fealdades.

—¡Bah!—exclamó la inglesa.—Tus palabras, querido Jorge, quieren ser galantes, y son simples. ¿Como ha de ser todo en la tierra, lodo, miseria y fealdad para nuestra amiga, si en la tierra tiene el amor de su esposo?

—¡Es verdad!—dijo con una amargura que en vano pretendió ocultar la esposa de Luna.

Y miró á Jorge, y bajó la vista confusa y

ruborizada al ver que éste la miraba fija y atentamente.

Mis Alina sorprendió estas miradas. Se fijó igualmente en que su hijo continuaba con los ojos puestos en Soledad, como si intentase perquirir los silogismos que se formulaban bajo aquella frentecita de nácar, velada casi por los rizos; como si la joven le embargase la atención y sus facultades todas, por completo. «¿Qué es esto?» se dijo. Y asaltó su ánimo una sospecha que, por mucho que se apresuró á rechazar, le produjo gran disgusto y desasosiego.

En aquel momento entraba la doncella con una carta.

—¿Qué sabeis de Venancio?—preguntó Jorge.

—Ahora veremos. Esta carta es suya.







## XV

### UNA ELECCION

«Guadalcocer 29 de Abril.

»Gracias á Dios, mi querida Sola, que te puedo escribir. Gracias á Dios que han acabado estos dias de trabajos, de emociones y de incidentes de todas clases. Gracias á Dios que he pronunciado el último brindis y gastado el último centín y hecho la última promesa, si bien creo que estas he de reiterarlas nuevamente. Gracias á Dios, en fin, que soy Diputado electo. Buen trabajo me ha costado, como dijo el otro.

«Ese Marquesito de la Guillena que es de los *blancos* como ya te he dicho, tiene inficionado el distrito, y en todo él no hay un solo elector que no le deba destinos, protección ó

favores. Un solo elector, digo, de los que hacen uso de su derecho, los cuales son los menos; porque aquí el cuerpo electoral parece una marmota, y lo mismo le importa, según dice, que mande Juan ó que mande Pedro. «Todos van á hacer tanto más cuanto, dicen ellos. A ninguno se le ocurre bajar la contribución que es lo interesa.»

»Pero en fin, ello era que los cuatro gatos que bullian y andaban la Ceca y la Meca, recogiendo firmas y cazando votos eran adictos á mi adversario, y el manifiesto que les dí á mi llegada mostrándome gran conocedor de las necesidades de la comarca y ofreciendo satisfacerlas en nombre del Gobierno, no produjo maldito el efecto. Mas, para estos casos están reservados los Pepe Cuéllar, tipo que has de conocer porque me le llevo conmigo á Madrid.

«Pepe Cuéllar, es una celebridad local. Fué cómico de la legua y portero de un Gobierno civil de provincia, antes de meterse á desempeñar secretarías de pueblos, y el hombre está creído que nació para algo, y que aquí se están desperdiciando sus facultades. Tal vez sea verdad que estas se le desperdi-

cian, pero lo que es su travesura, bien que la aprovecha. Es un hombre de unos treinta y seis años, largo y delgado como un apaga-velas, charlatán más que una cotorra, y despreocupado y temerario como nadie. Con él por guía y cediendo á sus excitaciones y consejos, he andado desde que llegué de una en otra casa, de un lugar á otro, tratando de ganar voluntades. Pero en todas partes heme hallado con la oposición de *la Señora Viuda*, que es, por lo que he visto, el gran cacique de esta comarca. «No he recibido cartas de *la Señora Viuda*. ¿Cuenta Vd. con el apoyo de *la Señora Viuda*? ¡Pero donde va Vd. si no es el candidato de *la Señora Viuda*!» Hé aquí lo que decian mis electores al yo pedirles sus votos.

—«¿Pero, quien demonche es *la Señora Viuda*?—pregunté á Pepe Cuéllar.

—«Una señora que no lo es—me contestó éste.

—«¿Qué no es Viuda?

«—Ciertamente. Es casada ó mejor dicho, mal casada; porque el marido no la ve ni la oye ni la entiende ni la quiere. Según dicen, ellos vivian en Madrid con mucho lujo

y boato y siendo muy considerados y conocidos de todo lo principal de la Córte. Iban á las mas aristocráticas fiestas, daban reuniones en su casa, y hasta á los bailes de Palacio concurrían, porque aquí hemos visto su nombre en los periódicos. Pues bueno. De la noche á la mañana y sin saberse por qué ni por qué nó, el marido se escapa con una bailarina de la ópera del teatro Real, y esta es la hora en que todavía le está esperando doña Ana, que así se llama ella. Por lo visto, no quiso hacer en la Córte el papel de mujer postergada, y algún tiempo después de haberse marchado su marido, ella se vino á estos lugares donde tiene muchas tierras y cortijos, y donde pasa la vida haciendo mucho bien por la comarca, no solo con su dinero, sino con sus relaciones, porque, eso sí, sus conocidos no la han olvidado, y personaje hay en Madrid para quienes una carta de doña Ana es la voluntad de Dios. Le conceden cuanto les pide.

—«¿Y verdaderamente tiene esa influencia en el distro?

—«¡Psth!—contestó á esta pregunta el secretario.—Según como se considere la

cuestión. Por las vías legales, sin duda que ha de poder más que nosotros. Pero, ¡qué demonio! En cuanto veamos el pleito mal parado, se echa por la calle de enmedio y hacemos lo que se nos antoje.

«No quería yo sino que el distrito en masa me votara, para que viese el Marqués de la Guillena que yo valía más que él, y el Gobierno que yo no precisaba de su auxilio. Por eso, lo de echar por la calle de enmedio, según quería Pepe Cuéllar, me pareció muy mal, y peor todavía salir en la contienda derrotado. A intentos de evitar uno y otro extremo, decidí presentarme á *la Viuda* para ver si amistosamente podía arreglarse el asunto. Objetome el Secretario que sería imposible, pero, sin embargo, como por intentarlo nada se perdía, una noche á las siete nos encaminamos á su casa.

«No estaba el ama en ella á la sazón, y fuimos recibidos por un su aperador ó administrador, llamado Juan Alonso; otra celebridad. Es una especie de atleta inflado, moreno y peludo como un oso, bajo cuya cabeza de elefante, se abriga, según dice la gente, un talentazo enorme. Estaba cuando le ví, senta-

do ante una grande mesa, contando monedas de cobre, y haciendo con ellas torrecillas como de diez reales.

—«Ya sabía, ya sabía—dijo después de saludarnos—los trabajos que hacíais en *nuestro* distrito.... ¿Infructuosos, verdad? ¡Psth! Como que sin *nosotros* no se mueve por aquí ni el aire.

—«¡Hombre!—exclamé yo—¡Con que tanto poder tienen *ustedes*!

—«¡Psth! Eso lo sabrá Vd. la semana que viene, cuando con las orejas coloradas, y entristecido el ánimo, vuelva á marcharse por donde ha venido.

—«¡Nada menos que con las orejas coloradas!—repliqué mofándome de aquel avestruz.

—«¡Pues ya lo creo! ¿A quién se le ocurre venirse por acá y hacer y deshacer sin contar para nada *con nosotros*...?

—«Pero, sepamos, caballero ¿quienes *son ustedes*?

—«¡Psth! Casi nadie ¡Quién somos nosotros! Ya lo sabrá usted cuando le pese.

—«Vaya—dije levantándome—Dé usted expresiones á la *compañía*, y buena suerte.

«Y nos marchamos sin esperar siquiera á la *Señora Viuda*.

«Llegado el primer día de elección, las tabernas se abrieron por mi cuenta, y en ellas se dió vino sin tasa à todo el pueblo. A las pocas horas, la plebe embriagada me daba vivas entusiastas y me seguía en tropel à todas partes. Antes de terminar el día se empeñó en invadir los colegios para votarme; y como ninguno tenia voto, hubieron de marcharse sin conseguir sus propósitos, pero nó sin armar tal zafarrancho, que en poco estuvo no terminase la elección como el rosario terminó en Ubrique. Decididamente eso del sufragio universal es una gran cosa, cuyo establecimiento en España he de pedir en cuanto me sienta en el Congreso.... Por dos botellas de vino de la tierra, se obtienen sin trabajo un par de votos. Y en cambio con el censo, algunos he pagado á media onza.

«Así como yo, la *Señora Viuda*, no habia dejado de trabajar durante el día, y todo él estuvieron los dos coches que tiene recorriendo el pueblo, y llevando electores á votar. Es un gran método este del coche, porque muchos que no se moverían, solo por

pasearse en él, salen de su indiferencia y otorgan su sufragio á aquel que le pasea.

«El escrutinio de aquel día me asustó. Tuvimos casi empate.

—«¡Malditos coches—exclamé.

—«No se apure Vd., me dijo Pepe Cuéllar.—Mañana no habrá coche.

«En efecto; el tuno secretario compró al zagal de la Viuda, y aquella noche le fueron quitadas y escondidas una de las ruedas á cada carruaje. Al saberse esto, unos se rieron, otros se escandalizaron. Y al pasar Juan Alonso al otro día por la plaza, uno que salía de la taberna, le dijo en són de mofa.

—«Juan Alonso. ¿Me alquilas un coche?

«El Administrador le dió una fea repostada, aquel le llamó ¡animal! y como esto al oír, nadie se para en barras, Juan Alonso le dió á aquel hombre un palo atroz con el báculo que llevaba. A consecuencias se armó tal algazara, que los agentes municipales intervinieron, y el aperador y cuatro de su bando fueron metidos en la cárcel. Con este escándalo, estando los ánimos enardecidos por la lucha, y cargados de vino los estómagos, todos los odios y rencillas del año se



manifestaron aquella noche, y hubo un sinnúmero de camorras, una de las cuales valió un chapuzón en el arroyo á Pepe Cuellar.

«¡Cualquiera lo aguantaba al día siguiente! Armó una partida de ocho hombres, y ya en el colegio no entraba sino quien él quería. A Juan Alonso hubo que darle suelta por orden del gobernador de la provincia; y ya en la calle aquel ogro salvaje, se puso al frente de un pelotón de cincuenta hombres, entró en la cárcel, atropelló al alcaide, y dió carta de libertad á sus compadres. Ya aquello fué un campo de Agramante donde nadie pensó en votar ni en nada, sino en ver lo que ocurría y en asegurarse.

«Disgustábame infinito el giro que la cuestión habia tomado, no por miedo á perder, que esto no era posible cuando nadie votaba al Marquesito, sino porque entregados á la contienda, ni aun mis parciales habíanme votado. Así que mi acta habria de otorgármeme tan menguada de votos, que pareceria un acta de misericordia. Empero no fué así. Sin duda durante mi ausencia tal número de electores concurrió al colegio, que mi acta acusa nutrida votación.



«Un último incidente del tercer día. Poco antes de la puesta del sol, el aperador de la Viuda quiso protestar de yo no sé qué arbitrariedades que decía haberse cometido; pero no se le hizo caso, ni por el juez, ni por el escribano, y la elección se ha concluido, sin que haya él ni nadie podido protestarla.

«En los demás pueblos ha sido mas sosegada la elección, porque todo se ha hecho al completo sabor de las autoridades; por consiguiente, bien puedo decir que he derrotado al Marquesito de la Guillena, y que soy representante de la Nación.

«Adios, mi Solilla. Pasado mañana podré darte un abrazo, si algún otro incidente no me detiene aún.

«Te ama siempre tu

«VENANCIO.»





## XVI

### SORPRESA

Era realmente Soledad una mujer bien rara. Verdadero manojillo de nervios, ni ella misma lograba saber hasta donde alcanzaban las fiebres de hastío, las invasiones de desdén, y los caprichos y extravagancias que la acometían. Cuanto el común sentido le aconsejaba para contrarestar un tanto los efectos de su carácter díscolo, apático y rebelde, lo rechazaba con asco, y se empeñaba en hacer precisamente lo contrario, importándole poco y á veces complaciéndose en el dolor que ello le producía.

Sola en tanto su marido estaba en los lugares que habian de elegirle diputado, habiase propuesto no salir de su casa mientras

no tornase aquel, y pasaba los días sentada ante el balcón, ó revolcándose en los divanes leyendo chavacanas novelas de Houssaye y de Belot que al cabo le producian jaqueca. Se acostaba muy tarde. Las primeras horas de la noche las pasaba en la glorieta del fondo del jardín, sentada en un rústico banquillo, contemplando la faz de la luna y siguiéndola en su carrera, ó á veces paseando; y cuando el frío y el relente traspasaban sus miembros, subía á su cuarto y proseguía en sus lecturas hasta las dos ó las tres de la mañana.

Ni muchos iban á visitarla, ni ella recibe á todos. Mis Alina con quien habia llegado á tener grande confianza, no habia vuelto desde el día aquel de la discusión, y á Jorge que muchas veces habia ido solo, se habia negado resueltamente á recibirle, por haber vuelto á hablarle de amor y pedirle correspondencia.

De modo que en medio de aquel total aislamiento, de aquella espantosa soledad, solo Garcia Ruiz le hacia pasar medianamente dos horas del día.

Ahora entra este y pisando quedamente la fina estera, se adelanta llevando en la boca la

más fina sonrisa, hasta cerca del balcón, donde de espaldas á la puerta, se encuentra Soledad ¡oh rareza en ella! bordando en un pequeño bastidor.

—¡Calle! ¿eres tú?—dice volviendo la cabeza al sentir cercanos los pasos del Subsecretario.—A Dios gracias que se te ve.

—Sí, ayer me fué imposible despegarme un punto de mi despacho.

—Siempre á la rebatiña con el tiempo.... Es mucho hombre público este mi paisano. Pero siéntate, hombre. Estoy muy contenta de que hayas venido, y no te me irás tan pronto.... Hoy.... admírate: hoy estoy alegre.

Y diciendo esto, habia dejado la aguja, y cruzados los brazos sobre el bastidor, dirigía á su amigo una amable y encantadora sonrisa que García Ruiz no paga con otra, sino que avido la recoje, se recrea en ella, y procura como absorverla toda.... Nunca Soledad le ha parecido más hermosa. A la rosada luz de aquel vespertino crepúsculo, la palidez constante de su rostro, parece diluida en un suave tinte de carmín, y sus ojos se vén más vivos, más fulgentes. Luego ¡habla en un tono tan

afectuoso ¡parece tan contenta! y es esto tan raro en ella!...

García Ruiz vé el corazón, el alma, todo el ser de su amiga, en aquella íntima conversación, en aquel abandono confidencial con que vá narrándole los nimios acontecimientos que le han ocurrido aquel día, los pensamientos que ha tenido, aquel súbito impulso de volver á la costura, faena ya hacia tiempo por ella abandonada, y cómo había emprendido aquel bordado que probablemente no tendría paciencia para concluir.... Y aquello, casi constituye un secreto, porque Soledad á nadie lo contaría sino á él, á su antiguo amigo, á su paisano, á quien hace mucho tiempo que á ella consagra las más finas atenciones, el mayor afecto, y cuantos nimios favores le demandan ella ó su marido; á quien parecía heberse propuesto conquistarle sus sentimientos como se conquista una plaza, estudiando el terreno y desplegando todo género de estrategias para luego, llegada ocasión propicia, dar el golpe de gracia.... Y lo iba consiguiendo al parecer. Es en extremo simpático ese García Ruiz. El ceceo y el acento de su pronunciación meridional, su agradable y festiva conversación, el poco respeto con

que habla de su persona, de su elevado cargo y de la política en general, ese aire de afabilidad é interés, rayano de la protección que á todos muestra, todos, en fin, los peculiares rasgos de su carácter, le grangean prontamente la estima y consideración de quien le trata.

Y aquel día, en aquella hora, en aquellos instantes, está él viendo los resultados de su campaña, los frutos de su trabajo. No era ya Sola el adorable mónstruo, caprichoso y displicente, que todo lo vé con indiferencia, que todo le causa hastío, que por nada se interesa... Era ya una mujer, la mujer amable, cariñosa, bella, que de parte confidencialmente con un hombre, á quien le muestra sinceridad y gracia suma.... García Ruiz creyó llegado el momento que esperaba. Era aquel sin duda el minuto que debía aprovechar. Ahora se decide; ya va á comenzar. Pero la puerta se abre, y aparece un criado trayendo una carta.

—De Venancio—dijo Soledad leyendo el sobre.—Sin duda malas noticias.... Ya me figuraba que no habia de tener un día alegre por completo.

—Auguras mal sin fundamento; lee lo que dice.

Soledad rasgó el sobre y leyó la carta en la que su marido se limitaba á anunciarle su llegada para el siguiente día.

—¿Ves?—dijo García Ruiz.

—Pues no creas; son estos míos presentimientos que rara vez salen fallidos.

—¡Bah! No seas loca.

—En fin; ya él viene mañana. Por cierto que ha hecho un lucido viaje.

—¿Por qué?

—Porque sin duda le será anulada la elección.

—¡Bah! No tengas cuidado. Todo se arreglará.

—Pero si ha habido escándalos mayúsculos.

—¡Psth! En la cuarta parte de las que se celebran sucede lo propio.

—¡Buenas están entonces las elecciones!

—¡Toma! Y así seguirán estando durante mucho tiempo. Adolecen de un mal como el tuyo, casi irremediable.

—Irremediable mi mal? Pues diselo á Venancio que espera curarme llegando él á grande hombre.



—¡Bah! Tu marido se preocupa bien poco de tí.

—Le calumnias.

—No. Le ha sorbido el seso la ambición de ser, y cuando ese vértigo acomete, no se vive más que para él.

—Estás engañado. Todo morirá en Venancio antes que el amor á su esposa. Si quiere elevarse, si pretende ser grande, es para que yo le admire y para que con él comparta su grandeza.

—¡Oh, que buena y generosa eres! Tu nobleza te lleva á decir lo que no piensas, lo que no sientes... ¡Todo morirá en él antes que el amor á su esposa! ¿Qué sabes tú de amor, si nunca le has conocido? ¿Llamas amor á la tranquila posesión de una mujer hermosa á quien se luce y se divierte y se regala solo por la satisfacción que ello produce? ¿Dices que te ama,—García Ruiz le tomó una mano—dices que te ama el hombre que á estas soledades te abandona, y no piensa más que en figurar, y no anhela sino ser, ser mucho?... ¿Y cuánto vale el amor del necio y del fatuo que toma honores, que no sabe ganar?

—¡Mariano!—exclamó Soledad en estre-

mo confusa de oír al subsecretario expresarse de aquel modo.

Este se hallaba verdaderamente transformado. Brillantes los ojos, fatigosa la respiración, secos los labios, y en estado nervioso, no escuchó á Soledad, y prosiguió diciendo:

—No. El no te ama, porque eso no es amor. Amor es fuego; el que mi corazón devora. Amor es esto....

—¡Pero, qué dices!—gritó Soledad saltando indignada sobre el asiento.

—Déjame, déjame que te lo diga. Deja que escapen por la válvula que mi desvarío le ha abierto, los efectos de esta pasión que tú has fomentado, que inspiraste mucho tiempo hace. Sí, Soledad, es muy antiguo; te amo ya hace mucho; mis ojos te lo han dicho, y tú no lo has rechazado. ¡Te amo, Soledad, te amo! Dame, concédeme tu amor.

Soledad sintió en aquel instante, todo el frío y el asco que le hubiese producido una culebra enroscándosele al cuerpo y mordiéndole en la boca. Se irguió electrizada, y contempló en aquel momento un García Ruiz desconocido, un García Ruiz transformado en

un fauno brutal, repugnante, con faz estúpida, balbuceos de idiota, y manos de ladrón. Luchó, rechazó con ímpetu y coraje, rompió aquellas ligaduras, saltó rápidamente, y se vió libre. Pero temiendo una segunda acometida, tiró con fuerzas del cordón de la campanilla.

García Ruiz tuvo miedo, se sintió anonadado, y en vez de seguirla, cayó de rodillas á sus plantas, lloroso, arrepentido, pidiéndola perdon.... Estuvo loco; no supo lo que hacía; había cedido á un súbito arrebató imposible de prever ni de evitar. ¡Era ella tan hermosa y él la amaba tanto!...

Soledad no le contestaba; le miraba todavía con espanto, y convulsa, temblando, se arreglaba el vestido y el cabello, llevando repetidas veces la mirada, desde él hasta la puerta, y desde la puerta á él.

Apareció la doncella, y luego de vacilar un poco, Soledad la despidió sin ordenarle nada. Pero ya no se atrevió á sentarse.

Pasaron unos momentos de silencio, asaz embarazosos; él no se atrevía ni á mirarla.

—¡Perdón, Soledad!—dijo por último fijos todavía los ojos en el suelo.—Ha sido un raptó de locura, que no volverá á repe-

tirse; yo te lo aseguro. Serás sagrada para mí y ni aun á la orilla del vestido he de volver á tocarte.... Sobre todo, nada le digas á Venancio; le proporcionarías un duelo de segura muerte, y tu honor sería mordido y hecho trizas por la murmuración.

—Sal de aquí, sal de aquí—repitió Soledad señalándole la puerta, extendido el brazo hácia ella, rígido y tembloroso.

García Ruiz no osó replicar, y salió pálido, confuso, atolondrado.

Entonces, cuando dejó de verle, cuando quedó sola, sintió ella todo el dolor de aquella escena, y pasada la fuerte excitación nerviosa que la habia sostenido, presa de una angustia suprema, cayó sollozando en una butaca.

—¡Y esto, y esto es amor!—murmuraba—  
¡Ahj! ¡Qué miseria!



---

## XVII

### CELEBRANDO EL TRIUNFO

Expléndido, lujoso, deslumbrador era el aspecto, y abigarrado y vario el conjunto que ofrecía aquella mesa donde una veintena de hombres de todas edades y de todas fajas, satisfacían su gula con exquisitos manjares, y buenos tragos de vino de famosas cepas. Mucha era la animación y grande el contento que regocijados los comensales pregonaban, riendo unos, estos hablando con calor, aquellos comentando la última noticia, otros pellizcando la honra y el crédito del ausente.... Una comida en público establecimiento, priva á la mesa de esa atmósfera dulce en que la paz del hogar la envuelve, y la reduce á una satisfacción de la gula con algo

de orgía y bacanal. Comer, fumar, beber, hablar, reír á un mismo tiempo, constituyen un conjunto báquico que se resuelve al fin en un murmullo extraño, en un motín de sonidos que se interrumpen y atropellan los unos á los otros.

¡Y qué varias las fisonomías, y qué diferentes suelen ser los tipos!... Allí, en el medio de un testero de la mesa, ocupando el puesto de honor y procurando á todos escucharlos, se ve á Venancio Luna, al nuevo diputado, al pródigo rico andaluz que así festeja á sus amigos y correligionarios.

¡Cuánto goza! ¡Qué tranquilamente ríe, y con qué amable cordialidad responde á todos, y á todos excita á que beban y rían y se diviertan... Frente á Venancio está García Ruiz, tan risueño, tan amable como siempre, respirando su fisonomía aquel aire de llaneza que tantos amigos le conquista. Ahora más que nunca se muestra decidido amigo de Venancio, y le aplaude y le acaricia, apenas ocasión hay para ello. Allí está el Duque de Monteorcaz, grave é impasible en medio de la alegría general, contrastando su figura tiesa y la gravedad de su rostro colorado, con

la facha innoble y el truhanesco rostro de *Florin*, servidor de una agencia noticiara, azota-alfombras de todos los ministerios, mosca en los banquetes políticos de medio-pelo, insectillo que vive á la sombra del periodismo. Mas allá se vé á Pepe Cuéllar, largo, delgado, pálido, con pómulos salientes, ojos grandes y desencajados, el cual departe con otro señor de burda figura y faz de bolonio, también recién llegado del distrito para alcanzar del Gobierno ser diputado provincial. Allí está, por último, Laissal, el Barón de Laissal, yedra pegada al muro del Consejo de Estado, que hace todas las políticas y sirve á todos los Gobiernos, que es ministerial perpétuo desde el año 54. Los grandísimos picos de su cuello contienen, en turgente óvalo de almidonado hilo, la hermosa papada con que termina aquel rostro de prior regalado, en cuyos labios se halla impreso de continuo un característico gesto de petulancia y necio orgullo. Hablaba poco, y esto en tono de indiferencia, desdeñosamente, como si solo por exagerada bondad de su carácter se dignase descender hasta los que favorecía con su conversación.

—¡Puede.....—decía—Puede que más adelante.... Hoy no se piensa en ello.... Yo he visto esta mañana al Presidente del Consejo, y.... ¡phts! no me dijo nada.... Hablamos de Vd...

—¡De mí!— exclamó Venancio rebosando júbilo.

—Si—contestó el Barón con indiferencia—Echamos un párrafo, é incidentalmente vino su nombre á la conversación.... Ahora recuerdo que me preguntó si era Vd. entendido en Hacienda; sin duda para reservarle algún lugar en la Comisión de Presupuestos....

Goza, buen Venancio, goza. Personajes ilustres te adulan, el presidente del Consejo se acuerda de tu persona; los anfitriones á quienes convidas te aclaman persona importantísima; mañana tu nombre será llevado á los últimos confines de la Península, por la prensa.... Bebe, apura con delicias aquella hora de placer, y recreáte feliz en tu estrella que ahora brilla fulgente. Goza, que ésta puede pronto eclipsarse, y aquellas trocarse en otras interminables de amargura.... Es la ley de la vida; despues del dia, la noche; llegado el apogeo, la decadencia empieza.



—Pues á mí me parece una gran reforma—dijo el mimado Luna prosiguiendo la plática que con el Barón sostenía—y este Gobierno que tantas prometió, debía de implantarla.

—¡Bah! No corre prisa ni hace gran falta, por ahora.

—Sin embargo, me parece muy hermosa esa igualdad. ¿Todos son españoles? Pues á todos debemos investirle de ese mismo derecho de votar sus representantes, derecho hoy tasado y circunscrito al más ó menos dinero que hayamos podido heredar.

—¡Bien por el demócrata!—exclamó uno que escuchaba.—¿Por qué no brinda Vd. por la democracia?

—¿La comprende nuestro programa?—preguntó Venancio á Garcia Ruiz.

—Hasta cierto punto.

—Pues entonces, voy á brindar por ella.

—Bien. Después de todo, esto no es un banquete oficial ni un acto de partido.

—Pues queda resuelto.

Los brindis empezaron á poco, y durante ellos, algunos más personajes entraron al salón donde el banquete se celebraba... Estaban todas las peroraciones saturadas del mismo

espíritu, inspiradas en la misma doctrina, reducidas á un mismo orden de ideas. La santa libertad por arriba, la regeneradora libertad por abajo, la igualdad del derecho del hombre por un lado, la savia del organismo político por el otro, algo sobre la odiosa reacción, y un tanto de respeto á las instituciones, sin olvidar el recuerdo de la revolución de Setiembre, y pare usted de contar.

Los últimos ya no se escuchaban; tributábanse, sí, aplausos al orador cuando alguien los iniciaba; pero otra cosa absorbía ya la atención de los circunstantes, los cuales en voz baja y con grande animación hablaban en pequeños grupos.

—¿Y lo sabe él?—preguntaba uno.

—No, no sabe nada. Si estais aquí desde antes que se publicara.

—Pues es una muy grande indignidad.

—¡Què, hombre! Es un arma política. ¿Tú sabes lo que es capaz de hacer un candidato derrotado?

—¡Fuerte! Fuerte es de veras—decía otro devolviendo un número del periódico *La Razon*, que habia estado leyendo.—Pero si es verdad....

—¡Cállate, cállate. Vá á brindar él.

Venancio en efecto se ha levantado, y con una copa de Champagne en la mano, pasea la vista por los comensales, como demandándoles silencio.

—¡Señores!—dice. Y en la pequeña pausa que sigue á esta palabra, desaparece de su rostro la sonrisa que en él se dibujaba, muéstrase turbado, tose, recurre al pañuelo, echa para atrás la silla, traga saliva, y por último dice con voz turbada que acusa la emoción que le embarga.

—¡Señores! Brindo porque la democracia, derecho natural.... derecho natural del pueblo á intervenir en los asuntos de la Nación y darse los gobernantes que mas dignos.... que mas dignos y mas aptos crea, sea planteada en nuestra amada Patria, por... por el Gobierno que dichosamente nos rige.

Y sin acordarse de beber, cayó como desplomado sobre el asiento.

¿Qué le habia sucedido?...

No era orador. Hablaba por primera vez ante un público, y esto siempre emociona, y aun parece que amengua y perturba las facultades. Pero sin embargo, Venancio hubiera

salido del paso con lucidez, si estas palabras del Barón de Laissal, no hubiesen resonado en sus oídos al comenzar el brindis.

—¡Era de esperar! Sin atropellos semejantes, no se hacen diputados de esta manera.

—Esto le desacredita en extremo—replicaba otro.

¿Qué era *esto*? ¿Por qué tales insultantes consideraciones hacían, los que antes, los que hacía un momento, le alababan?...

Convengamos en que, no siendo cómico ni hayándose acostumbrado á aquellas veleidades, Venancio no se turbó sin motivo.

—¿Tendríaís la amabilidad, Sr. de Laissal, de decirme qué asunto ocupaba vuestra atención al levantarme?—le preguntó al Barón.

—¿Qué asunto?... No recuerdo.... ¡Ah, sí! Pero ¡bah! no merece la pena.... Es, nada, un artículo de periódico.

—¿Y qué dice ese artículo?

—No le he leído. Así por encima únicamente, he visto que se ocupa de Vd....

—¿Qué periódico es?

—*La Razón*.

—¿Podeis mostrármelo?

—No le tengo.

—¡Bah! No debes de leerle ahora.—dijo García Ruiz—Te produciría mala impresión, y éstas, siempre hay sobrado tiempo para recibirlas.

—¡No, hombre! Tengo vivo interes en saber lo que diga.... y estaré molesto en tanto no le lea.

—Deja eso ahora. ¡Bebamos! Voy á brindar.

García Ruiz pronunció un elocuente discurso cuyos mejores períodos fueron los en que se ocupó del elemento joven del partido, savia poderosa que á él traía nueva vida con su abnegación, con su saber, con su energía, con su entusiasmo y sus ensueños. Y á este propósito, supo ocuparse del nuevo diputado de la Nación, y hacer un laudatorio panegirico de sus cualidades y de su persona y de sus facultades y de sus propósitos.

El orador y Venancio fueron aplaudido y felicitado, y los concurrentes comenzaron á desfilar, no sin dar disimuladamente un último avance á las cajas de cigarros.

—Señor *de* Luna—decía á este *Florin* en-

señándole unas cuartillas de papel resgueadas con lápiz—¿Quiere Vd. repasar lo que de este banquete y de su importante personalidad han decir mañana los periódicos?

—Dispensadme, Sr. Florin; habiéndolo escrito Vd., desde luego afirmo que ha de gustarme.

—Bien, comprendido. Pues mañana pasaré por casa y tendré el honor de llevarle unos cuantos ejemplares de todos los periódicos que lo publiquen.

—Perfectamente.

—Usted descanse. Adios.

Jorge de Rueda, Venancio y García Ruiz, marcharon juntos hacia el Veloz-Club, hablando acerca del artículo de *La Razón* sobre las elecciones de Guadalcócer.

En la travesía, Venancio no pudo resistir á la curiosidad y á la inquietud que le poseían, y compró el número del periódico á un revendedor.

Cuando llegaron al casino, le leyó, no, le devoró con la vista, en tanto una oleada de indignación, de cólera y de vergüenza azotaba su rostro, poniéndole rojo como la amapola.

—¡Esto es falso! ¡Esto es calumnioso!—

exclamaba temblando y ciego de dolor y de rabia.

—Sosíégate—le decía García Ruiz.—Ya se rectificará.

—Se rectificará el concepto, las falsedades que dice; pero la injuria que me inflere, esa no ha de rectificarse... Al menos, con escritos.

—Sí, bien; allá veremos. Pero deja ese calor de novicio que es ridículo inclusive. Para hacer lo que mejor convenga, estorba desde luego tu furor.

—Sí, Venancio—añadió Jorge—atropellos, coacciones, violencias y engaños que es lo más que pueden imputarle, todo es en política moneda corriente, y cosa que á nadie llaman hoy la atención.... No se preocupe Vd. de eso esta noche. Mañana veremos qué ha de hacerse.

El Artículo de *La Razón* era un escrito vulgar de esos que la pasión política, el despecho y la enemistad, insertan todos los días en la prensa periódica.

Comenzaba así:

«A la ya larga vista de atropellos y coacciones que el desdichado Gobierno actual es-

tá llevando á cabo con motivo de las elecciones, tenemos hoy que añadir, los atropellos, los desafueros, las escandalosas ilegalidades que se han cometido en el distrito de Guadalcocer.

«La célebre partida de la Porra ha resucitado, y organizada y dirigida por un tal don Venancio Luna, á quien el Gobierno ha pretendido imponer en aquel distrito, ha vuelto á hacer de las suyas, siendo, como siempre, la víctima, el asendereado cuerpo electoral.

«Cuenta en Guadalcocer con universales simpatías y valiosísimos elementos, nuestro ilustre amigo el Sr. Marqués de la Guillena, quien seguramente hubiera vencido al candidato del Gobierno, si sus partidarios no hubieran sido perseguidos, vejados, metidos en la cárcel, y villanamente expulsados á palos de los colegios, por las kábilas del señor Luna.

«Innumerables datos y pormenores pudiéramos publicar, á cual más peregrinos; pero el propio honor de los lastimados nos lo veda, y solo para que los periódicos ministeriales no se nos vengán con sus eternas cantilenas de que nada es cierto, expondremos



algunos incidentes de los muchos ocurridos.

«Había el candidato ministerial emborrachado á la plebe toda del pueblo, y, hecho cabo ú capataz de ella, en la tarde del 27 dió tal batida á los electores de nuestro amigo, que 17 de estos fueron heridos, descalabrados y contusos, y 11 llevados á la carcel. Una patrulla de patanes ha rodeado el colegio, y en él no han entrado sino los que ellos han querido; nuestros amigos protestaron y la protesta no les fué admitida.

«Hé aquí cómo se hacen representantes de la Nación. Hé aquí como se falsea el voto de los ciudadanos. ¿Y el Sr. Luna formará parte de nuestro Parlamento?... No lo esperamos. No creemos que los dignos individuos de la Comisión de actas puedan ser apaleados y vencidos por la influencia del señor Luna, como lo fueron los electores de Guadalcocer.»

Y por este orden continuaba haciendo consideraciones encaminadas á demostrar que Venancio Luna no tenía derecho alguno á entrar en el Congreso, porquenadie sino unos cuantos cadáveres desenterrados para ello por

las autoridades del pueblo, le habian otorgado sus sufragios.

Venancio no se convencía de que los agravios que en el papel se le inferían, pudieran ser subsanados de otro modo que haciéndole comer el periódico al que tales calumnias habia escrito, y dándole después un par de tiros. Así que solo merced á las reiteradas instancias de García Ruiz y de Jorge, accedió á esperar el dia siguiente para que sus dos amigos fuesen á pedir explicaciones terminantes al director del periódico.

La casualidad hizo á poco que los trámites se abreviaran.

Sentado cerca de la mesa del *Faraón* estaba mohino y cabizbajo, mordiéndose las guías del bigote y sin atender ni interesarse poco ni mucho en el juego, cuando á sus oídos llegaron estas palabras dirigidas por uno de los allí presentes, á otro que entonces llegaba:

—¡Bravo, amigo mio! Esa es oposición. Así se escribe. ¡Fuera benevolencias!

—No hay cuidado. Ya apretaremos los tornillos á esta gente.

—Y todo es cierto ¿eh?

—¡Ah! Los antecedentes que del distrito de Guadalcocer me han enviado, son verdaderamente peregrinos. No puede darse escándalo mayor. Allí un ricachon de una aldea cercana, un tal Luna, que lunático debía de ser, un patán ó poco menos que, según me dicen, no ha hecho otra cosa en la vida que cargar con costales y dirigir manadas á caballo, era el candidato del Gobierno....

Venancio no pudo escuchar más, y rojo de cólera y vergüenza, y como obedeciendo á un resorte dejó la silla en que estaba sentado.

—¡Todo eso es falso! ¡Miente usted!— estuvo por decir.

Pero el juzgar que la fórmula era grosera en demasía, le detuvo un poco, y en tanto otra buscaba, dió una vuelta por la estancia.

Los interlocutores prosiguieron:

—Todo, absolutamente todo cuanto en el artículo se dice es rigurosamente cierto. Yo no he hecho sino transcribir los datos que de allí me han remitido.

No pudo más. Electrizado por una ciega cólera, se dirigió súbito hacia los que hablaban, y encarándose con uno de ellos, le preguntó, mostrándole el periódico:

—¿Es usted el autor de este artículo?

—Si señor, ¿qué se le ofrece?

—Pues.... esto!

Y arrugándolo con febril movimiento, y haciéndolo una bola, se lo tiró al rostro con fuerza.

—¡Bárbaro!—gritó confusamente el otro disponiéndose á devolver el golpe.

Pero antes que nada hubiera hecho, Venancio le dió una fuerte bofetada que resonó en todo el salón....

No hay más referir sino que sobrevino al punto el escándolo consiguiente, y que allí mismo quedaron ajustadas las condiciones de un duelo á muerte para el siguiente dia.





## XVIII

### CAPÍTULO EN BLANCO

Perdida aquí la hilación de nuestra historia por la falta de unas cuantas cuartillas en los apuntes que nos sirven de guía, hemos procurado hacernos con datos suficientes para proseguirla; y la verdad es que si fuéramos á reproducir en letras de molde todo lo que referente á aquel duelo se escribió en aquellos días, no acabaríamos tan pronto como se es preciso, ni sabríamos en definitiva á qué atenernos.

El sabio Cide Hamete Benengeli, comienza su crónica del suceso, en el punto en que nosotros la hemos dejado en el capítulo anterior, y tan prolija y circunstanciadamente lo refiere todo, tantos detalles y pormenores

que suelen ser íntimos y no trascender sino á muy pocas personas, da acerca del suceso, que hay fundamentos para recusarle como historiador que, dejándose llevar por los vuelos de su fantasía, mezcla lo real con lo ficticio, y adultera en consecuencia la verdad de los hechos. Si tradujésemos, pues, este capítulo de su historia, la nuestra adolecería del defecto mismo que la suya.

Aún nos veríamos en mayor apuro para conservar sin tilde la nota de meros cronistas, si hubiéremos de creer cuanto dijo el amigo *Florin* acerca del asunto; pues aun cuando él, demandando credulidad, comienza uno de sus párrafos, diciendo «nosotros, testigos oculares del hecho,» sábese de buena tinta que el activo rebuscador de noticias no tuvo ninguna del suceso, hasta después de acaecido. Esto sucede con frecuencia; pero nunca un gacetillero de oficio dejó de cumplir su cometido por falta de datos. ¿No sabe detalles? Pues los inventa. Antes que nada está la obligación de cumplir con los lectores y tenerles enterados de todo lo que ni poco, ni mucho, ni algo, ni nada, les interesa ni les importa.

Y si por su probada negligencia no merece que le prestemos entero crédito, aún lo merecería menos si hubiéremos de atender á lo que de él refiere la chismosa fama, en cuyo capítulo «Murmuraciones de menor cuantía» se da cuenta de la indignación que poseyó á Florin, cuando llevándole á su casa los periódicos que del banquete habian habido, se le negó ver á Venancio, y no pudo percibir la recompensa acostumbrada por sus laudatorios escritos. Aconseja por tanto la prudencia que pasemos por alto la apasionada relación del periodista, y que busquemos en otras fuentes menos turbias, la verdad de lo ocurrido.

Así lo hemos hecho; mas nuestras investigaciones han sido, por desgracia, infructuosas, porque, no estando entonces todavía en desuso declamar contra la inmoralidad de los duelos, los autores de la época que del suceso trataron, se extienden en largas consideraciones sociales y filosóficas sobre el asunto, y olvidan casi el hecho concreto que dió origen á sus disertaciones.

Conste pues que no hubiéramos sabido qué decir del asunto, si á última hora no hu-

biésemos encontrado los siguientes pormenores en el periódico *La Correspondencia de España*, á quien, siquiera por cortesía, hemos de creer, pues que á sí mismo se llama eco imparcial de la opinión y de la prensa.

Dice así este eco imparcial en tres sueltos publicados uno después de otro, y separados solamente por tres asteriscos dispuestos en forma triangular. Todo para la más facil intelección del que sepa leer entre líneas.

\* \* \*

«En algun círculo político oímos ayer decir que se había efectuado un duelo entre el Director de un acreditado colega y un señor Diputado á Córtes.

«Bien informados, podemos asegurar que este rumor carece por completo de fundamento.»

\* \* \*

«Hallándose ayer disparando al blanco en el Retiro, el Director de nuestro apreciable colega *La Razon*, en compañía de algunos amigos, tuvo la desgracia de que la pistola se le disparase y le infiriese un tiro en el hombro izquierdo.

«La herida ofrece no tener lamentables



consecuencias, pues ya le ha sido extraída la bala por el doctor Pérez Vigil, y el enfermo se halla bien relativamente.»

\*  
\* \*

«Se encuentra gravemente enfermo el señor D. Venancio Luna, Diputado electo por el distrito de Guadalcocer.

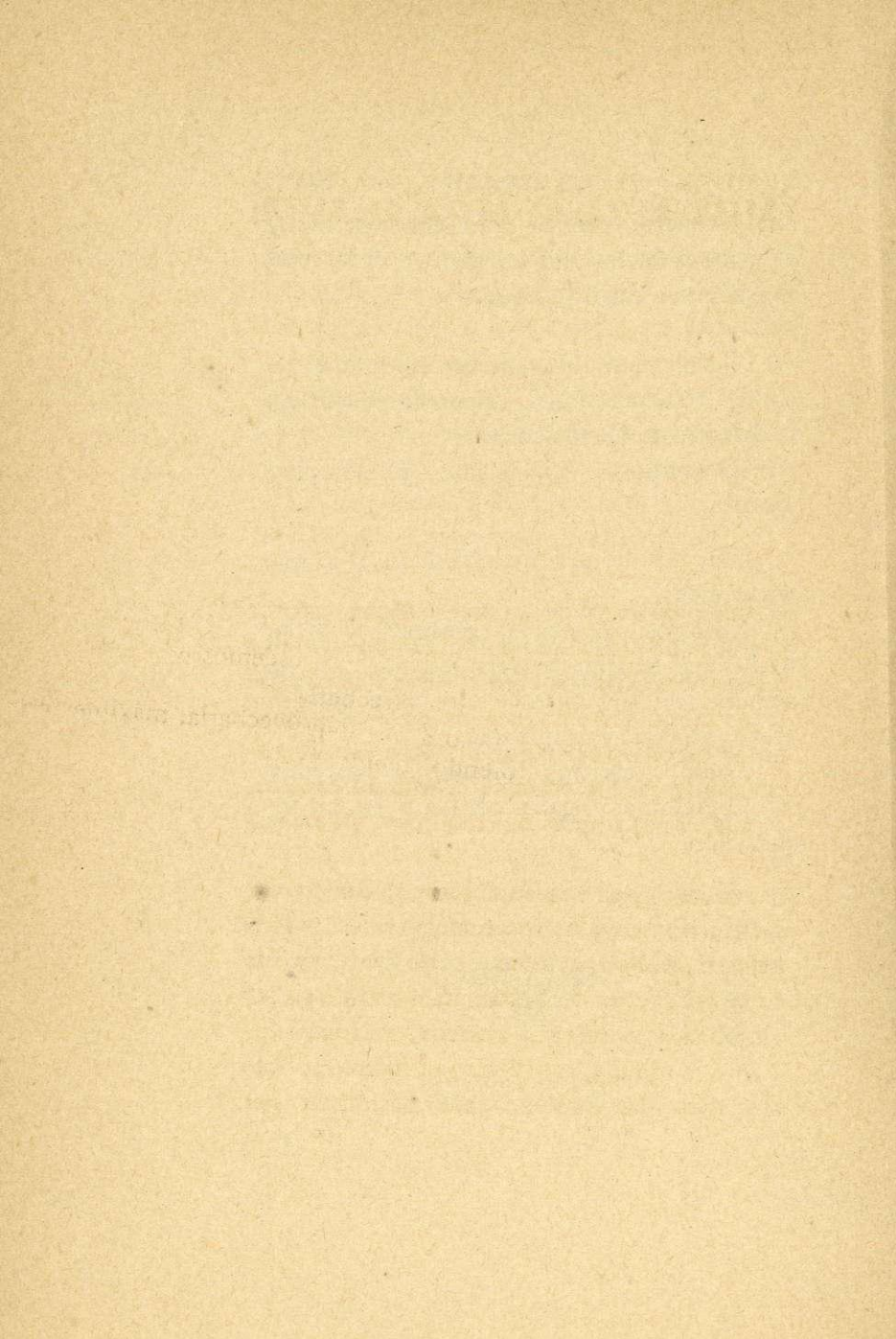
«Deseámosle un pronto y completo alivio.»

¿Hay más donosa manera de decir lo que no se dice?...

Nosotros, al menos, creemos no haber hecho mal en aprovecharla, máxime no habiendo tenido á manos otra mas concisa, breve, original y terminante.

Ahora, trascritos los sueltos precedentes, ya podemos seguir adelante en nuestra narración.







## XIX

### MUERTE

Una lámpara de cristal verdoso esparce por la alcoba lúgubre penumbra que envuelve á los objetos con tenebroso velo, y hace aparecer como derramado sobre el blanco mate de las paredes, un fulgor siniestro y fosforescente que da á la estancia un extraño aspecto, y causa una impresión medrosa y desagradable.

El lecho, en medio del testero del fondo, tiene arriba cogidos sus cortinajes de bordada gisa, y en él se advierte, oculto casi por sus ropas, el cuerpo de Venancio, hundida en las almohadas la cabeza, blancos los labios, doliente la mirada, cadavérico el rostro.... Solo tres dias han bastado para trasformar por

completo aquel rostro franco y hermoso y lleno de vida, exacto reflejo de un alma noble, generosa y sincera que, llena de fé y poseída de un cándido optimismo, pretendió inmiscuirse en las luchas, azares y combates de las encontradas pasiones que constituyen la vida cortesana, y cayó, víctima de ellos, al primer embate... Se muere; se muere. La fiera parca ha cernido fatídica sus alas sobre él, y la morada curva que semicircuye sus ojos, y la demacración que hace sobresalir sus pómulos, y el frío sudor que baña su frente, y todo el aspecto, en suma, de aquella faz encerrada en el óvalo negro que forman el desgredado pelo y la rizada barba, faz en mucho parecida à la del Redentor del Mundo, no hacen preciso otros indicios para asegurar que sus horas de vida son contadas.

Soledad á su lado, inclinada sobre el lecho, ciñendo con un brazo el cuerpo de su esposo y doblado el otro sobre la almohada, contempla doliente y abatida aquel postrado organismo del que la vida escapa presurosa, y en él ya contempla su infortunio, el desamparo en que queda, los grandes días de luto que la aguardan. Lágrimas sentidas surcan

sus pálidas mejillas donde el insomnio y el dolor han dejado también su triste huella, y comprimidos sollozos que son como el desbordamiento de la amargura que inunda su pecho, escapan con intermitencia de sus labios.

El enfermo entreabre sus párpados pausadamente, y con la vista, con una vista que se enturbia por momentos, dice fatigosamente.

—¡Sola.... Sola del alma.

—Estoy aquí; contigo.

Al oírse la exclamación de Venancio, otra persona salió de entre las sombras que al otro lado de la cama se hacían, y miró conmovida y llorosa al triste enfermo.

—Ama—dijo éste al verla, tratando al mismo tiempo de buscar con la suya una mano de aquella.

Era el Ama una mujer alta, grande, corpulenta; vestía un negro hábito liso con ajustado corpiño cerrado al cuello, y llevaba en la cabeza un pañuelo de tres puntas que añuda debajo de la barba; es el traje del pueblo, el que allí gastaba desde que fué viuda, y el mismo con que ha venido á Madrid para ver á su

hijo, á su Venancio, en mal hora salido del lugar, como ella siempre habia dicho; porque desde el momento en que se habia iniciado la idea del viaje, ella barruntó una futura desgracia. Una futura desgracia que no se habia hecho esperar sino lo preciso para que el golpe fuera más cruel; porque apenas si habian gustado del placer de contemplarle Diputado, siendo, como quien dice, la honra de la familia, cuando llegó la fatal nueva. ¡Y en qué momentos! En los de la angustia y estupor que habia producido otra desgracia súbita, inesperada. Su padre, el viejo don Juan, que apesar de sus tres duros y pico de años, y lo saneado y crecido de su capital, ni un solo día dejaba de dar un vistazo, ya á uno de los cortijos, ya á la vacada, habia sufrido una peligrosa caída del caballo.... Era Sábado; habíase acabado la escarda en Matamoros, volvía al lugar más tarde que de costumbre, ocultósele el sol antes de llegar, y ¡quien habia de decirlo! pasando por el callejón de los Espinos y yendo distraido, el caballo se le asusta y le tira sobre un vallado de puosas tunas. ¡Ay, que desgracia! A su edad una caída semejante.... Y al otro día el

telegrama de Madrid anunciando con su espantosa concisión, que Venancio se hallaba gravemente enfermo... ¡Oh! Bien vengas mal, si vienes solo. Aquello era mucho para la buena Ama. Se llamó al padre Cura; se consultó con los parientes y al fin se convino en que ella partiese á Madrid, acompañada de un primo de Venancio. Y allí estaba, allí estaba haciéndole compañía, mas no sirviéndole de nada, porque Venancio, su hijo, el que ella habia amamantado, el que quería tanto como á los que tuvo en sus entrañas, se moría, se moría sin remedio, porque la ciencia se habia declarado impotente.... ¡Oh! ¡Qué médicos! «Si á la madrugada no recarga la fiebre, acaso mañana tengamos esperanzas.» ¿Y si recarga, como en efecto habia recargado? ¿dejarle morir?... ¡Que desesperación! Y aquello, en los Madriles, en aquella famosa tierra, en aquel mundo nuevo, del que tantas maravillas se contaban... ¿Era esta poca desgracia? Pues si era poca, allí estaba también ante sus ojos, Soledad, la pobrecita Soledad, nada querida en el pueblo, nada apreciada por su suegro, no obstante de ser buena como el pan. Buena sí; ella habia podido apre-

ciarlo, y por eso protegió sus amores con Venancio, y por eso sostuvo muchas y enérgicas conversaciones con D. Juan, cuando éste se oponía al casamiento de los jóvenes... Entonces ella la había protegido, y ella seguiría en adelante protegiéndola. Sí, si Soledad la consideraba útil para algo, como sus dos hijos estaban ya casados, ella le acompañaría á todas partes, ella viviría con Soledad.

Tal era el mental lenguaje de la buena lugareña en tanto habia estado en el rincón gimiendo y llorando quedo, para que sus lágrimas y sus gemidos no apesadumbrasen más á la angustiada esposa...

Al oír al enfermo recordó que hacia ya tiempo no tomaba la pócima recetada por el médico, y se levantó para ofreérsela.

—¿Tomarás el remedio, hijo mio?—le preguntó.

—No, no dadme de eso más. Me hace dormir demasiado, y yo quiero verlas, quiero verlas todo el tiempo posible.

—Pero el médico lo ha mandado, y sin duda te conviene.

—Pues ahora tomarè. Hace poco tiempo todavia... ¿qué hora es?



—Tres y media—contestó Soledad.

—¡Qué tarde!... ¿No hay nadie en casa?

—Jorge, tu primo, y García Ruiz, están en la sala.

—Pues ahora, ahora tomaré. Quiero hablarte mucho.... Soledad; tengo muchas cosas que decirte.... ¡Ay! ¡Que fatigas!

—No hables, Venancio mio.

—¡Ay! sí, mi Solilla... Voy á morirme...

—No, no; tú no te mueres. ¿Que sería de mí?

—Sí, pobrecita mia, la vida se me escapa.... siento que se vá, y quiero decirte.... que muero amándote; que te amo como siempre.... No llores, vida mia. Dios.... Dios velará por tí. Ama.... Ama.

—Qué ¿que quieres?—respondió esta.

—Quiérela como á mí. Allá en el pueblo donde ella se irá.... ¿te irás al pueblo, Sola?

—Sí, contigo.

—¡Oh, no! Con mi cadáver.... Allá en el pueblo, tu cariño, Ama, que le supla el mio.... Cuidala mucho.... mucho; que ella te hará tan feliz como á mí.... como á mí me ha hecho.... Yo quería pagarle, y trabajaba,

trabajaba afanoso por hacerla mujer de un grande personaje. Ella vale mucho, mucho, y ser mi mujer, la mujer de Venancio Luna, era nada [para sus merecimientos.... Si yo hubiese podido.... pero ¡ay! me han matado. Me ha matado un vil, un calumniador, un embustero.... Yo no tomé parte, ni fui causa de los incidentes de mi elección.

—Olvida eso, Venancio; olvida eso que te irrita y te daña.

—Si, sí. Me irrita.

—Pídele á Dios que le perdone.

—¿Lo quieres tú...? Pues que Dios le perdone como yo leperdono.... Ama.

—¿Qué quieres?—contestó esta.

—¿Donde estás?

—Aquí.... no me ves?

—¡Ay; no! Mi vista se enturbia. Dame tu mano; y tú otra Soledad.... así no soltadme hasta que no muera.

—Por Dios, Venancio, no hables de morir, no hables de eso,—exclamó Soledad.

—Sí; no hay remedio.... Yo quería subir, subir mucho y Dios sin duda va á elevarme, mas de lo que soñara. Yo quería ser Diputado.... Diputado ¡que ambicioso!... Pero

todo es proponerse y trabajarlo. Parecía imposible el soñarlo solo, y á no ser por ese, el de *La Razón*... ¿eran razonados sus ataques?... Mentira; falso todo.... Ya, ahora, el Marquésito de la Guillena, podrá vencer; ya no tiene que luchar conmigo; conmigo que siempre le he vencido, lo mismo antes que ahora, y que le vencería siempre.... siempre.

Su razón se eclipsaba. Su espíritu perturbado por la fiebre, iba insensiblemente siendo arrostrado por las revueltas y encontradas corrientes del delirio.

—Pero si no yo, otro le vencerá; que el que poco vale, poco puede. Y si merced á gatupeños llega á ser Diputado, no ha de faltarle quien le diga con razón, lo que á mí sin ella me han dicho. Y entonces; le matarán, y, si en la otra vida yo le hallo, allí verá también que no puede competir conmigo... ¡García Ruiz! Yo no necesito de García Ruiz. El, él ha necesitado de mí siempre; porque á nosotros nos debe lo que es y lo que será.... Será Ministro, porque vale; es bueno, es buen amigo. Nos ha pagado bien. Estima tanto á Sola.... ¡Como la mira y la contempla. Se conoce que disfruta con su conversa-

ción.... Verdad que igualmente todo el mundo; ella es un ángel.

Su voz iba apagándose, y sus facciones se alteraban visiblemente. Sola no pudo resistir más y prorumpió á llorar, exclamando:

—¡Ay, Dios mio! Ama, Ama, llame usted; que avisen al médico. Ahí hay gente en la sala; corra, corra usted.

El Ama salió presurosa hacia la sala, de la que habiendo oído las últimas exclamaciones, entraban entonces García Ruiz, Jorge y el primo Faustino.

—¡Que se muere, que se muere Venancio—exclamó el Ama, dirigiéndose á estos con angustia.

Todos se acercaron al lecho; vieron en efecto los estragos de la fiebre, é inmediatamente se dieron órdenes de buscar al médico y avisar al Santo Viático.

—Venancio, Venancio—clamaba Soledad, teniéndole puestas ambas las manos sobre sus mejillas para que le mirase—¿No me oyes?

—Sí,—contestó con voz débil—¿Donde estás?

—Aquí.... contigo. ¡Mirame!

—¿Y mi Ama?

—Aquí también. Y nuestros amigos, todos estamos á tu lado; el primo, Jorge, García Ruiz.

—¡Oh! García Ruiz, amigo mio. Te recomiendo á mi Soledad; quiérela como siempre, mas que nunca. Y Vd. Jorge; y tu primo. Cuando estés en el pueblo, vè mucho á casa y llévala flores siempre que las haya. Y á mi padre, á mi padre que ya la quiere mucho, dile que no tenga mal genio, que no se enfade, que ella....

Venancio calló y cerró los ojos. Hubo un momento de silencio triste, opresor, de fatigas. Soledad veia cómo aquella vida se acababa, cómo aquel ser desaparecía confundándose en las tinieblas de la nada, y se sentia fuertemente asida y como arrastrada á seguirle en su vuelo.

—Sola.... Sola—dijo Venancio con voz apenas perceptible.

Esta, sin fuerzas para contestarle, puso una de sus manos sobre la del enfermo, y éste la llevó á sus labios. Sola entonces, recordando aquellos besos, secos y frios como el chasquido de un cristal al romperse, únicos que en

su vida de esposa le habia dado, sintió remordimientos; pensó que aquel beso, aquel último beso que le daba el moribundo, era una queja, y anegada en dulce y tierno sentimiento, en verdadero amor, se estremeció convulsa y le besó repetidas veces en la frente, con fuego, con pasión, cual si intentara, con el calor de su boca, reanimar aquel yerto organismo.

Pero sus besos fueron poco. Cesó en él todo movimiento, y la expresión de su rostro se apagó como se apaga un ascua, de la que bien pronto queda solo un polvo tibio de ceniza, que por instantes se vá tornando más frio, más blanco.





## XX

### LA PARTIDA DE UNOS

Con la muerte de Venancio, Soledad quedó anonadada. Era la vez segunda que ya persona de razón, la muerte le privaba de una persona querida. Dos años antes, á poco de su casamiento efectuado, perdió á su madre, á la persona que constituía toda su familia. Y aunque el dolor que experimentó su alma, fué el inmenso del hijo bien nacido, dolor que nunca se olvida, que el tiempo no consigue sino mitigar, como quedaba en los brazos y bajo el cariño del esposo, pudo sobrellevarlo con resignación. Pero ahora, ahora no tenía ni contaba con amparo de nadie, y al dolor y al desastre de la muerte se unía

la pena que habia de acarrearle la soledad espantosa en que quedaba, llena de sombras, de horrores y de peligros.

Desde luego, en Madrid no continuaba. Nada tenía que hacer allí; hábiale prometido á Venancio volver á Villalinda, y á mas de esto, la afección á su suegro y el deber y su conveniencia propia, se lo reclamaban así.

Decidido, por tanto, hacer el viaje inmediatamente, hubo discusiones sobre si se vendían ó se llevaban los muebles. El primo Faustino quería llevarlos; el Ama quería venderlos.... ¡Llevarlos á Villalinda! ¿Para qué? ¿Donde habian de colocarse? ¿Ni qué falta hacian allí muebles tan ricos?... Y luego; si no fueran de traslación tan peligrosa.... Pero aquellos espejos, aquellas arañas.... Imposible; ella consultaría con Soledad.

—¿Que te parece, Niña mia?—le dijo— ¿no es verdad que es una locura lo que pretende el primo? ¿No tengo yo razón? ¿Para qué llevarlos si hay allá más de los necesarios?... ¿Qué dices tú á esto?

—¡Ay! Nada, no digo nada. Haced lo que querais; pero, por Dios, dejadme en paz; es lo que suplico.



No cedía el Ama en su empeño, ni el primo Faustino quería cejar tampoco en su capricho; y ya estaban ambas potencias en punto de romper sus relaciones, cuando un tratado de paz puso término á la contienda. En él se estipuló. 1.º La joven viuda se llevaría consigo todo aquello que no fuese de peligrosa traslación. 2.º A los amigos de la casa se haría una justa cesión de lo que allí hubiere de quedarse. Firmado, etc.

Jorge y García Ruiz, tomaron de buen grado, cada cual una parte, y el Ama y el Primo quedaron en sana paz y satisfechos.

Cinco días después, todo ya listo y arreglado, la familia andaluza, se disponía á tornar al pueblecillo en donde habia nacido.

Llegó la hora, y la marcha se emprende. Gracias á Dios que el Ama sale de aquel infierno vivo... ¡Que revolución! ¡Que barullo! ¡Que mareo! ¿Pero aquella gente vive en la calle? ¿No se ocupa en nada? ¿Está continuamente paseando?.. ¿No? Pues ¿cómo de continuo y por todas partes, está el paso embarazado, y los coches no cesan de cruzar en todas direcciones? Por fuerza; allí nadie traba-

ja, ni come, ni duerme, ni hace nada, sino pasear, pasear á todas horas y por todas partes.... ¡Ay, Madrid, Madrid! Si al Ama de tí piden informes, difícil será que otro villalindano vuelva á pisar tus calles. Eres horrible, malo, execrable, comparado con aquel lugar apacible, sosegado y tranquilo que el Ama adora....

El Primo, en cambio, no te juzga tan mal. Con los ojos más abiertos que los suele tener un vendedor de yesca, semi-abiertos también los labios y grabada en el rostro una expresión de bobo, Faustino, quiere verlo todo, aprehenderlo todo, retener detalles y perfiles en su memoria, para luego en el pueblo tener maravillas que contar, y hacer interesantes y magníficas descripciones de aquellos Madriles, en la tertulia de la botica, en casa de D. Gaspar Guillén, y en el Casino de la Pipa.... Ahora si que no ha de ser únicamente *Angostito* quien se ponga allí moños y gaste más fantesía que Don Rodrigo en la horca, contando cosas de Madrid. ¡Pues no porque estuvo en él tres semanas con objeto de hacer oposiciones á una plaza de oficial de *atlégrafos* ¡que por cierto no alcanzó ganar!

trae alborotado el pueblo con sus cuentos? ¡Ya verá él, quién le tiene á raya en sus mentiras y quién le dice lo que es y lo que no es aquello!.. ¡Pues nó, que perdería Faustino la ocasión, y andaría por Madrid como un atolondrado palurdo....

Sola.... la pasividad de la triste Sola ha llegado al extremo. Hundida en cualquier butaca, indiferente á todo, lela por completo, anonadada, no deja de parecer una idiota, sino cuando cualquiera se le acerca para hacerle súplicas ó preguntas. Entonces se le ve displicente, irritada; se agita nerviosa, y con mal reprimida cólera, contesta solo que hagan ellos lo que mejor les parezca, que no quiere ver á nadie, que la dejen, que la dejen en paz.

Hasta García Ruiz pierde la calma viendo la conmoción que está sufriendo el organismo aquel, y él mismo se angustia y se emociona, al ver que todos sus esfuerzos no consiguen más que arrancarle contados monosílabos. Verdad que él no puede estarla contemplando mucho tiempo. Aquellos negros ojos ahora más grandes por la delgadez, más tristes por el insomnio, más brillantes por el

lloro, le emocionan muy pronto, y la sangre bulle en sus venas, y el corazón brinca en su pecho, y todo él se trasforma y vuelve muy otro.

—Te marchas al pueblo—le dijo el día de la partida—y me dejas el alma consumiéndose en las llamas de este amor insensato. Soledad....

Los ojos de ésta se fijaron en García Ruiz, abrasadores.

—Soledad—prosiguió él, temblando de emoción—Eres libre...¿Te quieres casar conmigo?...

—¿Y tienes valor....

—No te pido casarnos ahora; pasado un año, dos, tres, los que tú quieras.

—Nunca, nunca.

—¡Oh!—exclamó el subsecretario cogiéndose entre las manos la cabeza, y meciéndola con dolor.

Después de esto, no dijo una palabra más hasta el momento de salir.

—Volveré para acompañarte à la estación.

—Bien; como quieras.

—Adios.

—Adios.

Aquella tarde, antes que él, llegó también el Duque. Otro su enamorado. ¡Pero qué fastidio! ¿Por qué todos habian de quererla? ¿Por qué cuando su correspondencia era el odio, no, el odio no; esto era mucho; cuando su correspondencia era el desprecio?... Desprecio, repulsión sentía ya hacia uno: ¿Le aguardaba sentir lo mismo hacia el otro, que hasta entonces le inspira un tibio aspecto de simpatía?...

—Por que ahora se marche usted, prohibiéndome seguirla—le decía el Duque—yo no renuncio ni á mis esperanzas ni á mi amor. Hé de seguir buscándola, hé de verla y hablarla nuevamente, hé de conseguir que usted me ame.... ¿Imposible? Sí; lo es ahora. Pero los días y mi constancia han de hacer tanto, que usted apenas si tendrá que salir de esa pasividad, para corresponderme; que usted llegará á amarme sin darse cuenta de ello, sin quererlo acaso, acaso á su pesar.

Jorge y García Ruiz, fueron los únicos que despidieron á Soledad en la estación del Mediodía.





## XXI

### LA LLEGADA DE OTROS

No paró el sol en su carrera ni los mundos interrumpieron su marcha porque Soledad tornase á su país; sino que prosiguiendo inalterables en su camino, los acontecimientos se sucedieron atropellándose los unos á otros, y disputándose, como siempre, el ocupar la atención de los mortales.

Llegó el día designado, y las Córtes, aquellas Córtes con las cuales tantas y tantas veces soñara el sincero é inexperto patricio villalindano, dieron comienzo á sus tareas. Discutidos los presupuestos y aprobados, á tiempo que la canícula con sus grandes calores comenzaba á derretir los cerebros y á enervar los espíritus, el Gobierno tuvo á

bien suspenderlas, y los Diputados y funcionarios que solo esto aguardaban (y aun algunos, ni esto) se unieron á los muchos que de Madrid desertan durante los veranos. En este universal desperdigueo, nos hallamos nosotros con Jorge y García Ruiz, los cuales, en vez de salir para el Sur de Francia, según precepto de la moda, salen satisfechos para el mediodía de España.

Son cordialísimas, ahora más que nunca, las relaciones que mantienen los dos antiguos amigos; de la joven viuda suelen hablarse con frecuencia, ocultándose por ambos el sentimiento que les inspira, y hoy marchan los dos á verle, en realidad, mas con el convenido pretexto de pasar unos días en la hermosa quinta de *Los Nogales*, propiedad de García Ruiz.

—En calma la política, voy á pasar unos días con mi familia: ¿quereis acompañarme?... Veríais á Soledad—le dijo al Duque un día, García Ruiz.

—¡Psht! La verdad es que para ir á Aguas-Buenas,—le respondió Jorge—es temprano todavía.... Acepto.

Y sin ninguno sospechar que el verdad:



ro objeto que los dos llevaban era el mismo, ambos unidos marcharon á Andalucía.

A los señores del Ayuntamiento villalindano, concejales flamantes sacados en la última incubación electoral, se les alborotó en el pecho el agradecimiento al saberse que al pueblo iba García Ruiz, y desde luego decidieron echar la casa por la ventana, honrándole, durante su permanencia en él, con grandes y solemnes fiestas. Celebrose cabildo extraordinario, en él se designó una comisión que organizase los festejos, y puesto á seguidas en función el telégrafo y el correo, se mandó venir de la ciudad cercana de Urfidelia un pitrotécnico titular, dos ó tres toreros de invierno ó de poca monta, una compañía de saltimbanquis si por casualidad se hallaba, y un fotógrafo... Con pregonero y tamboril y por bandos pegados en las esquinas se anunció e fausto suceso; pero como pareciese que la buena nueva no entusiasmaba todo lo bastante, el Concejo, tirando con pólvora del Rey, según expresión del secretario, acordó comprar con cargo al capítulo de calamidades, ods botas de vino de á veinte y ocho arrobas, y darlas á beber al pueblo en medio de la

plaza, el día que hubiere de llegar el Diputado. Y dicho y hecho. En la mañana de aquel día que acertó á ser Domingo, después de haber oído en Jesús misa de ocho, hombres y muchachos fueron poco á poco haciendo honor al obsequio municipal, y la alegría se esparció rápida por los ámbitos de la villa.

—¡Basta!—dijo el alcalde al ver cumplidos sus deseos.

Y mandó echar las canillas á las botas y guardarlas para otra ocasión.

A las seis de la tarde, era un verdadero orgullo el que había en el Egido. A lo largo de la carretera, desde el pueblo hasta los molinos de la Albinilla, un cuarto de legua bien medido, veíase extendido largo rosario humano cuyas cuentas eran formadas por grupos más ó menos grandes, que bailaban, tocaban y cantaban, ó aguardaban á la sombra de los álamos. Cuando el alcalde, desde el Cerrillo del Molino-Viento vió aquella haza de sombreros, de chaquetas pardas, de azules camisetas y fajas de color grana, haza en la cual, un mantón blanco parecía una paloma posada sobre ella, una negra toquilla un cuervo, un hechicero rostro un canto

blanco, no pudo contener ni una sonrisa de satisfacción, ni aquel irreflexivo movimiento de restregarse, de amasarse las manos, que se le veía con frecuencia. Le rebozaba la alegría; aquello estaba soberbio. Y miraba á su alrededor, y veía á los ricos de Villalinda con sus hongos antiguos, con sus chaqués desenterrados; á aquellos señores del Concejo, ni muy apuestos ni marciales, pero con toda la gravedad y embarazosos movimientos del funcionario torpe que sabe que le miran; á aquellas dos ó tres caras de reverendos curas, tan blancas, tan orondas y afeitadas.... Y mas allá de este núcleo de notables que le rodea, aquí y acullá agrupadas en canastilla, las niñas del pueblo cuyas cabecitas negras ó rubias, se defienden con abanicos de los rayos del sol; mas allá la murga de Centeno, con sus grandes trompetas, su tamboril y demás instrumentos, reodeada, asediada, comida casi por aquella tropa de chiquillos, que soplan en los fagots, y tiran chinós al bombo, en cuanto un músico se descuida; aún más allá, grupos salpicados que rodean ó tienen en las manos cohetes de cañas, coronas de pólvora y otros artefactos de pirotecnia;

y por encima de todo esto, un ancho sol, blanco, difuso y ya casi poniente, cuyos dorados rayos enfria un tanto la fresca marea de la tarde.... ¡Oh, que alegría la del alcalde aquel! Si no fuera porque de cuando en cuando los conceptos hilvanados para el discurso que habia de pronunciar, se le rebullian y agitaban en el meollo, produciéndole una barahunda de ideas y de pensamientos que se atropellaban y se confundian los unos con los otros, él sería dichoso por completo; pero aquello le mortifica un tanto; y de buena gana sacaría él los apuntes que le sirvieron para llevar el discurso á su memoria; pero allí, delante de todos, sería un descrédito, una vergüenza. Y luego tiene que dar tantas disposiciones; tiene que estar tan sobre aviso.... ¡Eh, ya! Ya le sorprendió un cohete lanzado á los aires por las avanzadas. Es que se ha visto el coche, el coche del Sr. Diputado. Ahora, otros dos cohetazos y otros más, hasta doce. Un último arreglo á la levita, un tirón nuevo á los puños de la camisa, y órdenes á los muchachos de que empiecen los vivas. La murga tampoco se descuida, y comienza á entonar un aria de *Traviata*, cuya escasa har-

monía se pierde en la rapidez con que las notas se precipitan, á medida que el coche se aproxima....

García Ruiz, más risueño y satisfecho que emocionado por aquella original y entusiasta algarada, pasaba asomado á la ventanilla del coche, por entre sus paisanos, saludándolos á todos con el afecto, la expresión y sonrisas proverbiales en él, y llegó hasta donde el Concejo de la villa le esperaba, y cerca de este su familia.

—Ilustre Diputado nuestro—dijo al punto el alcalde con tono enfático—sed bien venido á esta ilustre tierra, donde sus ilustres hijos, donde los ilustres hijos de esta tierra, esperaban á su ilustrísima.... persona. Este ilustre ayuntamiento, que yo, el más ilustre de sus.... digo, que yo, el más.... el menos.... el menos ilustre de sus individuos, tengo la honra de presidir.... Porque todos aquí Sr. D. Mariano, recordamos los beneficios que el pueblo debe á su ilustre Diputado.... y la ilustre familia de Vd. que me está oyendo.... que tengo el honor de que me esté escuchando, puede afirmar esto que tengo el honor.... que tengo el honor de decir-

le.... Pues nosotros, como antes ya apuntaba, tenemos en mucho el honor de cohabitar con el diputado, y Villalinda recibirá el inmerecido honor de demostrarle su aprecio. Así que todo el pueblo se ha sentido lleno del sentimiento de la gratitud y llega á darle la sentida enhorabuena por su llegada feliz....

—¡Viva el Diputadooooo!

Un viva atronador se esparció por el camino en contestación á este, en tanto el alcalde se limpiaba el sudor que bañaba su faz, colorada entonces como pimiento riojano.... García Ruiz creyó que debía decir algo, y á falta de otra mejor tribuna, subido sobre el pescante del mismo coche, les pronunció un sencillo y entusiasta discurso, que, no tomado por taquígrafo alguno, nos vemos en la imposibilidad de reproducir. Sábese de él solo. que los lugareños aplaudieron cuanto lograron entender, y que redoblaron sus aplausos al oír lo que no entendieron.

Luego de esto, la comitiva se puso en camino para el pueblo, á pié García Ruiz, entre Jorge y el alcalde, y seguidos de los señores del Concejo, del pueblo y de la música, cuyos acordes eran frecuentemente interrumpidos.

pidos por sendos vivas y repetidos disparos de cohetes. Las campanas de la torre echaron á vuelos sus sonidos cuando al pueblo llegaban, y entre tal barahunda y con este infierno de ruido, se llegó á casa del Diputado, invadida ya, y ahora, y después, por los notables...

Al día siguiente, vieron los recién llegados á Soledad cuya vida en el pueblo era en muy poco diferente de la que hacia en Madrid. Se habia hecho devota, y la iglesia y las prácticas de caridad la entretenian durante las mañanas; lo restante del día, excepto las horas en que acompañaba á su suegro, lo pasaba, ó cuidando flores, ó leyendo; sólo que ahora, en vez de libros profanos, lee vidas de santos y otros libros místicos.

En los días subsiguientes, Jorge y García Ruíz, la visitaron con frecuencia, ya juntos, ya á distintas horas.

Una noche.... Pero esto merece capítulo aparte.

 Donada á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malogrado poeta  
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.







## XXII

¡SOÑADORA!

Una noche, Jorge la halló sola, sentada en el patio de la casa; un patio grande, hermoso, con un grande naranjo en el centro, rodeado su pie por gran número de macetas, y con varios arriates en sus testeros, donde crecían jazmines, geranios y don diegos de noche, de los cuales, los variados perfumes, por su misma fuerza expansiva, se elevaban al cielo, un cielo claro, límpido y azul, un verdadero cielo de Andalucía, todo tachonado de fulgentísimas estrellas, que parecen brillantes colosales, cuyas luces hacían aparecer más pálida la de la luna; esa eterna viuda, melancólica como la soledad, triste como el olvido.

Saludáronse los dos jóvenes amigos, y en tanto la estrechaba su mano, Jorge la inundó con una mirada de amor é interés, que más que satisfacción, expresaba sentimiento.

Durante los meses que habia dejado de verla, se habia en ella agravado una enfermedad, nó una de esas enfermedades fulmíneas, completas y perfectas en su desarrollo patológico, de las cuales se muere ó se rejuvenece; ni tampoco una de esas que arrastran lentamente por el camino de la destrucción. La suya era extraña, caprichosa; ora estallaba de improviso haciendo temblar á su organismo, ora se aletargaba, ora desaparecía por completo, dejando solo una huella dolorosa. Una de esas enfermedades que queman, que sacan, pero no matan; que atacan la vida con la vida misma, empujándola hasta el delirio vital; que perfeccionan y exaltan la sensibilidad para hacerla sufrir una áun más exquisita sensación de dolor.

—Siempre triste, siempre soñadora—le dijo Jorge.

—Sí, amigo. Si tan amargo es vivir, ¿queda otro remedio que soñar?

—Pero haceis un sueño de la vida.

—Y... despues de todo ¿es otra cosa, por ventura?... *La vida es sueño*, dijo el poeta.

—Pues dijo mal, á mi entender, y perdóneme su genio sobrehumano. La vida es vida. La muerte sí que es sueño. ¿Es sueño, es apariencia, es ficción, esta lucha eterna de encontradas pasiones, estos dolores extremados, estas fugaces alegrías, esta variedad de afectos anímicos que constituyen realmente la vida? ¿Es sueño el amor? Nó, no lo es. Sueño, apariencia y ficción vana, es apartar el ánimo de la tierra y lanzarse con él á las regiones infinitas en pos de utópicas ideas y de creaciones fantásticas. Sueño, despreciar estas galanas flores que aquí se nos ofrecen, sólo porque allá, mas allá de las estrellas, hemos percibido otras más hermosas, de más bellos colores, con más puros perfumes, y procurando obtener aquellas, ajamos y marchitamos éstas con nuestro desvío, convirtiendo así en triste otoño lo que es risueña primavera.

—Mi vida, Jorge,—repuso tristemente Sola, tras de un corto silencio—ha sido y será un otoño perpétuo.

—Nó, Soledad.

—Sí, Jorge, sí.

Se adivinaba en su rostro y se traslucía en su voz, tan triste persuasión de lo que decía, que conmovió á Jorge.

—Usted sufre—le dijo.

—¿Sufrir? ¡Bah! ¿Para qué?... Estoy bien; hasta contenta. Me he persuadido de que en este mundo....

—¿Qué?

—Nada, no haga usted caso. Hablemos de otra cosa; ¿quiere?

—Nó, no quiero. Deseo, Soledad, que me refiera usted su historia; que me diga lo que la hace sufrir, porque temo y sospecho que no son más que tonterías. Hablemos del amor. ¿Ama usted? ¿Ha amado usted?

—Pero ¿por qué le interesa á usted mi vida? ¿Mis penas y mis pasados placeres, han de divertir á un extraño?... ¡Déjeme usted en paz! ¿Quién es usted para mí? Yo no le reconozco; no quiero conocerle.

Y calló, inclinando sobre el hombro la cabeza, agitada por la violenta irritabilidad que producian sus palabras.

Jorge se acercó á ella, le tomó las manos, y en voz baja y dulce, le dijo:

—Aunque usted se empeñe, yo no soy

un extraño para usted; yo la he amado, yo la amo mucho, Soledad.

Ella se calmó. A poco, y habiendo él insistido en que le contase algo de su vida, dijo con tono ya más dulce:

—Recuerdo, Jorge, que á los diez y seis años, mi madre que habia sido infeliz en sus amores, me cuidaba mucho porque temia que me enamorase. Yo, quizá por la prohibición tácita que sobre mí pesaba, nó tan velada que no la adivinase, me deleitaba con lo desconocido, y escuchaba con avidez las narraciones entrecortadas de alguna amiga, cuando bellas fantasías, risueñas ilusiones, dulces ensueños recreaban mi espíritu. A veces me conmovia, el corazón enviaba á los ojos una lágrima furtiva, toda mi alma se deleitaba en una vaga aspiración, y me preguntaba: ¿cuándo amaré yo?... Pasó algun tiempo, y una noche oí por vez primera una declaración amor.... ¡Qué vago, qué hermoso es esto cuando aún no se conoce. Pero cuando llega.... ¡ay! «Yo te amo.» ¡Amar! ¿Qué significaba esa palabra? ¿No era una palabra sin sentido, sin correspondencia en el mundo real?... Así la juzgué yo, porque al escuchar-

la me hallé tan indiferente y fría como antes, aún más exenta de fé en su significado, que no pude comprender.... Sin embargo, por sí con el tiempo lo alcanzaba comprender y sentir, al galán, que era Venancio, le contesté que le correspondía; pero no era cierto. Enablamos relaciones, y no liegué á quererle. Llegué á ser su esposa porque me creí en el deber de casarme, habiéndole dado derecho sobre mi amor, y mi amor hacia él fué siendo una mentira.... En vano me esforzaba por creer lo contrario; en vano excitaba mi fantasía; en vano me sublevaba contra la aridez de mi corazón. Fingia, porque me avergonzaba de la verdad; á veces, fingia tan bien, que me engañaba á mí misma. Pero después.... horrible, horrible. ¿Por qué no queria á Venancio? ¿á quién amaria sino á él? ¿Qué producía en mí tan singular indiferencia?... La pasión de mi esposo no encontró eco en mi corazón; quise imponerme un amor que no sentia; me dije mil veces que era una mujer odiosa, infiel á mi deberes, despreciable por todos conceptos.... ¡Ay! fué inútil.

—Hablemos de mi amor—interrumpió Jorge.

—¡Ah, sí—continuó ella sonriendo—Hablemos de su amor; un amor de novela, un amor dramático, que en medio de la noche glacial que constituía mi matrimonio, se me ofrece como rosa de Junio, y se me brinda su ardoroso perfume... Recuerdo, Jorge; recuerdo la noche que oyendo la ópera *Capuletti é Monteschi* nos conocimos en el Real, adonde aquella noche había yo ido, pretendiendo saber cómo hacen las mujeres para amar.... Allí le conocí; allí conocí á un hombre atildado, grave, correcto, que me ofrecía su amor, un amor en forma, diría; un amor serio y de trascendencia, exento de engaño y vulgaridad. Yo lo rechacé, lo rechacé con dureza, porque el rechazarlo me dolía, y porque ese amor, por grande, noble y célico que yo le imaginase, era irremediamente un amor adúltero. Pero yo decía, yo decía: á no ser casada, yo amaría á este hombre. Y pretendiendo lo contrario, yo alimentaba en mí misma una pasión con el cuerpo y el alma que pertenecían á mi esposo; al hombre que á mi lado, noble, bueno y amante siempre, me adoraba como á una Virgen y me quería como á una mujer; al esposo que luego mu-

rió feliz, dándome las gracias por mi amor, y besándome con pasión en su agonía.... ¡Ay! Pero ya está vengado. con su muerte quedé libre, sola, en disposición de lanzarme á aquel amor que la voluntad pretendia imponer al corazón; podia ya corresponder á aquel amor que se me habia ofrecido, sin caer en el vicio brutal del adulterio.... Y sin embargo, nada, todo en vano. Ha llegado la ocasión y permanezco fria, muda, incapaz de una palpitación, despreciándome, sumida en impotente desesperación, aún sin fuerza para fingir, para engañar como antes, para ocultar á los que me aman mi profunda miseria.... ¡Ay! Yo no le amo ni le amaré nunca, Jorge; yo no puedo, no sé amar.

Mientras ella así hablaba con su voz desigual un poco dura, él contemplaba aquella fisonomía móvil, que cambiaba del térreo y cetrino color pálido, al rosado, cual si una ola de sangre anegara su rostro.

Calló Soledad. Jorge no encontraba palabras ante aquel desconsuelo, ante aquella desolación; sentia una piedad profunda, y, maquinalmente, como si hablase consigo mismo, exclamó:



—¡Pobre Soledad!

—¡Ah!—exclamó ella al punto, agitándose nerviosa en el asiento.—¿Conque usted me compadece? ¿Conque es tan grande mi infortunio? ¿Conque usted comprende lo que es hallarse fuera de las leyes, fuera de la vida de la felicidad, ser el escollo desnudo combatido por todo el poder del Oceano, negar lo que todos afirman, dudar de lo que todos creen? ¿Conque usted presume lo que es una vida semejante?... Es un tormento fijo, continuo, peor que el de los condenados.... Hay quien llora porque no le aman. ¡Vulgar y egoista dolor! No lo comprendo. ¿Qué importa el dulce sufrir por una decepción amorosa, si el alma gusta de ese mismo dolor; si le alienta una gratísima esperanza que, vista al través del deseo, se columbra muy cercana?... ¡Dolor! ¡Dicha es esa!... Amar y ser infeliz, amar y no ser correspondida, amar y ser desgraciada, deseara yo.

—Nó;—replicole Jorge—amar y ser amada, querer y ser querida, es lo que debe desear; lo que puede tener, sabiendo dirigir su corazón. Mi amor es de usted, y sólo anhela derramar su pura savia en vuestra alma,

para hacer que broten en ella ternezas y flores, desapareciendo la aridez, hoy de ella posesionada, que la seca y aniquila.

—¡Cómo, Jorge! ¿Y aún me pide amor? ¿Pero no ha oído? ¿No sabe que es mi alma un alma fría y egoísta, que nada merece? ¿Por qué no me desprecia? ¿Por qué no me odia? ¿Qué hombre es usted entonces? ¿Hay alma en su cuerpo?

—Sí; un alma que es suya; de usted, Soledad.

—Pues vénguese entonces del desprecio que le hago al rechazarla.

—Sería indigno castigarla, á Vd. cuando ya hacen penar tanto esa enfermedad de ánimo, esas fantasías, esas legiones de quimeras que usted cree realidades.... Sí; porque usted se engaña; porque usted delira; porque usted puede amar; porque usted ama.... No se fingen los ensueños, los vehementes deseos, esas aspiraciones que ahogan; no se fingen los sentimientos que en nuestro pecho nacen aun apesar nuestro. Su deseo de amar, es amor; su frenesí, su desaliento, es amor; su bondad, sus miramientos, sus preferencias para conmigo, todo, todo eso es amor. No

es nieve, pues, cual usted cree, Soledad, su corazón; usted ha amado; usted me ha amado á mí, no es presunción; si ya verdaderamente no siente amor alguno, es que su corazón es inconstante; pero no importa: hombre traicionado, ha sido amado; basta eso.... Y hoy que de nuevo contempla en mí la pasión que me ha inspirado y el amor que la profeso, pasión correspondiente à ésta animará su sér sin necesitar la constancia de la gota de agua para taladrar la piedra. Si yo me engaño, si no ama todavía, usted amará, y amará pronto, con todo el ardor y fogoso ímpetu de un corazón ardiente y un ánimo reconcentrado.

—¡Tal vez! ¡Quién sabe!—murmuró Soledad marcando su boca un gesto que revelaba completa incredulidad en las predicciones de su amigo.

—¿Quién sabe? ¡Yo lo sé! Antes de mucho habeis de amarme, habeis de amaros á vos misma.

—Es decir, que seré otra, que cambiareis mi carácter, mi corazón....

—Lo cambiaré todo. Me he propuesto curaros, y he de conseguirlo. Por de pronto,

prolongo mi estancia en este pueblo, y me constituyo en vuestro médico. Sí; con una vez que nos veamos cada día, he de lograr que me ameís.

—¡Ay, Dios!—exclamó ella sonriendo con amargura.—Me encanta su fé, Jorge amigo. ¡Mi médico!... ¡Y bien!—añadió al punto, efectuada en su ánimo rápida transición.—¿Por qué nó? Aceptado. Voy á obedeceros.





## XXIII

### FIESTA NACIONAL

Aquel suelo terrizo, circuido con deteriorados poyos de mampostería y árboles feos y destartalados, donde se bebió vino por el triunfo de la República y se hizo emborrachar por el triunfo de la Restauración; donde se representan á lo vivo, en la noche del Jueves Santo, los últimos misterios de la pasión de Cristo, y donde todos los días se declara guerra á los curas y se hace profesión de ateo por los mismos actores de aquella representación; donde se leen los milagrosos romances de ciegos y los artículos de la *Revista Social*; donde se presta fé á la historieta de Pierres y Magalona, y se duda de la honradez del vecino; aquella plaza, paseo

público y especie de alhóndiga donde se contrata desde el último rucho á las primeras peonadas, estaba aquel día desconocida. En parte con tablones, en parte con carros y carretas estrechamente unidos por sendos y fuertes amarrijos, se habian formado unos no muy sólidos andamios, desde los cuales pudiera presenciarse sin esposición la fiesta de toros con que el Ayuntamiento de la villa, obsequia en su despedida á su exclarecido paisano, García Ruiz.

¡Oh! El es un grande hombre. Se ha portado como quien es durante su permanencia en Villalinda, y ha dado limosnas cuantas le han pedido, y lleva en cartera un sinnúmero de apuntes demandando esto y lo otro. Bien merece por tanto que el municipio eche en su honor la casa por la ventana, y le trate á cuerpo de rey, ya organizando un banquete campestre en Huerta-Abajo, ya dándole serenatas, ya ofreciéndole aquella taurina fiesta que tanto al pueblo regocija.

Y ¡apenas si es grande el entusiasmo! No hace más de una hora que la siesta es pasada, y los improvisados palcos empiezan á ocuparse y las tortucsas calles del pueblo se

ven llenas de gente... La plaza está vistosa. Del fondo de las arcas han vuelto á salir las colgaduras del día del *Corpus*, y en balcones y ventanas se ostentan con orgullo, rivalizando en pretensiones y formando un conjunto vario, chillón, abigarrado. Pero lo que está espléndido mas que todo, es la fachada de las Casas Consistoriales. Aquellos cinco balcones de metro y medio de largo, cada cual con su colgadura de terciopelo de grana, en las cuales está bordado el escudo de la villa, una torre desmochada que sostiene dos zorras sin rabo; aquellos balcones, y aquellas hileras de falorillos de colores que han de encenderse en cuanto la noche llegue, están verdaderamente resaltando, llamando la atención. Delante de ellos no se han puesto andamios para que nada estorbe la vista de las personas que durante la fiesta, han de ocuparles, las cuales ya empiezan á llegar. Allí se ve á la alcaldesa, y á la mujer del boticario, y á las niñas del escribano y á la madre de García Ruiz, y á Soledad, y á lo más distinguido, en fin, de uno y otro sexo.

Abajo, es indefinible el motin de voces y colores que refleja la muchedumbre. Filas

hermosas de mujeres puestas de punta en blanco, con ricos pañuelos de Manila al cuello, y la archi-andaluza mantilla de blondas, prendida á la cabeza por una rica peina de carey de cinco dedos de alto; mozuelos que lucen vistosas fajas de grana y llevan al hombro su corta chaquetilla de alamares; chicos que llevan á guisa de triunfo y patente de afición, cual un manojo de palillos forrados de encage de papel, cual sobre el hombro grandes pedazos de percalina; otros que en confuso tropel, corren de aquí para acullá tocando cuernos, gaitas y caracoles: Hé ahí el público que á este punto dice al unísono, alborozado:

—¡*Bastian!* Ya está ahí *Bastian!*

*Bastian* es un gitano semi-chulo, semi-torero que lo mismo esquila á un burro ó á una oveja, que canta *los polos* en el casino cuando le llaman los señoritos.

Él es el director de la corrida. Sin *Bastian* no hay novillada posible. Por eso él es el encargado de abrirle el chiquero al bicho.

Ya llega á él, ya está abriendo, ya le llama, ya salió.

¡Muj....! Todos corren hacia los burla-



deros, describiendo una circunferencia cuyo centro es la res.

Primera emoción.

Es un novillo berrendo en *colorao*, con ojo de perdiz, de buena estampa y trapío que demuestra bravura y gran coraje. Vedlo como echa tierra atrás, hinca el hocico, se encabrita, muje y se azota el cuerpo mosqueando la cola.... ¿Quién le lidia? Por fin uno se atreve, y le cita en los medios arrojándole trapo. El bicho embiste con bríos y ¡cata-plum! revolcón tremendo.

Pero esto es sembrar terrores y coger desafíos; ahora chamarretas y capotillos y pañuelos que por doquiera se presentan, ciegan al novillo, y el furioso animal, no sabiendo adonde dirigir primero el poder y los extraños de su cólera, redobla su furia y aumenta su ceguedad, y más fácilmente se le burla.

Fiesta lucida: el toro es bueno, da juego, se viene al trapo, y los quiebrós, verónicas, navarras y todo, salen bien.

A otra suerte: banderillas ¿cuál será quien primero las coloque? Pues, los revolcados quieren ser los primeros; que á todos igualmente place ó embriaga buscar un

peligro para salvarlo. Cuestión de carácter. Al fin resolvieron el problema, la audacia y los buenos puños de *Cometa*. Con la serenidad y valor de un Escipión ó un Costillares, mas sin los preparativos ni disposición que el *arte* aconseja, se va hacia la fiera para adornarla con dos *zarzillos* de á tercia, y, ¡oh! ambición que hasta los irracionales te extiendes! al toro le parece insuficiente adorno tan magníficas arracadas, y se cuelga de un cuerno al valiente *Cometa*, engachándole por la faja. Pero aquí de *Bastian*, héroe digno de la antigua y varonil Esparta, quien con valor inaudito agarra con una mano el asta libre del toro, y el rabo con la otra, y quieras que no quieras, le hace dar, coleándole, más vueltas que un remolino, hasta hacerle dejar libre y seguro, á quien, á su pasar, sirvió de moño al novillo.

Nunca fué *Lagartijo* mas palmoteado que *Bastian* entonces.

Ante ovación semejante desapareció el miedo, y ya nadie se acuerda del susto de *Cometa*. ¿Acaso el que más y el que menos no tiene fijos en su persona, dos grandes ojos negros ó pardos ó verdes ó azules, que le

asestan miradas de interés, desde este ó aquel sitio del andamio? Pues es menester que el corazón que está detrás de aquellos ojos, lata vivamente, y hasta que cese asustado por un momento, para que luego tenga grande satisfacción... ¡Ea! A poner banderillas ó echar un buen recorte.... Y la fiesta prosigue animada, excitante, febril. Pero basta de brega. *Bastian* ha creído suficiente el jaleo dado á la res, y toma los trastos de matar.

Sin brindis no hay buena lid, dicen los taurófilos.

Ni propina tampoco, añade *Bastian*. Por eso él, que sabe á su casa y á la agena, se acerca al balcón del municipio en donde está García Ruiz, y, con la espada y muleta en una mano, y en la otra la gorrilla, levantando su gallardo cuerpo sobre la punta de los piés cuanto podia, brinda como cualquier torero de oficio, en verso y todo. A seguidas, con garbo y gran soltura y entre vitores y palmas, se acerca decidido al toro, lo juega con pases que el cronista no advierte si son de *pecho* ó de *telón*, y cuando le cree preparado, ¡pum! le da un pinchazo en hueso, y el estoque y muleta salen por un lado, y el mata-

dor, presuroso hacia las carretas. Risa general y algunas voces.

Vuelta á las andadas. Vuelta á los pases y pinchazos con más ó menos fortuna, que, si no acaban con la vida del animal, bañan en sangre su morrillo y producen cansancio y horror en el público.... Otro que será el definitivo. Pero si el toro se ha picardeado!.. Ahora, ahora va á ser ella, aunque sea por el rabo. Despliegale allí el capote ¡Bicho! Una, dos, tres.... otra estocada, y el toro vivo todavía.

¡Oh! Aquello es irresistible. Ver arrinconado al animal cerca de los carros, baja su arrogante testa, lanzando berridos lastimeros, hecha su piel una criba de cuyos agujeros surte la hirviente sangre que resbala manchando el brillante pelo hasta formar lagunas de rojizo barro, excita repugnantes náuseas, y la vista se aparta con horror del cuadro.





## XXIV

### TODAVÍA EN LA PLAZA

Los apuros del inclito *Bastian* no valen la pena de sufrir aglomerados el grande calor de aquella tarde bochornosa, y muchos de los personajes que están en los balcones del municipio, dejan sus asientos y salen à discurrir por los salones, y á tomar, quien los quiere, dulces, azucarillos y naranjas.

—¿Nos dejas ya, por ventura?—preguntó á Soledad, García Ruiz, hallándola parada en medio de la estancia.

—¡Psh! No se que hacer. Me fastidio.

—¿Y te harían quedar mis ruegos?

—Solo tus ruegos, no, ciertamente.

—¡Oh! Ya lo suponía. Para mis ruegos

no hay sino desdenes. Otros, en cambio, lo merecen todo. Veo hermosa mía, que haces camino.

—¡Mariano!

—Sí; ya sé que tu pena por la muerte de Venancio va de pasada, porque al fin has encontrado un bálsamo que la adormezca. Ya sé que has hecho á mi cariño mensajero de tu dicha, y que mis amistades son las fuentes de tu consuelo. Me alegro infinito.... ¿Que mayor contento para mí que proporcionarte la felicidad, una felicidad prematura ó, por lo menos, inesperada?

Al oír estas frases, dichas con amarga ironía, las pupilas brillantes de la joven viuda, se fijaron irritadas en García Ruiz, y echando luego una mirada en torno y fijándose en un pequeño diván, allá en el fondo,

—Acompáñame—le dijo en tono imperativo.

El Subsecretario obedeció, y ambos sentados uno cerca de otro, así hablaron en voz baja:

—Quisiera yo saber—le dijo ella,—con qué derecho me pides cuenta de lo que á bien tengo hacer, y por qué te permites cen-

surarme. ¿Por qué has de hablarme así, si yo no quiero? ¿Con qué derecho?

—Con el derecho que dá esta pasión invencible que devora mi alma.

—Silencio, Mariano; no vuelvas á repetirme esas palabras. Te he dicho ya que tu amor me fastidia, me horripila. Nuestra amistad, nuestro cariño nacido casi en la cuna, todo, todo ha concluido entre nosotros.

—¡Muy grande se hizo tu desprecio!

—Infinito.

—Soledad....

—Sí; el mundo, eso que llaman el gran mundo, el mundo de la capacidad, la gloria y el talento, puede en buen hora tributarte los honores que merece un hombre de pro; yo te considero un hombre ruin.

—¡Un hombre ruin! Pues ¿qué te he hecho?

—¡Y te parece poco?... Una mujer como yo detesta y odia por menos motivo del que tú me has dado, máxime cuando tus reiteradas instancias y tus exigencias, hacen imposible el perdón y el olvido.

—¿Pero quién, Soledad,—dijo García

Ruiz desesperado—tiene de ello la culpa? ¿No eres tú? ¿no es tu amor? Si esta pasión por la que solo vivo, si este cariño que es mi muerte, tú no lo hubieras inspirado y hecho crecer con tus desvios, ¿hubiese algo acontecido?... ¡Y te llamas mi víctima! La víctima soy yo; víctima de tus desdenes y de mis celos crueles, tan crueles como inevitables y justificados!

—¡Justificados!

—Sí; justificados ¿creías que lo ignoraba? No; ni ese consuelo tengo. Sé que te asedia con amorosas pretensiones; que no vuelve mañana conmigo á Madrid; que trata de rendirte, y que tú estás propicia á coronar sus esfuerzos; porque ahora mismo, aquí, cuando yo entraba, le he visto á tu lado, cerca de tu rostro, hablándote al oído. Y tú, altanera para todo el mundo, con todos esquivas, intemperante, á él le mimas, le halagas y le consientes.... ¿Qué pretendes de él? ¿A qué conducen esos manejos? ¿Piensas también volverle loco? ¿Qué designios son los tuyos? ¿Por qué esa coquetería?

Soledad se irgió impacientada, nerviosa; su pálido rostro fué alborado por una ola de



sangre, y sus pupilas brillaron más que de ordinario.

Quizás hubo un instante en que sintió compasión por aquel ser que tan insensatamente y tan sin esperanzas le quería; pero sus últimas palabras le habían sugerido bien distintos pensamientos, y, conteniendo la indignación que la embargaba, le contestó con rudeza:

—¿Quieres saberlos? Pues mis designios son casarme con él.... Creo que estarás ya satisfecho.

Dichas estas palabras, pareció recobrar la calma, aquella calma que tan de improviso como injustificadamente desaparecía de su ánimo.

García Ruiz quedó atónito al escuchar la decisión de Soledad; pero pronto, recordando las veleidades de su pensamiento, lo pueril y liviano de su ánimo, concibió esperanzas de que tales propósitos no pasarían nunca de ser proyectos, si proyectos eran entonces, que acaso fuesen solo un ardid para molestarle.

¡Casarse otra vez Soledad! Aquella mujer rara, de imaginación soñadora, ánimo en-

fermo, y nervioso temperamento, que confundía el amor con el delirio, con el extravío, con el sueño! ¡que febril y soñadora se forjaba tan sutiles y alambicadas ideas de los eróticos afectos, que un capítulo de novela ó la escena de un drama la volvian loca, y una caricia ó el chasquido de un beso la horripilaban.... ¡Oh! Todavía no se habia casado. Faltaba verlo todavía.

Interrumpiote en sus cavilaciones la presencia de Jorge que llegaba á participarles que el segundo toro se jugaba, y que su lidia estaba ocasionando más divertidos incidentes que la del primero. Soledad se apresuró á marchar cual si la lidia le produjese gran contento; y como Jorge no olvidara ni un punto sus modales de córte, le ofreció galantemente el brazo, que ella aceptó sin cuidado.

Grande cómico era García Ruiz, y á la voluntad tenía atados los nervios de su fisonomía para no darla otra expresión que la conveniente; mas su furor fué tanto al ver como marchaba la elegante pareja, que mal de su grado, asomó á su rostro una expresión satánica. Colérico, febril, y atolondrado, pasó á ocupar su sitio en el balcón, y allí estuvo,

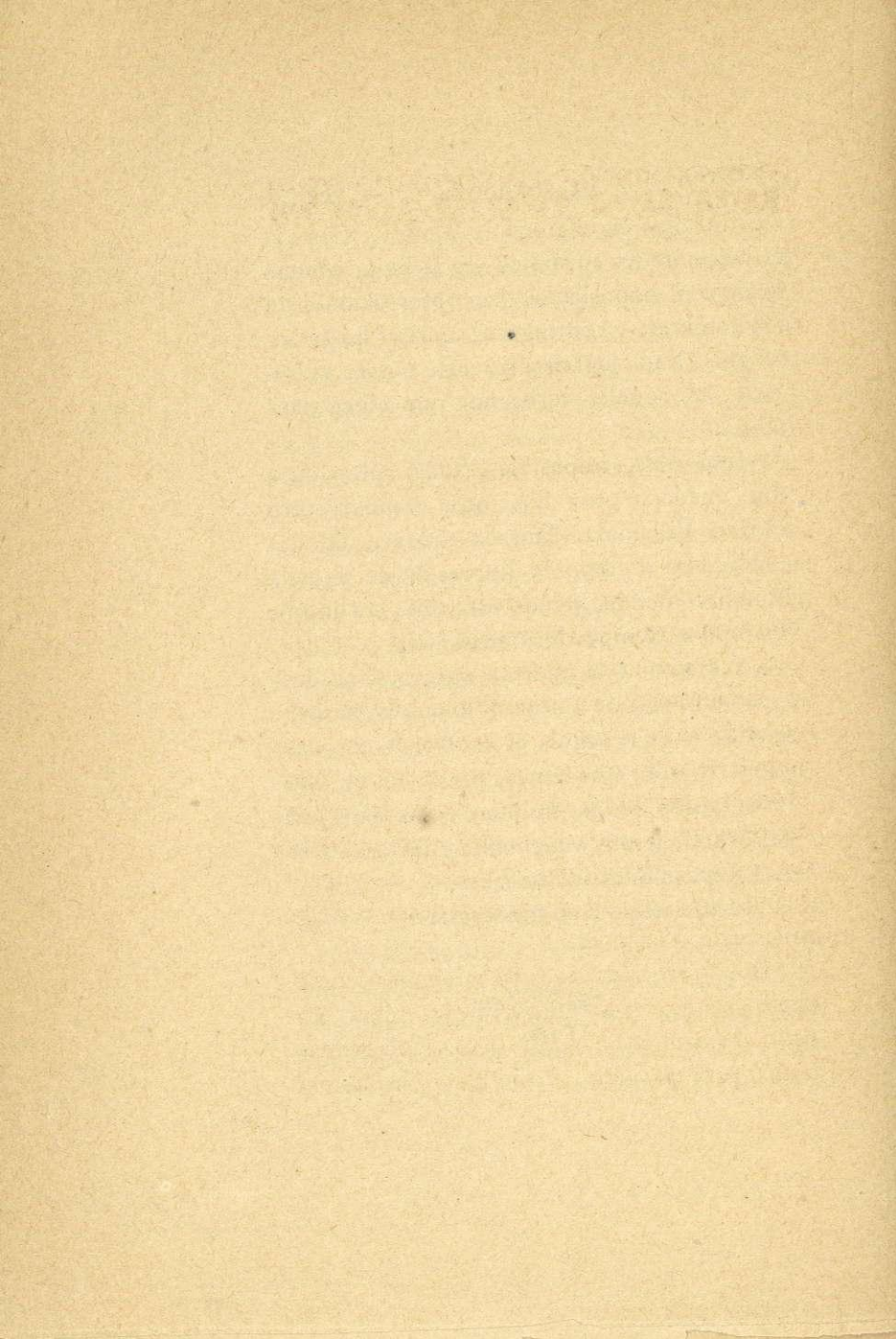
fijos los ojos en el arena de la plaza, y sin ver no obstante los episodios de la lidia; contes- tando con monosílabos las observaciones de los hombres, y con fugaces sonrisas las de las señoras. Nada lograba distraerle y nada arran- carle de aquella turbación que experimen- taba....

Imposible, imposible. Nada conseguiría con quedarse otro día, otra semana, otro año en Villalinda. Duraba todavía, duraría aun mucho tiempo la impresión de aquella brutal acometida, y todo esfuerzo era inutil. Tiempo al tiempo. Mas adelante....

Y marchó á la mañana siguiente, no des- esperando aún de alcanzar lo que habia pre- tendido, lo que seguía pretendiendo entonces con más ardor que nunca, presa de esa vio- lenta pasión de los treinta y ocho años, cie- ga, brutal, y más vehemente y furiosa cuanto mas imposible es de satisfacer.

Justo castigo á su hipocresía.







## XXV

ESTO SE ACABA

Sí, lector. No nos queda sino referir cómo terminaron los amores de Jorge y Soledad, y el desenlace se aproxima.

El adelantaba en su empresa. En los días que á aquel de los toros se siguieron, ya con su presencia, si estaba en Villalinda, ya con eróticas cartas si en Madrid estaba, las reiteraciones de su amor á Soledad eran constantes, y esta persistía en otorgarle su mano cuando un año hubiere pasado después de la muerte de Venancio.

Don Juan Luua no entraba ni salía, como suele decirse, en los amores de su nuera. La estimaba bien poco. Era él demasiado crematístico para que una señorita pobre le hubiera

nunca hechizado; y si consintió en el enlace de su hijo con ella, no fué ciertamente sino después de haber procurado por cuantos medios halló posibles que aquel desistiese de su empeño. No habiéndolo conseguido, procuró consolarse con la esperanza de tener pronto un nietecillo á quien besar; pero ni aun esto le había dado aquella mujer. Así que al pedirle vana Soledad, para entablar relaciones con otro hombre, para recibirle en su casa, don Juan le contestó:

—Sí, sí, hija mia; lo que tu quieras, lo que tu desees. Ni tienes para qué pedirme venia de nada; puedes hacer y deshacer como dueña absoluta de tu voluntad y de tu casa.

Esto le dijo en seco tono, y aquella misma noche reformó el testamento.

Colindaban las casas en que suegra y nuera vivían, y gran parte del tiempo lo pasaban juntos. Más cuando Jorge estaba en Villalinda, don Juan no parecía por casa de su nuera. No quería hallarse con él; le recordaba la funesta muerte de su hijo Venancio, y padecía horriblemente.

De Jorge, no hay que repetir que cuanto más veía á aquella mujer, más enamorado se en-

contraba de ella. Era tan maravillosa su hermosura y tan encantadora su belleza, que hasta la misma delgadez la favorecía. Su cabeza pequeña, su esbelto talle, su nariz entreabierta y sonrosada, sus grandes ojos circuidos por sedosas y largas pestañas arqueadas, rodeados en su parte inferior por dos semicírculos de azulado tinte, daban á su rostro parecido con el de una Dolorosa Virgen del Ticiano. Junto á ella se aspiraba cierto perfume embelesador, cierto dulce placer voluptuoso, que sumergía al alma en una atmósfera de felicidad.

Ya fuese por naturaleza, ya por efecto de su estado morbozo, de cuando en cuando pasaban por sus hojos fúlgidos destellos de las aspiraciones de su alma, de los ensueños de su mente, cuya expansión sería un tesoro celestial para el que obtuviera su amor. Mas era el cuento, saber cuándo y por qué medios se verificaría aquella expansión.

Jorge lo ignoraba. Jorge habia visto en mil diversas ocasiones aparecer y desaparecer con desesperante intermitencia aquellos destellos que le alborozaban, haciéndole creer que la regeneración por tanto tiempo esperada, habia ya aparecido. Pero tantas veces co-

mo estos resplandores, nuncios para él de la anhelada hora, habían también llegado á sorprenderle, sombras tristísimas de hastío, de abandono, cansancio, y frialdad, cubriendo un cuerpo inerte, sin vida y sin alma.

—¡Oh! No es esta—se decía entonces—mujer del Mediodía, fogosa en afectos y vehemente; esta es mujer de nieve cuya sangre de hielo la priva de sentir su alma agitada por amorosas conmociones. No es una flor de Oriente cuyo perfume trasciende aun cuando yazga mustia y deshojada; es flor de alguna planta que, nacida en la grieta de una roca, se ha nutrido con hielo polar.







## XXVI

### ÚLTIMA ESCENA

Algunas veces permanecían largo rato sin decirse uno á otro una palabra. Ella ante la chimenea, siempre en aquella casa encendida durante lo meses de invierno, cerca de las brasas cuyos cariñosos destellos recibía con delicias, contemplando impasible cómo lamía la llama el seco tronco que se aprestaba á devorar, y escuchando el chasquido del ascua al desprenderse; y él meditabundo, contemplándola á ella fijamente, sumido por completo en esta contemplación.

—Y bien, Jorge: ¿qué dices?—exclamaba súbitamente Soledad, golpeando la tupida alfombra con su pié diminutivo—Pareces una estatua.

—Dispensa. Tan ensimismada te he visto y tan absorta, que más he querido recrearme en tu hermosura que interrumpir tu silencio.

—¡Ah, sí! Lo de siempre; me posee un fastidio y malestar horroroso.... No, no me culpes; es efecto de la tempestad que me altera los nervios y me revoluciona el organismo... ¡Oh! ¿No oyés cómo truena? ¡Y quieres que me sienta bien! Haz el favor de cerrar las maderas de esas ventanas, á ver si dejamos de oír ese ronco bramido que me asusta.

Jorge cerró las puertas.

—Eso es. Ahora, en tanto que pasada la lluvia puedes marcharte, acércate al fuego y hablemos de nuestra boda.... Faltan cuatro meses para que Sola Gómez sea la esposa de Rueda. ¡Ah! Cómo se va el tiempo. Nueve meses de viuda, y aun me parece que era ayer cuando vestí el primer negro traje por la muerte de Luna.

—Siempre fué el pasado más corto que el porvenir. A tí te parecen un día nueve meses; á mí los cuatro que han de pasar antes de llamarte mía, se me figuran cuatro siglos que han de ser porvenir eternamente.

—¿Luego tanto anhelas que nuestra unión se celebre en el día designado?

—Nada ciertamente. Si quieres adelantar la fecha....

—¡Ah, no! Pues si estaba tentada á pedirte nueva próroga....

—¡Soledad!

—¿Qué?... ¡Bah! Dispensa la broma y no te asustes. ¡Ah! La cena—añadió viendo entrar al Ama.—Buena idea, Ama, buena idea.

—Como figúrese usted—replicó el Ama dirigiéndose á Jorge—que muchas noches no cena por no ir al comedor.

—Por eso te molestas—dijo Soledad—y me la traes aquí. ¡Pobrecilla! ¡Que buena eres!

—A comer; y á comérselo todo.

—¡Todo!

—¡Pues! Hay cena para un jilguero.... conque asústate.

—Bien; Jorge me ayudará. ¿Quieres cenar?

—¡Pero niña!—exclamó el Ama disgustada, antes que Jorge respondiese.

—¿Qué? ¿No tienes más que esto prepa-

rado y te parece poco para convite? Pues.... verás que pronto se arregla. Un poco de jamón, y listo. Esto lo partiremos entre ambos. Ea! Tráele.

Y risueña y gozosa, ante la idea de aquella cena improvisada, saltó y se movió sobre el asiento como una chiquilla.

El Ama la miró, y torciendo á uno y á otro lado la cabeza, salió como diciendo.

—Decididamente eres una jaqueca, niña mia.

Apoco volvió trayendo un medio jamón en una grande fuente, una botella de vino, y algunas pastas de dulce.

—¿Vino también? Perfectamente; esto es ya cuanto se precisa. No, no te molestes; déjalo, déjalo; nosotros lo partiremos.

—Pues cuidado con cortarse una mano— dijo el Ama al marcharse, dejando el cuchillo sobre el velador en que todo lo habia ido colocando.

Comenzó la cena en grande amor y compañía; pero bien pronto Soledad se halló satisfecha. Comía muy poco.

—¡Ah!—contestó á Jorge que le instaba á seguir—Ya verás cuánto cómo, cuando nos

veamos en el campo, á nuestra anchura y placer, ocupados solo en adorarnos mutuamente, en pasear todas las tardes y tomar leche todas las mañanas. ¿No es este uno de los recursos conque cuentas para la recuperación de mi salud? ¿No son las brisas puras de la campiña y el perfumado aire de los sotos, y el sol dorado que por entre las hojas de una parra ó una acopada higuera, cierce sus rayos, los que han de dar tinte de vida á mis mejillas?

—¡Oh, sin duda! Y si los rayos de ese sol no fueran eficaces á volver el carmin á tu bello rostro, más poderosos que ellos los rayos de mi amor, lo habrían de conseguir.

—Mucho espero yo de ellos; porque tengo grande necesidad de creer que es mucho el interés que sientes por mí.

—¡Oh, sí, amiga mía! No hay mujer alguna, ni aun mi madre misma, que cual tú me interese.

—¿Luego me amas mucho?

—¿Y me lo preguntas!

—¿Y no borrará ese amor mi carácter díscolo, mis manías?

—En modo alguno.

—¿Ni mi enfermedad tampoco?

—Tampoco.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Querido Jorge: ¡Que feliz me haces! Porque yo necesito para ser feliz todo ese amor y esa pasión vehemente que dices que te inspiro.... Veo que la última vez que pruebo á amar, voy á conseguirlo; mejor dicho, lo he conseguido ya.

—Si, sí. Ya te he dicho mil veces que desde que te ví, tu recuerdo forma parte de mi vida; que inútilmente hice sobrehumanos esfuerzos, la época en que comencé á tratarte, para ahuyentar tu imagen de mi pensamiento. ¡Tanto te amaba ya! Después, cuando mejor te he conocido y apreciado lo que hay en tí de excepcional, de maravilloso, verte me ha sido indispensable, y me volvería loco, si de tu amor y presencia me privasen.

Y al decir esto llevó hacia su pecho la ardorosa mano de la joven, quien sintió los acompasados movimientos de aquel corazón que latía por ella... Sintiose conmovida, perturbada.

—¡Ah!—exclamó pasándose la mano

por la frente—Veamos si la lluvia ha cesado y te puedes marchar. Abramos esa ventana; la temperatura se ha elevado en demasía.

Jorge abrió la ventana, y ambos se acercaron á ella para ver si la tempestad habia pasado.

No llovía ni tronaba entonces. Pero el cielo oscuro y el huracanado viento que azotaba los árboles y casas, bien alto pregonaban que el temporal no se habia ido. Aquel paréntesis ó entre acto era una tregua ajustada con la calma, solo con el intento perverso de recobrar las perdidas fuerzas, y volver á la lucha más enérgico y osado.

—¡Ah! ¡Cuanto consuela este fresco viento!—dijo Soledad.

—¡Cuanto daño me hará este penetrante frío, debieras de decir.

—Pero Jorge, ¿no quieres convencerte de que mi idiosincrasia es muy especial?... ¡Bah! ¿Que dirás que se antoja este espectáculo?... Pues muy bello y poético.... Aquellas oscuras y tortuosas calles que en esta plaza desembocan; este paseo, ahora desierto, abandonado; estos árboles mecidos por el viento, que á un lado y otro llevan su des-

nudo y pardo ramaje como protestando de tal violencia, se me antojan que forman un bello escenario histórico donde se han desarrollado mil lances diversos de amor, juramentos y estocadas.

—¡Novelera! Acabarán por trastornarte el juicio esas lecturas.

—¿Como á Don Quijote?

—Pudiera ser, pues como él olvidas que en cualquiera obra literaria, ó debe solo de buscarse un honesto y divertido entretenimiento, que es lo que el vulgo hace, ó analizarla y apreciarla como obra artística. Mas eso de fijarse en hechos y personajes, fiar en los malísimos análisis que de los sentimientos y pasiones de un fingido personaje hacen los autores, esa pretensión de conocer el mundo por lo que de él dicen las novelas, te hará siempre soñar en extravíos.

—No, Jorge; tú exageras. Yo no aprecio así las novelas, ni tampoco ignoro que no retratan, ó al menos no deben retratar el mundo como es, sino como debe ser.... No, no quiero que hables mal de las novelas, ni que les atribuyas parte alguna en los extravíos de mi pensamiento. ¿Pues á qué si nó á ellas,



debo el no tener seco el corazón, el que haya sentido como mujer, el que mi alma haya comprendido tu amor...? Si desde luego y á mi pesar no te hubiese equiparado con este ó aquel héroe ó protagonista de tal novela, drama ó romance, ¿hubiese encontrado nota diferencial alguna entre mi pobre Venancio y tú, ó el otro García Ruiz, á quien también he escuchado palabras de amor, sin que nunca hallaran resonancia en mi alma?

—Es decir, que apenas si para tí soy mas que un héroe legendario?

—Pero héroe legendario con quien puedo comunicar, sin que un autor me le presente y retrate á su completo antojo.

—¡Amor mio!—exclamó Jorge tomándola una mano que estrechó amoroso entre las suyas—¡Cuánto tarda mi dicha!

—Tanta impaciencia....

Un horroroso trueno que atronó el espacio como si en mil años se hubiese quebrado el firmamento, cortó la palabra á Soledad, y la hizo prorrumpir en un agudo grito y acercarse á Jorge en busca de refugio.

Este la amparó en sus brazos, la consoló

con dulces y amorosas palabras, y la condujo al sofá próximo.

Allí, cerca, muy cerca uno de otro, contemplando Jorge la faz bellísima de su adorada, sintiendo casi las precipitadas pulsaciones de las arterias, aprisionando con su derecho brazo el delgado talle de Soledad, y conservando entre las suyas una de las finísimas y sedosas manos de la joven, Jorge se sintió aletargado, ébrio, loco. Por instintivo impulso arrebatado, atrajo fuertemente hacia su pecho el cuerpo de ella, y estampó un apasionado beso en su cuello.

—¡Querido Jorge!—exclamó desasiéndose Soledad.

Pero antes que lo hubiera conseguido, Jorge le había dado un beso más, y dos, y tres, y hasta cinco, en su tersa frente.

—¡Pero, Jorge! ¿qué haces?

—¡Soledad!—dijo éste cayendo de rodillas ante ella y todavía sin dejar de tenerla abrazada por el talle—¡Soledad! ¿Me amas? ¿me amas?—repetía con mirada de vértigo al observar que nada contestaba ella.

—¡Sí!

—Pues por ese amor, te suplico que cal-

mes mi pasión y mi anhelo; que me des la vida.

—¡Jorge!... ¡Jorge!

—No me digas nada, Soledad. Estoy loco ¿qué voy á entender de tus razones? Me has trastornado y robádome el ser. Vuélveme. Dame una prueba de ese amor que juras tenerme. Deja que nuestras almas satisfagan su arrebató.

—¡Yo... adúltera? ¡Nunca!

—Soy ya tu esposo. Tengo derecho á ello.

Jorge de Rueda.... No le culpemos. Embriagado, trastornado, perdida la razón al estrechar entre sus brazos aquel hermoso cuerpo, aun la abrazaba y estrechaba fuertemente, con esperanzas de conseguir por este medio, lo que la razón de que entonces carecía, no hubiera ni aun osado suplicar. Pero ella, de la ternura habia pasado á la extrañeza, y de esta á la indignación y al terror, y procuraba rechazarle, no como á amante consentido, sino como á su enemigo mayor. Los besos de Jorge parecían comunicarle extraño fluido, y su cuerpo se agitaba convulso y desesperado, sin lograr por ello desprenderse de los brazos

de Jorge que aun continuaba á sus piés, suplicante.

Seguía ella rechazándole. Ya á sus palabras de indignación habian sucedido frases y exclamaciones de angustia; cayó casi exánime su cabeza en el respaldo del sofá; giró su mirada como buscando á quien pedir auxilio, y distinguieron sus ojos, en el velador cercano, el grande cuchillo de la cena. Ciega ella también por la indignación y por la cólera, retorciéndose nerviosa y desesperada, pudo, merced á un esfuerzo poderoso, desprender un brazo de los que Jorge aprisionaba, hizo otro violento esfuerzo, y su mano alcanzó el cuchillo.

—¡Suelta!—dijole á Jorge amenazándole con él.

Pero éste, ó no lo vió, que posible era, ó creyó la amenaza un último ardid, y la siguió requiriendo con mayor ternura y pasión.

—¡Suelta!—repitió Soledad temblando, soberbia, sublime.

Y al ver que Jorge no la oía, cerró los ojos, y súbito le hundió el arma en el pecho.

El exhaló un grito de dolor, y llevándose

las manos á la herida, cayó exánime sobre la alfombra.

¡Ay! Entonces Soledad, con la mirada atónita, fija, los ojos desencajados, rígido el brazo y apretado el puño, convulso todo el cuerpo, quedó sobrecogida, absorta, en suspenso sus facultades, acaso paralizada la circulación de la sangre, y así estuvo contemplando á Jorge, uno, dos, tres momentos, quizás veinte, no sabe cuanto....

Y cuando otro grito exhalado por el Ama al entrar en la sala, sonó en sus oídos, una congoja suprema la sobrecogió el ánimo; tembló su cuerpo, parpadearon sus ojos, se oscureció su vista, sus miembros se doblaron inertes, y cayó al suelo sobre el ensangrentado cadáver.







## XXVII

SE ACABÓ

¡Que consternación en la familia! ¡Que de emociones en el pueblo! Pero, ya lo creo. Ello había de suceder el día menos pensado. Si aquella mujer no era persona humana; si todo junto á ella era anormal....

Así decía la voz del pueblo, y en efecto tenía razón. Todo junto á ella era anormal... Nunca había pretendido sino sentir una pasión amorosa, y, casada primero con un hombre que no logró inspirársela, recelando luego siempre que quién su amor le ofrecía, no iba impulsado sino por impuro sentimiento, y no comprendiendo sobre todo, que las imágenes risueñas, las célicas visiones y el inefable gozo que ella sintetizaba en el amor,

hubieran únicamente de resolverse en el mismo hecho brutal y vulgarísimo, fué siempre una visionaria, una eterna soñadora que sobre el lecho de guijarros del mundo, se revolvía martirizada y tratando en vano de elevar su cuerpo á las ideales regiones en que vagaba su espíritu.... Confundía el amor terrenal con un erótico misticismo, y esto la hizo infeliz, y esto la llevó á la catástrofe....

La justicia puso á seguidas manos sobre el asunto. Pero la justicia hubo de declarar bien pronto, que nada tenia que hacer con ella.

¡Estaba loca!







## XXVIII

### HASTA LUEGO

No es punto bien puesto en claro todavía, si aquella memorable escena ocurrida en la noche del 9 de Diciembre, fué realmente el fin de la Soñadora.

La charlatana Heri lo niega terminantemente; pero, en cambio, otros lo afirman, quizá mas puestos en razón.

Alguien, no obstante, pensando que la locura no es la muerte, ni siquiera la anulación completa de un carácter, ni más en muchas ocasiones que una crisis, busca afanoso ciertos datos que hagan ver la verdad en el asunto.

Si algún día, lector, llegan estos datos á mis manos, quizá me atreva á dárte los á co-

nocer en un nuevo libro que se bautizará en tiempo oportuno. No tengas, sin embargo, nada todavía por prometido; que antes de yo decidirme á escribir otro libro, necesito saber si la desmañada narración que constituye el presente, ha sido ó nó de tu agrado.

FIN.

## INDICE

---

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
I Empecemos por ella . . . . .	9
II Sola. . . . .	15
III Sola y Venancio. . . . .	19
IV La vida nueva . . . . .	27
V El primer acto . . . . .	31
VI En el palco . . . . .	37
VII Preludio . . . . .	45
VIII El suelo y el Cielo . . . . .	53
IX ¡Handicap! . . . . .	65
X Sueños y Realidades . . . . .	77
XI «De Re Pública». . . . .	85
XII Un hombre de Estado. . . . .	91
XIII Cosas tenedes, buen Cid.... . . .	101
XIV Llueve. . . . .	110
XV Una elección. . . . .	129

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
XVI Sorpresa . . . . .	131
XVII Celebrando el triunfo . . . . .	141
XVIII Capítulo en blanco . . . . .	157
XIX Muerte. . . . .	163
XX La partida de unos. . . . .	175
XXI La llegada de otros . . . . .	183
XXII ¡Soñadora! . . . . .	193
XXIII Fiesta nacional . . . . .	205
XXIV Todavía en la plaza. . . . .	213
XXV Esto se acaba . . . . .	221
XXVI Última escena . . . . .	225
XXVII Se acabó . . . . .	239
XXVIII Hasta luego . . . . .	241

FIN DEL ÍNDICE









Esta obra se halla de venta en las principales librerías del Reino, Ultramar y Extranjero al precio de dos pesetas.

Los pedidos de ejemplares pueden dirigirse á D. Fernando Fè, Madrid, Carrera de San Gerónimo 2, y á D. Tomás Sanz, Serpes 92, Sevilla.

En Ultramar fijarán el precio los corresponsales.

